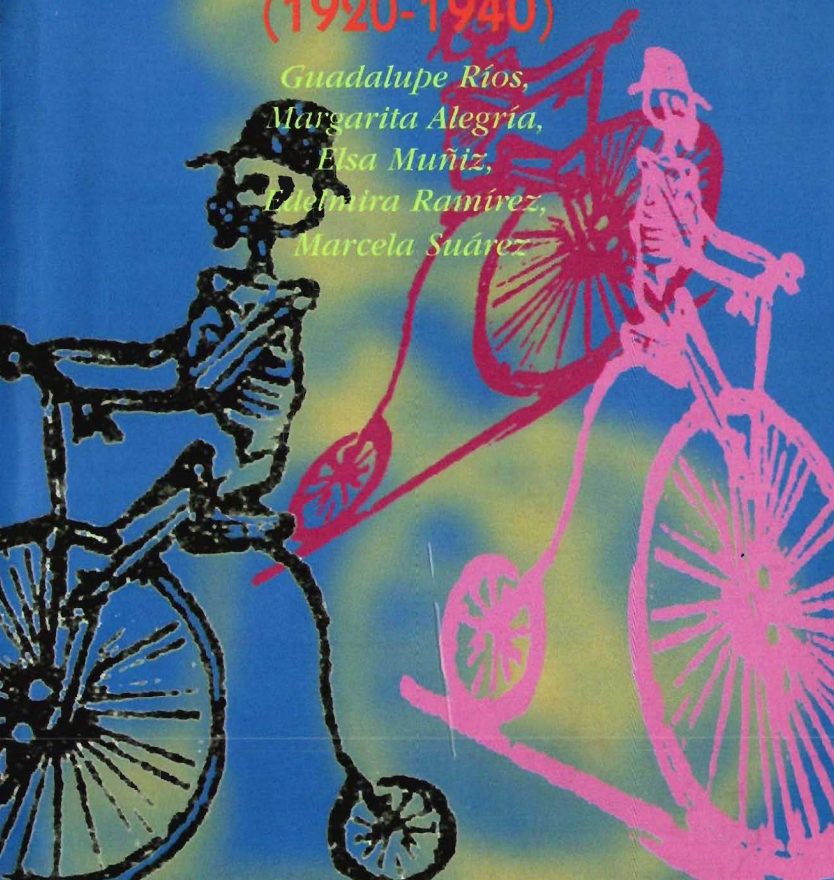


De muertitos, cementerios, lloronas y corridos



(1920-1940)

*Guadalupe Ríos,
Margarita Alegría,
Elsa Muñiz,
Edelmira Ramírez,
Marcela Suárez*





De muertitos, cementeros, lloronas y corridos

DE MUERTITOS, CEMENTERIOS,
LLORONAS Y CORRIDOS
(1920-1940)

GUADALUPE RÍOS, MARGARITA ALEGRÍA,
ELSA MUÑIZ, EDELMIRA RAMÍREZ,
MARCELA SUÁREZ





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General

Luis Mier y Terán Casanueva

Secretario General

Ricardo Solís Rosales

Rector de la Unidad Azcapotzalco

Víctor Manuel Sosa Godínez

Secretario de la Unidad

Cristian Leriche Guzmán

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Guillermo Ejea Mendoza

Jefe del Departamento de Humanidades

Alejandro de la Mora Ochoa

Jefa del Área de Historia y Cultura en México

Edelmira Ramírez Leyva

Coordinación General de Difusión Cultural

Jefe del Departamento Editorial

Gilberto Alvide Arellano

Diseño de portada: Efraín Herrera

Fotografías: Roberto Cano Rubio

Primera edición: 2002

© Universidad Autónoma Metropolitana

Medellín 28, colonia Roma, 06700, México, D. F.

Teléfono 55 11 61 92

editor@correo.uam.mx

© Itaca / David Moreno Soto

Piraña 16, colonia Del Mar, 13270, México, D. F.

Teléfonos 58 45 14 76, 55 77 52 54 y 01 73 53 52 52

itaca00@hotmail.com

Reservados todos los derechos, 2002

ISBN 968-7943-37-8

Impreso y hecho en México / *Printed and bound in Mexico*

ÍNDICE

Alicia Bazarte

PRESENTACIÓN, 9

Guadalupe Ríos de la Torre

1920: REVOLUCIÓN,
MUERTE Y TRADICIÓN, 11

Margarita Alegría de la Colina

VIENE LA MUERTE CANTANDO...
LA PELONA EN EL CORRIDO MEXICANO, 47

Elsa Muñiz

LLORAR Y LLORAR
EL OFICIO DE LAS MUJERES
EN LOS RITUALES FUNERARIOS, 91

Edelmira Ramírez Leyva

LA VISITA OBLIGADA A LAS NECRÓPOLIS
EN LA FIESTA DEL 2 DE NOVIEMBRE
EN MÉXICO, 121

Marcela Suárez Escobar

LA CIENCIA Y LA MUERTE EN MÉXICO
EN LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO XIX
Y EN LOS ALBORES DEL XX, 161

PRESENTACIÓN

Alicia Bazarte

Los ensayos de este libro nos muestran la tradición y los ritos acerca de la “muerte”, cuya presencia se ha arraigado fuertemente en la cultura mexicana, sobre todo durante las primeras décadas del siglo XX, cuando, debido a la Revolución y al nacionalismo, el concepto se amplía más abarcando significados que provienen de más allá de la época prehispánica y de la colonial. En los diversos textos se abarca el concepto de la muerte desde diversas perspectivas: la historia de las mentalidades y de las sensibilidades, la antropología, la etnología. También encontramos manifestaciones artísticas como el muralismo, la arquitectura, el corrido, el grabado, la literatura, etcétera.

Por otra parte, la obra recoge el testimonio del pasado siglo en cuanto a las costumbres mortuorias, mismas que tienden a desaparecer a partir de que, en los años setenta, la Iglesia católica aceptó la cremación de los cuerpos de los difuntos. De esta manera se está perdiendo la costumbre del entierro ritual obligado en nuestra centenaria tradición.

El lector que tenga este libro en sus manos en el debutante siglo XXI no dejará de conmoverse y ni de reflexionar sobre los testimonios macabros o humorísticos en torno a la concepción de la muerte.

1920: REVOLUCIÓN, MUERTE Y TRADICIÓN

Guadalupe Ríos de la Torre

*En vano entre las sombras mis brazos,
siempre abiertos,
asir quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos
tan inciertos!
¡Oh! Padre de los vivos, ¿adónde van
los muertos,
adónde van los muertos, Señor,
adónde van?*

Amado Nervo

La muerte y la calavera

El hombre mesoamericano hizo de la muerte una constante representación en todas las manifestaciones cotidianas y plásticas cuyo símbolo fue la calavera. La encontramos en códices, pinturas murales, así como en piedra y cerámica. Dichas representaciones expresan una noción dialéctica de la vida y la muerte manifestada en forma de dualidad. Las culturas prehispánicas no sintieron temor por el más allá ni preocupación por la muerte, vivieron con la idea de la supervivencia del alma e inclusive la muerte, para ellos, fue siempre recompensa. El hombre antiguo concebía a la muerte

como un suceso más de un ciclo constante expresado en leyendas y mitos. El concepto de muerte que se tuvo en el México prehispánico se convirtió en contrapunto del concepto de muerte en el mundo colonial.

El triunfo de la muerte para los europeos de los siglos XIV al XVIII fue un tema popular que se manifestó varias veces en las artes, en la literatura, en el teatro. La muerte se representó en forma de esqueleto con vida con la guadaña en la mano sobre su carreta triunfal. Se proclamó dueña de todas las vidas. Sin distinción de clase, arrasó a nobles y plebeyos. Temiendo o anhelando el juicio final, tuvo siempre presente la gloria o el infierno.

De acuerdo con este concepto, los frailes españoles del siglo XVI llegaron a las tierras conquistadas e impusieron el cristianismo, religión que hace de la vida lo pasajero y de la muerte la liberación y principio de la vida eterna.

La concepción calavera-muerte posee antecedentes del mundo mesoamericano junto con la influencia del medioevo europeo a través de la conquista española. Ambos elementos, fusionados, han trascendido hasta el México de hoy por medio de tradiciones que fueron rescatadas en los famosos años veinte, y que poseen un carácter eminentemente popular.

La noción popular de la muerte en México es una mezcla de llanto, juego, burla y temor; es símbolo de dolor que representa lo fugaz de la existencia, así como sinónimo de no ser, y se alza sobre nosotros con una fuerza que no está a nuestro alcance detener, como algo forzoso y necesario. Incluso se ha dicho que en el momento de nacer comenzamos a morir.

Contexto histórico

Abandonado por la mayor parte del ejército y sin el auxilio de los obreros y campesinos que antes lo habían acompañado en la lucha, Venustiano Carranza salió de la capital y se dirigió a Veracruz sin lograr llegar, pues su tren *Dorado* (llevaba barras de oro del tesoro de la nación) fue interceptado en la estación Aljibes y él tuvo que huir a la sierra de Puebla. Fue asesinado en Tlaxcalatongo (21 de mayo de 1920) cumpliendo así su destino.

Lo sepultaron en el panteón civil de Dolores.

En un rincón, el más apartado de Dolores, hacia la barda que divide el cementerio por Norte, en tercera clase, allí reposan los restos del que fuera Presidente Constitucional de México, don Venustiano Carranza, levantando su tumba un modesto monumento.¹

¿Qué manifestaciones habían tenido allí la piedad, el recuerdo, el cariño por el hombre que rigiera los destinos de México durante varios años?

Los que fueran miembros de su Estado Mayor, devotamente estuvieron a la vera de su sepulcro desde las primeras horas de la mañana, haciendo guardias. Aristócratas damas de la amistad de la familia Carranza concurren también y ofrendaron al alma del desaparecido sus oraciones fervorosas. Las ofrendas florales comenzaron a ser depositadas también desde las primeras horas y hacia la tarde el monumento estaba materialmente cubierto.²

Murió con la dignidad de quien se sabe protagonista de la historia. Estoico frente a la desgracia, nunca aceptó el título de general, prefería el término utiliza-

do por amigos y enemigos, el que portaba con gallardía. "Quizá no sea éste el genio que a México le hace falta —escribió Martín Luis Guzmán—, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa título: sabe ser Primer jefe."³

El 5 de febrero de 1942 sus restos fueron exhumados y trasladados al monumento de la Revolución.⁴

El triunfo de la rebelión de Agua Prieta⁵ significó el ascenso a la dirección del Estado mexicano de la burguesía sonorensis, la cual impulsó varias reformas para consolidarse en el poder y mantenerse al frente del gobierno; Adolfo de la Huerta fue designado presidente interino (24 de mayo-30 de noviembre de 1920). Dio curso a la tarea constructora de los sonorenses, que sucedieron a los coahuilenses en el mando.

Amante de todas las libertades y todos los derechos, durante su interinato abrió una brillante etapa en la historia de México. Gobernante probo, buscaba siempre las corrientes de la opinión para gobernar de acuerdo con ellas. Nunca ultrajó ni vejó a nadie, mucho menos a su pueblo, al cual sirvió y amó sobre todas las cosas.⁶

No se puede decir que aquéllos hayan sido días fáciles de sobrellevar para nuestra ciudadanía, que se preguntaba con azoro cuándo nuestros belicosos hombres de armas podrían asumir la disciplina que tanto se requería.

Por esto, la tarea principal que afrontó el presidente De la Huerta durante los pocos meses que ocupó el cargo fue someter las muchas rebeliones que se produjeron en distintos estados de la República —no menos de diez en siete meses—.

Tal vez este fue el motivo por el cual los capitalinos vieron pasar el día de muertos con indiferencia:

Una cincuentena de gendarmes vigiló el orden, que permaneció inmutable. A las seis de la tarde el público abandonó el Panteón Español, pero la verbena de la calzada frontera continuó hasta iniciada la noche. El servicio de trenes se hizo muy lento, con desesperación del público. Ignoramos la causa. En resumen, pasó el día de muertos en el Panteón Español con el indiferentismo que cada vez va siendo más marcado para estas cosas que constituyeron el alma de México.⁷

Mediando nuevas circunstancias se pasó a la era del caudillo Álvaro Obregón (1 de diciembre de 1920-30 de noviembre de 1924). Con la administración obregonista se inicia la etapa constructiva de la Revolución Mexicana y comienzan a practicarse los principios de la Constitución de 1917. Logró un crecimiento económico moderado. Se valió de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) para controlar a los obreros; asignó a los dirigentes de esta organización puestos importantes y patrocinó sus actividades. Aprobó, junto con Plutarco Elías Calles, el asesinato del líder revolucionario Francisco Villa, quien cayó asesinado a traición en una emboscada, en Hidalgo del Parral, Chihuahua. Estableció con Estados Unidos de Norteamérica los Convenios de Bucareli (1923), por los cuales México se comprometió a no aplicar el artículo 27 constitucional y a indemnizar a los latifundistas estadounidenses afectados por la expropiación agraria.

La revolución dio luz a la mexicanidad, desconocida hasta entonces por los propios mexicanos. Del afrancesamiento de la era porfiriana quedaban sólo cenizas.

Nacieron la cultura, la educación, el conocimiento universal y los valores mexicanos.

Nacimiento del nacionalismo

Al quedar suprimida la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes por decreto del gobierno carrancista, los Ayuntamientos se habían encargado de atender a la educación pública en todo el país. Pero la falta de recursos había llevado esta labor al fracaso, por lo que se hizo necesaria —de acuerdo con lo dispuesto en la nueva Constitución— la creación de un organismo que coordinara este derecho público en todo el país.

Fue José Vasconcelos (1882-1959),⁸ entonces rector de la Universidad, quien lanzó la iniciativa y la promovió hasta lograr la creación de una Secretaría de Educación Pública —en la que se ocupó como primer titular—, por decreto del 28 de septiembre de 1921.

Tal vez el aspecto constructivo más importante de la administración obregonista fue el educativo y cultural que dirigió con genio, certera y eficazmente José Vasconcelos, secretario de Educación Pública. Inteligente, culto, el único ideólogo mexicano con una doctrina propia y apoyado en una auténtica filosofía educativa, Vasconcelos emprendió la campaña más importante que haya conocido la cultura mexicana.

Vasconcelos veía con claridad los múltiples aspectos del problema mexicano: educación indígena para asimilar la población marginal; educación rural para mejorar el nivel de vida del campo mexicano; educación técnica para elevar el de las ciudades; creación de Bibliotecas; publicación de libros populares; popularización de la cultura.⁹

Se rodeó de destacados colaboradores a quienes infundió una mística que los convirtió en auténticos misioneros con el deseo de transformar a México, sacarlo de la ignorancia y del desorden, alcanzar la auténtica libertad, dar a conocer valores con cuyo cultivo se integraría una fuerte comunidad espiritual que se fortalecería con los valores eternos de la cultura universal.

Con su obra educativa, se centró en llevar la educación fundamental por todos los ámbitos del país. Destacaron como apóstoles de esa notable tarea las "Misiones culturales" que llegaron a los más apartados núcleos de población a los que alfabetizaron empleando para ello sus propias lenguas. Las escuelas rurales fueron el semillero de la difusión educativa en el campo, en donde se subrayaron los valores de las culturas indígenas y valoraron las artes populares, la música y las danzas de cada región. Llevó a los estudiantes más distinguidos de las poblaciones indígenas a la Ciudad de México para que en los internados dedicados a ellos convivieran con estudiantes de diversas provincias y con los del medio urbano.

Se trató de identificar a todos los mexicanos bajo la bandera de la cultura y de los valores espirituales. Se reorganizó la enseñanza primaria, se estableció la secundaria y se revisaron los planes de estudio de todos los niveles. La campaña alfabetizadora mostró pronto su eficacia y para dotar a los que habían aprendido a leer y escribir se imprimieron valiosas colecciones de libros, bien graduados y seleccionados, que se repartieron por todo el país. En manos de Julio Torri, de Jaime Torres Bodet y de otros jóvenes escritores quedó la dirección de la colección de clásicos: Platón, Plotino, Dan-

te, Goethe, por mencionar algunos, que se pusieron al alcance de todos los estudiantes a precios irrisorios. Vasconcelos hizo venir a colaborar con él a la maestra y poetisa chilena Gabriela Mistral y a un selecto grupo de educadores.

En apoyo de su obra educativa, hizo construir un moderno edificio para la Escuela Normal en la Ciudad de México y favoreció la creación de escuelas normales en otras ciudades y en el campo. Construyó el Estadio Nacional, rehizo el edificio del antiguo convento de la Encarnación, en el que se instaló la Secretaría de Educación, pues hasta ese momento era una subsecretaría dependiente de otro ministerio, el de Justicia, que desapareció en 1917.

Vasconcelos impulsó la educación técnica y la enseñanza industrial y comercial, para lo cual estableció escuelas como la Corregidora, la Malina Xóchitl y otras en donde se enseñaba en alto nivel las artes y oficios industriales. Prohijó el desarrollo de las artes populares y de la pintura mural. Llamó para que pintaran murales en diversos edificios a Roberto Montenegro, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, quienes, con otros pintores igualmente valiosos llevaron el arte muralista mexicano a altísimo nivel. Creó una amplia red de bibliotecas a las que dotó con ricas colecciones. En la Ciudad de México fundó la Biblioteca Cervantes, la Ibero-Americana y la Pedagógica y proyectó el grandioso edificio para la Biblioteca Nacional, inspirado en la Basílica de San Marcos en Venecia.

La vocación humanista de Vasconcelos, su inclinación por la cultura clásica y la búsqueda de la recons-

trucción por la vía de la cultura, llevó al nuevo grupo en el poder a impulsar un proyecto nacionalista y educativo de gran envergadura en el que se proponía estimular el sentido estético de los mexicanos al fomentar las tradiciones y las bellas artes como en el grabado, la pintura, la música, la literatura.

Unidad nacional

La consolidación de las instituciones no hubiera sido posible sin la unidad nacional, esencia del sistema político mexicano. El esfuerzo por la unificación política, tan apremiante para el establecimiento del poder, tendría que echar mano no sólo de acciones bélicas o alianzas corporativas; la recomposición de la sociedad y el impulso de un proyecto cultural cumpliría una función primordial para la unidad nacional. Fue claro que la unificación política del país presentaba como primer problema la relación de los sectores populares que habían participado en la contienda armada con las elites revolucionarias. En segundo lugar, se hacía urgente una nueva definición de lo propio, una diferenciación respecto de lo extranjero y una determinación de las características particulares, raciales e históricas de lo que a partir de entonces sería "lo mexicano". La pluralidad y la heterogeneidad de la sociedad al comienzo de la era revolucionaria evidenciaban ante los ojos del nuevo grupo en el poder y de sus ideólogos una dificultad que había que vencer, por lo que la reivindicación de aquello que se entendía como "lo mexicano" pasaría por la construcción de la cultura nacional. A partir de ésta, los individuos encontrarían los referentes simbó-

licos que los identificarían como mexicanos y la sociedad reconocería los objetivos y metas del grupo en el poder como los de la nación.¹⁰

La vocación humanista de Vasconcelos, su inclinación por la cultura y su afán por la reconstrucción de ésta llevaron al nuevo grupo en el poder a impulsar un proyecto nacionalista que estimulara el sentido estético de los mexicanos al fomentar las bellas artes como la pintura. Esta iniciativa contribuyó al surgimiento de la escuela muralista mexicana.

En 1922 el Sindicato de Pintores y Escultores publicó un manifiesto que abogaba por un arte nacionalista inspirado en la tradición del arte popular mexicano, que fuera para el pueblo y no para los grupos acomodados, y que alcanzara una belleza capaz de impulsar la lucha social para transformar la sociedad. El muralismo llevó la pintura a la calle, interpretó la historia de México y sus tradiciones y convirtió a los sectores populares, especialmente a los indígenas, campesinos, maestros, soldados de tropa y mineros en protagonistas de la historia.

Manuel Manilla, quien trabajó como grabador en la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo, utilizó por primera vez el buril llamado *velo*, que utiliza varios filos paralelos. Su producción consta aproximadamente de más de quinientos grabados de los cuales ninguno está firmado por él. Grabó ilustraciones para corridos, cuentos, novelas, canciones, programas de circo y magia, calaveras, manuales, sucesos sensacionales y cotidianos, y por supuesto grabó las calaveras.¹¹



Para la fiesta de muertos no pueden faltar los dulces y las calaveras de azúcar.

Las calaveras de Manilla se publicaron en hojas volantes que aparecían en las festividades del Día de Muertos.

Las calaveras de Manuel Manilla son creación personal del lenguaje plástico, donde los volúmenes blancos y negros contrastan con energía. Su obra llegó al corazón sencillo del pueblo.¹²



La realización caricaturesca de las calaveras de Manilla se manifiesta a nivel formal con mayor énfasis en la temática y composición que en el dibujo por sí mismo, ya que éste es rígido y primitivo. Entre su producción de calaveras se pueden atar las siguientes:

Aprendiz de todo oficial de nada, El torero embolado, Calavera poncianista, La torre Eiffel.

El grabado de *La torre Eiffel* llama la atención porque Manuel Manilla tomó como elemento de armazón de la torre al esqueleto humano. La característica básica es la estructura arquitectónica de armazón libre en la que el grabador representa una similitud entre la torre de París y el aparato óseo humano.

Si José Guadalupe Posada conoció a Manuel Manilla en el taller tipográfico de Antonio Vanegas Arroyo es muy probable que haya recibido de él cierta influencia en cuanto a la realización de las calaveras, así como de la forma, expresión y movimiento de los personajes ilustrados por Manilla. Un autor afirma que:

el embrión de la obra gráfica de Posada se encuentra entre los grabadores populares, principalmente en Manuel Manilla. Este embrión cargado de posibilidades, lo va a recoger un artista excepcional intrínseco, José Guadalupe Posada.¹³

Aunque no hay noticias ciertas, es muy probable que Manilla y Posada hayan trabajado juntos desde 1888 o 1889, años en que Posada entró al taller de imprenta y litografía de Antonio Vanegas Arroyo. Para ese entonces, Manuel Manilla ya tenía muchos años al servicio de la casa litográfica; allí ilustró durante diez años, corridos y hojas volantes algunas de las cuales aparecen formando composiciones con los grabados de José Guadalupe Posada.

No se sabe a ciencia cierta en qué año murió Manuel Manilla. Jean Charlot afirma que dejó de trabajar para Antonio Vanegas en 1892 y que murió de tifo en 1895. Para otros autores, la muerte de Manilla

sucedió en 1899. Fue un gran artista, de fuertes tendencias enraizadas en el ámbito popular de México, cuyo arte trascendió y fue recogido por otro artista comprometido con el pueblo, José Guadalupe Posada.

Siguiendo la tradición de Manuel Manilla, Posada hace grabados de calaveras para el 2 de noviembre, día de muertos. Con José Guadalupe una vez más está presente la imagen de la muerte en el mundo popular mexicano. Posada recrea dicho símbolo y la fascinación de la fantasía popular.

Las calaveras de Posada son la nota constante de la crítica del pueblo, esta crítica bien pudo ir dirigida al burgués, a los grandes personajes del momento, a los artistas, o en general a la vida costumbrista y cotidiana del México que le tocó vivir.



La catrina, obra de José Guadalupe Posada.

En las calaveras de Posada, han desaparecido... el misterio y el temor de las épocas feudales. Es la antítesis de lo pavoroso, pues causa, cuando no satisfacción de hacer justicia, un inefable regocijo. Con sus calaveras hace Po-

sada la crítica más aguda y mordaz; se sirve de la muerte para pintar muy a lo vivo ese morbo de la sociedad decadente de su época, que llega hasta la nuestra sin haber conseguido limpiarse de tanta escoria.¹⁴

Posada viste y hace actuar a la calavera según el mensaje que representa. Así vemos representados a personajes de gran alcurnia en obras como *La calavera catrina* o *La calavera de un lagartijo*, o imágenes revolucionarias como *La calavera revolucionaria*.

En la editorial de Antonio Vanegas Arroyo, Posada conoció al poeta oaxaqueño Constancio S. Suárez, quien también trabajó para el célebre editor. Buena parte de los escritos y poemas de Suárez fueron ilustrados por Posada.¹⁵

Sin duda la gran hazaña plástica de la década es la pintura mural desarrollada gracias al impulso vasconcelista. Esta manifestación resultó viable porque el grupo de artistas jóvenes que la llevaron a la práctica, algunos de los cuales fueron expresamente llamados por el secretario de Educación para que vinieran de Europa, tenía una formación sólida. Ellos tuvieron ocasión de realizar en los muros de los edificios públicos una obra que, como toda la labor de José Vasconcelos, estaba dirigida al pueblo. Roberto Montenegro, Fernando Leal, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros produjeron las primeras obras monumentales que darían el toque distintivo a la producción artística mexicana de la década siguiente, cuando adquirió fama mundial e internacional. Fuertemente influidos aún por ciertas concepciones europeas, y abordando en un principio temas universales y filosóficos, paulatinamente los artistas empezaron a

plasmar en el muralismo la inquietud por los temas y los tipos nacionales, las costumbres y las fiestas. Por supuesto, la fiesta del 2 de noviembre, el Día de Muertos, estuvo presente en los edificios públicos.



Diego Rivera pintó *Fiesta del Día de Muertos* en la Secretaría de Educación Pública.

En marzo de 1925 Diego Rivera comenzó el primero de sus grandes murales: una serie de 124 frescos en los muros correspondientes a los corredores de un espacioso patio. Tres pisos de alto, dos cuadras urbanas de largo y una de ancho. Era el patio del ministerio de Educación Pública. Rivera decoró los cuatro lados y los tres pisos, salvo tres paneles en el piso bajo y una porción en el entresuelo, en los cuales fueron pintados por otros artistas los diferentes escudos de armas de los estados que componen la República Mexicana.¹⁶

La tarea le llevó cuatro años y tres meses de intenso aunque intermitente trabajo. Pintaba durante jornadas de ocho, diez, doce y hasta quince horas de un tirón, con intervalos, muy a pesar de Diego, para tomar un frugal almuerzo de frutas y tacos, que le subían a lo alto del andamio en que se encontraba.¹⁷

El gran rectángulo del patio se divide en un punto situado en la tercera parte del camino partiendo de uno de los extremos, por una galería en forma de puente que comunica un lado del edificio con el otro, a los niveles del segundo y tercer pisos. Esto hace que en la realidad sean dos patios. El más pequeño fue convertido por Diego en el *Patio del trabajo* y el mayor en el de *Las fiestas*.

Las fiestas se suceden con símbolos que nunca degeneran en alegoría. En la pared del segundo patio aparecen:

Los *judas* están presentes con un catrín, un cura y un militar, siguen las escenas de culto de los muertos en un altar y en el cementerio, después hay un tablero que muestra el triunfo del pueblo, las fiestas de las cosechas y la danza del Venado de los indios yaquis, también llamada Pascola.¹⁸

Un universo de símbolos y sentimientos cuya resonancia no cesa de conmover y encantar. Esa serie pintada en el edificio de la Secretaría de Educación dio fama súbita al movimiento artístico mexicano en América y Europa y dio paso a una resurrección de la pintura mural, en decadencia desde fines del Renacimiento.

Otros aspectos significativos de la época en que Vasconcelos estuvo al frente de la Secretaría de Educación Pública, fueron la labor editorial, y la promoción de

espectáculos, grupos corales y conjuntos de baile. El 3 de noviembre de 1921 se presentó el ballet de México.

Armonizando con el rojo del metal fundido en las paredes del teatro, los indios yaquis ejecutaron la danza del *Venado* y el *Viejo Cazador* (Danza de la Vida y Muerte) alrededor de una fogata. Luego vino la danza de la cosecha del maíz; el de muertos, tanto de la ciudad como el campo; el de las flores; la quema de judas; las danzas paganas.¹⁹

El movimiento armado de 1910 originó la corriente literaria conocida como novela de la Revolución Mexicana. Casi todas las obras de esta corriente contienen descripciones noveladas de sucesos ocurridos durante la Revolución Mexicana. Se caracterizan porque hacen del pueblo un personaje y apoyan la política nacionalista del gobierno. Otro de sus rasgos principales es la desconfianza a los líderes, la traición, el desencanto, el encumbramiento de los bribones, la crueldad, la violencia física y la presencia constante de la muerte.

Asomó Juchipila a lo lejos, blanca y bañada de sol, en medio de frondaje, al pie de un cerro elevado y soberbio, plegado con turbante.

Algunos soldados, mirando las torrecillas de Juchipila, suspiraron con tristeza. Su marcha por los cañones era ahora la marcha de un ciego sin lazarillo; se sentía ya la amargura del éxodo.²⁰

Sin traspasar ni dejar sin efecto la realidad, este complejo cuadro influyó en la cultura mexicana y quizá con mayor fuerza en el medio popular, pues personajes como Pancho Villa y Emiliano Zapata dieron materia para leyendas y corridos como los cantados en la Revolución. Un ejemplo fue el corrido de la muerte de Emiliano Zapata:

ZAPATA.



Emiliano Zapata murió el 10 de abril de 1919
y es recordado en los corridos mexicanos.

¡Escuchen señores!
 oigan el corrido
 de un triste acontecimiento; pues en Chinameca
 fue muerto a mansalva
 Zapata el gran insurrecto.
 ¡Abril de mil novecientos
 diecinueve en la memoria
 quedará del campesino
 como una mancha
 en la historia!²¹

Se rescató un refranero sobre el tema de la muerte e ilustrado con grabados de José Guadalupe Posada. A manera de ejemplo, cito algunos de los muchos usados por el pueblo:

Donde llora el muerto no hay dinero.
 Nadie muere en la víspera.
 El muerto al hoyo y el vivo al bollo.
 Hay muertos que no hacen ruido y son mayores sus penas.
 Cayendo el muerto y soltando el llanto. El muerto
 al pozo, y el vivo al gozo.
 Como el burro del aguador, cargado de agua y muerto
 de sed.
 Te asustas de mortaja y te abrazas al difunto.
 El muerto y el arrimado a los tres días apestan.
 Mala yerba nunca muere... y si muere, ni hace falta.
 Sólo el que carga el cajón, sabe lo que pesa el muerto.

La figura de la “soldadera” no se originó en los acontecimientos de la Revolución de 1910, pero fue durante la administración educativa de Vasconcelos cuando cobró mayor celebridad. Ya que en plena lucha revolucionaria los habitantes de las grandes ciudades las consideraban como:

Aquellas perras humanas, andan cubiertas de andrajos, calzadas algunas con huaraches, usan rebozo en donde ocultan la cabeza desgreñada, la blusa de dos semanas, la falta de abrigo para el cuello, la de corsé, la de corpiño y la de las mangas ocultan líneas del talle. El rebozo sirve también para los niños, vehículo y abrigo, venda, hamaca, regazo y biombo.²²

Sin embargo, el papel de la soldadera no sólo fue el de alimentar a la tropa, lavar la ropa y cuidar a los hijos, sino que también cooperaron atendiendo heridos, al igual hacían de espías, correo o abastecedoras de armas y enterradoras.

La soldadera fue desdeñada, escondida y olvidada por una sociedad que pugnaría por la evolución del papel del hombre y de la mujer en la familia y en la sociedad revolucionaria.

Finalmente, tras una intensa búsqueda de expresiones en una década polémica y fructífera para la cultura, ya no parecía incuestionable el que también la constituyeran las manifestaciones populares. Por otra parte, el debate teórico en torno del nacionalismo —prácticamente vigente— y las expresiones que se produjeron en favor o en contra de aquél o para definirlo, dejaban en claro y como saldo de la búsqueda la necesaria aceptación de la multiplicidad de manifestaciones, al fin y al cabo asunto de un país constituido heterogéneamente.

Con frecuencia se convocaba a concursos para estimular la creatividad en los distintos aspectos de la cultura. No obstante su carácter circunstancial, contribuyeron algunas manifestaciones como el corrido, la música popular y el teatro del género chico en su momento, a la formación de autores e intérpretes, se ins-

tituyó un diálogo cotidiano que para los políticos de la época resultó un termómetro nada despreciable para medir el efecto real de sus determinaciones.

El 2 de noviembre de 1921 se presentó una obra titulada *El sainete de la democracia*, de la cual se decía en los mismos preventivos que era la obra política más audaz y más fina. El estreno se dio en el Teatro Lírico con libreto de Humberto Contreras. Se comentó lo siguiente:

En la primera representación de las seis y media, pasó sin pena ni gloria, pero en la segunda de la noche el meneo fue monumental, a tal grado que la obra no se oyó, pues desde las primeras escenas el público la tomó con la revista, y fue tal jaleo que la simpática Lupe Rivas Cacho se dirigió al público diciendo que si se callaba, le regalaría la Empresa la última tanda. Y conste, en honor a la verdad, que la obra no es mala; Galindo es uno de nuestros autores que maneja el sainete como pocos, y no carecen sus escenas de gracia y de donaire; pero en esta obra, anunciada como audaz y fina, su finura fue tanta que no entendió el público las alusiones políticas y quedó como quien ve visiones. Por otra parte, las cabezas de animales que llevan los artistas en la obra, les impedían oír al apuntador, de lo que resultó que las escenas languidecían, y había cada bache y cada tropiezo que Dios tocaba a juicio.²³

El cine, tan arraigado ya en la población como un espectáculo cotidiano, producido y actuado por mexicanos, trataba algunas cuestiones sociales, como la emigración de los rancheros a la capital, el culto guadalupano, la fiesta del día de muertos, la situación de los peones, como aquellos melodramas de la clase media que también fueron abordados por el teatro; éste, sin embargo, fue desplazado por la proliferación de salas

cinematográficas y la abundante producción de películas, mudas todas ellas, hasta 1929. A partir de este año el cine silente alternó con el parlante: algunos años después, el primero quedó completamente desplazado.

El nacionalismo cinematográfico se expresaba sobre todo en los paisajes, las costumbres, los tipos y la historia nacionales, que servían de marco a los argumentos.

Una de las corrientes, que podríamos llamar nacionalismo cosmopolita, reflejaba el viejo conflicto de "ser como otros sin perder lo propio" que en el porfirismo se expresara en los valeses y en las corrientes literarias del naturalismo. Por eso las películas de Mimé Derba trataban de conflictos sentimentales que se desarrollaban en mansiones costumbres y moda de tipo italiano, enmarcadas por paisajes netamente nacionales. La universalidad la daban el tema y parte de la ambientación, y la mexicanidad, los paisajes.²⁴

En buena medida, el cine y el teatro reconocieron un fenómeno social nuevo: la irrupción femenina en diversos tipos de actividades, particularmente en la política. La soldadera y la mujer incorporada a la política eran productos netos de la revolución. No obstante, este fenómeno cobró auge a partir de la década de los veinte.

El pan de muertos

Una de las tradiciones más importantes en la gastronomía mexicana ha sido la industria del pan, que no sólo ha representado una fuente de trabajo, sino también es parte del desarrollo artesanal y empresarial.

En México la industria del pan fue instituida por los españoles, grandes consumidores de este producto preparado casi siempre con trigo. Ellos enseñaron a los indígenas a elaborarlo y éstos aprendieron muy pronto a darle formas muy variadas.

Desde tiempos prehispánicos los indígenas usaron la tortilla de maíz para usos ceremoniales en ofrendas, prendas de petición de mano y objetos de homenaje.²⁵

La primera noticia de venta de pan la encontramos en la ordenanza de Hernán Cortés, en 1525. Se exigía que todas las panaderías enviaran su producción a la plaza pública. Uno de los requisitos era que tuviera el peso debido y se vendiera al precio fijado por el cabildo, además de estar bien cocido y seco para que no se descompusiera.

Durante la época de la colonia, en las panaderías se elaboraban panes de sal como el francés, el bigote, el español y los pambazos; y de dulce, hechos de hojaldre, como campechanas, condes y banderillas estilo francés. De aquéllas salían los repartidores con el pan acomodado en un gran cesto que cargaban sobre la cabeza para ofrecerlo de casa en casa.

También se podía adquirir en estanquillos, bizcocherías y pastelerías. Destacaban entre estas últimas El Globo, que empezó a funcionar en 1884, y El Molino, ambas de tradición francesa. El pan de molde o de caja ya se vendía en las panaderías tanto en la capital como en diferentes estados de la República, rebanado y envuelto en el mismo expendio. Se comenzó a elaborar durante la intervención estadounidense en 1847.²⁶

Desde un principio existieron dos tipos de panaderos: los propietarios de los medios de producción, o sea

los españoles, y los operarios encargados de elaborar el pan con manos e ingenio. Éstos eran reos que así purgaban su condena atados con grilletes e indios obligados a trabajar. Ambos sufrían el maltrato y la explotación de 12 a 14 horas diarias.

Los que contaban con mayores recursos consumían pan floreado y la población urbana pobre, la mayoría indios y mestizos, comían el pan y el pambazo. "El pan-baxo era un pan corriente de harina mezclada con salvado, que junto con el floreado, constituían la principal, producción de las panaderías novohispanas."²⁷

El pan común se hacía en piezas más pequeñas que se vendían por cuartillas, tlacos y pilones. Esta forma de intercambio surgió desde el siglo XVI para cubrir la falta de moneda fraccionaria con que se efectuaban las compras menudas, y siguieron vigentes hasta que la hubo, en el siglo XVIII.

En este periodo el precio del trigo, y por tanto del pan, no se modificó en gran medida. Durante todo el siglo XVIII y principios del XIX la ciudad de México contó, en promedio, con 48 panaderías.²⁸

El siglo XX

En los años veinte se comenzó a hacer reparto en automóvil, siguiendo distintas rutas. En las capitales de provincia ocurría algo semejante: en la mañana aparecían los vendedores con canastos cubiertos con servilletas y gritando: ¡gorditas de cuajadad! ¿No compran polvorones?

El pan de muertos es uno de los elementos más importantes en las ofrendas del Día de Muertos y las

familias mexicanas han tenido un gusto particular por este tipo de pan que ha mantenido viva la tradición rescatada en la década de los veinte.

Comer muertos fue y es para el mexicano un verdadero placer, se considera la antropofagia de pan y azúcar. El fenómeno se asimila con respeto e ironía, se desafía a la muerte, se burlan de ella comiéndola.²⁹

Las diversas teorías sobre el surgimiento del pan de muerto se remontan a los sacrificios humanos, donde el corazón aún latiendo se introducía en una olla con amaranto para morderlo posteriormente en señal de agradecimiento a un dios.

Los españoles al consentir este tipo de sacrificios; elaboran un pan de trigo en forma de corazón bañado con azúcar sulferina (de color rojo), simulando la sangre de la doncella. Así surge el pan de muertos.³⁰

Los panes de muerto y de muertitos se comían en España e Italia desde el siglo XIV, casi al mismo tiempo que las danzas macabras; se le nombraba "pan de ánimas".

Otra teoría sobre el nacimiento de este pan alude a un rito que practicaban los primeros pobladores mesoamericanos en honor de los muertos, a quienes enterraban con sus pertenencias. El pan estaba compuesto de semillas de amaranto molidas y tostadas, mezclado con la sangre de los sacrificios que se ofrecían en honor a Huehuetéotl. Por otro lado, hacían un ídolo de alegría que representaba a Huitzilopochtli, al que después encajaban un pico a manera de sacrificio y se sacaba el corazón en forma simbólica ya que el pan de amaranto era el corazón del ídolo.

Después repartían entre el pueblo algunos pedazos del pan para compartir la divinidad. Se supone que de aquí pudo haber surgido el pan de muerto, modificado en varias ocasiones hasta llegar a la forma actual.

El pan de muerto de la Ciudad de México es el tradicional para la celebración y contiene un significado: la parte superior del pan representa el cráneo, las canillas a los huesos y el sabor a azahar alude a la memoria de los muertos.

La inmensa variedad de panes de muerto se clasifican en la actualidad de esta manera:

Antropoformos, son aquellos que representan la figura humana.

Zoomorfos, aquellos que tienen la figura de animales como aves, conejos, perros, mariposas, peces.

Fitomorfos, son representaciones de vegetales diversos como árboles, flores y enramados.

Mitomorfos, aquellos en que la forma no se indentifica como la figura humana, vegetal o animales, sino que representa seres fantásticos.³¹

Entre sus funciones como secretario de educación, Vasconcelos se encontró la de propagar recetarios típicos de la comida mexicana, donde no podía faltar la receta del pan de muerto:

Pan de muerto

1 cucharada de levadura seca
 1/4 de taza de agua de azahar
 3/4 de taza de leche tibia
 4 tazas de harina
 4 huevos
 200 gramos de mantequilla
 100 gramos de azúcar

4 gramos de sal
ralladura de naranja
mantequilla fundida.

Modo de hacer:

Disolver la levadura en el agua de azahar tibia y la mitad de la leche, agregar una taza de harina y amasar hasta formar una masa suave. Dejar cerca del calor cubierta con un trapo húmedo para que doble su volumen. Con el resto de la harina hacer una fuente, colocar los huevos en el centro, junto con azúcar, sal, ralladura de naranja y leche, la masa ya fermentada, y la mantequilla. Amasar cuando menos 10 minutos. Dejar reposar hasta que doble su volumen. Dar forma, reposar hasta que doble su volumen. Hornear entre 35 y 45 minutos. Barnizar con mantequilla fundida y espolvorear con azúcar.³²

No obstante, este versátil protagonista de las mesas del país ha conquistado los paladares de los cocineros más exigentes y actualmente da identidad a diferentes gastronomías.

Notas

¹ "La tumba de Carranza, *Excelsior*, México, 3 de noviembre de 1920, p. 3.

² "Por el Panteón Civil de Dolores", *El Pensamiento*, México, 3 de noviembre de 1920, p. 2.

³ Citado por Alejandro Rosas y José Manuel Villalpando, *Los presidentes de México*, México, Planeta, 2001, p. 163.

⁴ "La visita a los panteones" *El Universal*, México, 5 de febrero de 1942, p. 6.

⁵ El Plan de Agua Prieta (23 de abril de 1920) desconoció al presidente de la República, a varios gobernadores y al Ayuntamiento de la Ciudad de México, que era carrancista; reconoció la Constitución de 1917 como Ley Fundamental del país; designó jefe supremo del Ejército Liberal Constitucionalista a Adolfo de la Huerta, y garantizó el desarrollo de la industria, el comercio y los negocios.

⁶ Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana*, México, Porrúa, 1957, p. 609.

⁷ "Notas generales", *El Universal*, México, 3 de noviembre de 1920, p. 3.

⁸ José Vasconcelos nació en la ciudad de Oaxaca el 28 de febrero de 1882. Su padre era inspector de aduanas, por lo que su familia se vio obligada a trasladarse a diferentes partes del país; así, durante su infancia vivió en Sásabe, Sonora; Piedras Negras, Coahuila; Toluca, Estado de México, y en Campeche. Posteriormente se trasladó a la Ciudad de México e ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria. Estudió Jurisprudencia y en 1907 obtuvo el título profesional. Aún como pasante, trabajó en una notaría y en el juzgado; posteriormente consiguió un puesto fiscal federal en el estado de Durango. Pocos meses después tomó el empleo en el que se encontraría trabajando al estallar la Revolución, como abogado en el bufete norteamericano "Warner, Johnson & Galston". Desde que ingresó a la preparatoria, Vasconcelos entró en contacto con el círculo de jóvenes intelectuales de la época que luchaban contra la corriente positivista impuesta por los Científicos; esto es, por una apertura cultural. Así, en 1907 participó en la Sociedad de Conferencias y en 1909 fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud. En ese

mismo año se alió al movimiento maderista: figuró como uno de los cuatro secretarios del Centro Antirreeleccionista de México y, junto con Félix Palavicini, fue el encargado de su órgano de difusión, *El Antirreeleccionista*. Durante el levantamiento armado en contra de Porfirio Díaz fungió como secretario —y luego fue sustituto— de Francisco Vásquez Gómez, quien entonces era agente confidencial de Madero en Washington. Más tarde fue miembro fundador del Partido Constitucionalista Progresista. A raíz de la usurpación de Huerta se adhirió al constitucionalismo. Venustiano Carranza lo designó su agente confidencial en Inglaterra y Francia, con la misión de impedir que se otorgaran los préstamos que Huerta había solicitado. A continuación desempeñó algunas comisiones en Estados Unidos y Canadá; incluso asistió a las conferencias de Niagara Falls, que versaron sobre la invasión norteamericana a Veracruz. A su regreso al país, al triunfo del movimiento, fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria; sin embargo, lanzó fuertes críticas a Carranza, por lo que éste ordenó su arresto. Vasconcelos logró escapar y se refugió en Estados Unidos, donde pronunció algunas conferencias. Otra vez regreso en el país, asistió a la Convención de Aguascalientes y apoyó al sector civil y moderado. Su participación durante la presidencia de Eulalio Gutiérrez fue muy importante, pues tuvo gran influencia en la destitución de Villa y en la lucha contra Carranza. Fungió como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y más tarde fue enviado a Washington para conseguir el apoyo de Estados Unidos. Desde mediados de 1915 hasta mediados de 1919 Vasconcelos permaneció relativamente alejado de la política y dedicado a la vida intelectual. En junio de 1919 tuvo una entrevista en Los Ángeles, California, con Álvaro Obregón, a quien brindó todo su apoyo en contra de Carranza. A la derrota de éste, que justificó en varios escritos, Vasconcelos regresó al país. Continuó su labor en el campo educativo y fue designado rector de la Universidad Nacional el 9 de junio de 1920, puesto en que permaneció hasta el 1 de octubre de 1921. El 30 de marzo de ese año se había aprobado la reforma para establecer la Secretaría de Educación Pública y Obregón lo nombró secretario. En ese puesto, que ocupó del 2 de octubre de 1921 al 2 de julio de 1924, logró desarrollar una amplia labor a nivel nacional. Organizó la educación popular, creó bibliotecas, celebró la primera exposición del libro en el Palacio de Minería; se rodeó de destacados colaboradores como Pedro Henrí-

quez Urcña, Gabriela Mistral y Alfonso Goldschmit; llevó a cabo un amplio programa editorial; editó la revista *El Maestro*; mejoró la Biblioteca Nacional; impulsó la pintura mural mexicana, ofreciendo los muros de los edificios públicos a artistas nacionales y extranjeros como José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Roberto Montenegro, Jean Charlot. Reprobó el asesinato del senador Field Jurado y presentó su renuncia a la Secretaría de Educación Pública. Fue candidato al gobierno de Oaxaca, pero Obregón apoyó a su opositor. Por aquella época fundó el semanario *La Antorcha*, con la colaboración de Vito Alessio Robles, Julio Torri y Carlos Pellicer, en cuyos editoriales se atacó duramente al gobierno, por ello Vasconcelos fue nuevamente obligado al exilio. Regresó cuando se aproximaba la sucesión presidencial de 1929 —en noviembre de 1928—. Contaba ya con valiosos apoyos para lanzarse como candidato presidencial. Representando al Partido Nacional Antirreeleccionista, realizó una exitosa gira electoral a lo largo del país, a excepción del sur. A pesar de haber logrado ser una oposición seria, triunfó el Partido Nacional Revolucionario. Se alegó que hubo fraude y el gobierno respondió con una gran represión, por lo que el 10 de diciembre de 1929 Vasconcelos promulgó el Plan de Guaymas, haciendo un llamado a las armas. Los vasconcelistas no pudieron rebelarse y su líder tuvo que permanecer fuera del país hasta 1940. A su regreso fue nombrado director de la Biblioteca de México y fue miembro fundador de El Colegio Nacional. Se dedicó a su obra intelectual. Murió en la capital del país en 1959. (Gabriela Urquiza y Laura Salinas, "Los protagonistas", *Así fue la Revolución Mexicana*, México, SEP, 1985, p. 1721.)

⁹ Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975, p. 125.

¹⁰ Elsa Muñiz García, "Historia y sociedad en el siglo XX mexicano", en *Estudios históricos. 6 Arquitectura y diseño, 2001*, México, UAM-A, 2001, p. 123.

¹¹ El pintor y crítico de arte Jean Charlot fue el primero en dar noticia sobre Manuel Manilla por medio de datos que le fueron proporcionados por Blas Vanegas Arroyo, hijo del impresor Antonio Vanegas Arroyo. (Cfr. Arsacio Vanegas Arroyo, "Manuel Manilla grabador", en *Forma*, México, noviembre-diciembre de 1926.)

¹² Carlos Maacazaga, *Las calaveras vivientes de Guadalupe Posada*, Cosmos. México, 1976, p. 86.

¹³ Pablo Fernández Márquez, "El destino glorioso del grabador popular", en *El Nacional. Suplemento Dominical*, México, febrero, 24 de 1952, p. 26.

¹⁴ Carlos Ramírez de Arellano, *Posada y las calaveras vivientes*, Cosmos, México, 1977, p. 19.

¹⁵ Rubén M. Campos "El grabador José Guadalupe Posada y el editor Vanegas Arroyo", en *Folklore literario de México*, México, noviembre de 1929.

¹⁶ Cf. Bertram D. Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, DIANA-SEP, México, 1986, p. 144.

¹⁷ *Loc. cit.*

¹⁸ Berta Taracena, *Diego Rivera su obra mural en la ciudad de México*, México, Ediciones Galería de Artes Misrachi, 1981, pp. 30-31.

¹⁹ "Danzas", *El Universal*, México, 3 de noviembre de 1921, p. 5.

²⁰ Mariano Azuela, *Los de abajo*, México, FCE, 1970, p.107. Esta obra sintetiza lo que el ilustre escritor pensaba de la Revolución y cómo vio él mismo su furia destructora.

²¹ El autor del corrido fue el profesor Germán List Arzubide.

²² Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México*, México, Porrúa, 1917, p. 165. Citado por Guadalupe Ríos de la Torre, "Las mujeres entre azahares, fusiles y comercio", en *Polvos de olvido. Cultura y Revolución*, México, UAM/CNCA/INBA, 1993, p. 26-328.

²³ "Entre bastidores", en *El Universal*, México, 3 de noviembre de 1921.

²⁴ Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Vivir en sueños*, UNAM, México, 1983, pp. 214-215.

²⁵ Graciela M. de Flores, *Los vinos, los quesos y el pan*, Noriega Limusa, México, 1995, p. 24.

²⁶ Juan José Arreola y Lilian Scheffler, *México, ¿Quieres tomarte una foto conmigo? Cien años de consumo*, Procuraduría Federal del Consumidor/Gustavo Casasola, México, p. 70.

²⁷ Cristina Barros, Mónica del Villar, *El santo olor de la panadería*, Canainpa, México, 1994, p. 45.

²⁸ Virginia García Acosta, *Las panaderías, sus dueños y trabajadores*, México, Cortés, 1998, p. 34.

²⁹ José Luis Curiel, *Azucarados afanes, dulces y panes*, México, Ferrero, 1999, p. 45.

³⁰ María Elizabeth Luna, *Explicación del pan de muertos*, CANAIPA, México, 2000, p. 12.

³¹ Sonia Iglesias y Samuel Salinas, *El pan nuestro de cada día*, CANAIPA, México, 1998.

³² María A. Carbia, *México en la cocina de Marichu*, Mijares Impresores, México, 1939, p. 45.

Bibliografía

- Arreola, Juan José y Lilian Scheffler, *México, ¿Quieres tomarte una foto conmigo? Cien años de consumo*, Procuraduría Federal del Consumidor/Gustavo Casasola, México, 1975.
- Azuela, Mariano, *Los de abajo*, FCE, México, 1970.
- Barras, Cristina y Mónica del Villar, *El santo olor de la panadería*, CANAIPA, México, 1994.
- Carbia, María, *México en la cocina de Marichu*, Mijares Impresores, México, 1939.
- Curiel, José Luis, *Azucarados, afanes dulces y panes*, Ferrero, México, 1999.
- Flores, Graciela, *Los vinos los quesos y el pan*, Noriega Limusa, México, 1995.
- García Busto, Virginia, *Las panaderías, sus dueños y trabajadores*, Cortés, México, 1998.
- Guerrero, Julio, *La génesis del crimen en México*, Porrúa, México, 1917.
- Iglesias, Sonia y Samuel Salinas, *El pan nuestro de cada día*, CANAIPA, México, 1998.
- Luna, María Elizabeth, *Explicación del pan de muertos*, CANAIPA, México, 2000.
- Macazaga, Carlos, *Las calaveras vivientes de José Guadalupe Posada*, Cosmos, México, 1976.
- Muñiz, Elsa, "Historia y sociedad en el siglo mexicano" en *Estudio Histórico, 6: Arquitectura y Diseño 2001*, UAM-A, México, 2001.
- Ramírez de Arellano, Carlos, *Posada y las calaveras vivientes*, Cosmos, México, 1977.

- Reyes, Aurelio de los, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Vivir de sueños*, UNAM, México, 1983.
- Ríos de la Torre, Guadalupe, "Las mujeres entre azahares, fusiles y comercio" en *Polvos de olvido*, UAM-A, México, 1993.
- Rosas, Alejandro y José Manuel Villalpando, *Los presidentes de México*, Planeta, México, 2001.
- Taracena, Berta, *Diego Rivera su obra mural en la Ciudad de México*, Ediciones Galería de Artes Mistrachi, México, 1981.
- Vázquez, Josefina, *Nacionalismo y educación en México*, El Colegio de México, México, 1975.
- Vera Estañol, Jorge, *La Revolución Mexicana*, Porrúa, México, 1957.
- Wolfe, Bertram, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, Diana, México, 1983.

Hemerografía

- Campos M., Rubén, "El grabador José Guadalupe Posada y el editor Antonio Vanegas Arroyo", en *Folklore literario de México*, México, nov. 1929.
- Corresponsal, "La tumba de Carranza", en *Excélsior*, año XXV, t. VI, n. 43, México, 3 nov. 1920, p. 3
- Corresponsal, "Por el Panteón Civil de Dolores", en *El Pensamiento*, año XXVI, n. 67, México 3 nov. 1920.
- Corresponsal, "Notas generales", en *El Universal*, año XIX, t. V, n. 36, México, 3 nov. 1920.
- Corresponsal, "La visita a los panteones", en *El Universal*, año XXXIX, t. V, n 56, México, 5 feb. 1942, p. 6.
- Fernández Márquez, Pablo, "El destino glorioso del grabador popular", en *El Nacional. Suplemento*

Dominical, año VIII, t. I, n. 23, México, 24 de febrero
1952, p. 26.

VIENE LA MUERTE CANTANDO... LA PELONA EN EL CORRIDO MEXICANO

Margarita Alegría de la Colina

No el hecho de la muerte y su espantosa frecuencia estadística, sino la certidumbre de la muerte, como destino propio y de todos nuestros semejantes, conocidos o desconocidos, odiados o amados... Esa certeza universal es la que nos convierte en humanos.

Fernando Savater

Sobre la muerte

La muerte tiene fuerte presencia en la cultura mexicana por ser una construcción de hondas e híbridas raíces. Los antiguos mexicanos creían en la vida después de la muerte, razón por la cual cuando dejaba de existir un soberano o alto dignatario se mataba a algunas de sus mujeres y sus seguidores, “aquellos que, por su propia voluntad, querían morir con él”.¹

Con base en dicha concepción, ciertos escogidos de los dioses estaban consagrados a un porvenir más allá de la muerte. Jacques Soustelle da testimonio de que “los compañeros del águila” y las “mujeres valientes”, iban a disfrutar “de la alegría luminosa y llena de bullicio de los palacios solares”; mientras a los favori-

tos de Tlaloc “los esperaba la dicha tranquila e interminable, sin trabajo y sin penas, en los jardines tibios de Oriente”, y la mayor parte de quienes pasaban a la otra vida se reunían bajo tierra en el oscuro mundo de Mictlán, lugar en el que debían transitar por varios círculos o infiernos, pero llegando al noveno encontraban el reposo eterno.

Esa relación entre la vida y la muerte está latente en la existencia de dioses que representan a la vez ambos estados como la diosa azteca Coatlicue o el maya Ixmaná, por lo que Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, señala que en el mundo indígena “la vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte, su contrario y complemento; y la muerte, a su vez, no era un fin; el hombre alimentaba con su muerte la voracidad de la vida siempre insatisfecha”² porque los dioses cobraban la deuda que el hombre contraía por el hecho de nacer.

El mismo Paz apunta cómo con la llegada de los españoles y la imposición del catolicismo esa situación se modificó esencialmente porque el sacrificio y la idea de salvación, antes colectivos, se volvieron personales. Así lo explica el autor:

Para los antiguos aztecas lo esencial era asegurar la continuidad de la creación; el sacrificio no entrañaba la salvación ultraterrena, sino la salud cósmica; el mundo y no el individuo es lo que cuenta. El mundo —la historia, la sociedad— está condenado de antemano. La muerte de Cristo salva a cada hombre en particular. Cada uno de nosotros es el Hombre y en cada uno están depositadas las esperanzas y posibilidades de la especie. La redención es obra personal.³



Coatlicue, diosa serpiente de la tierra. Representa lo maternal en su doble significado: nacimiento y muerte, fecundidad y voracidad.

Paz señala sin embargo un rasgo común a ambas concepciones: la perspectiva que la muerte ofrece de una nueva vida. El cristiano cree transitar con la muerte a una vida ultraterrena; los aztecas, en cambio, participaban con su muerte “en la continua regeneración de las fuerzas creadoras siempre en peligro de extinguirse si no se les provee de sangre”, es decir, en la conservación de la vida de todos los hombres.

En 1950 Paz hablaba para la sociedad mexicana de mediados del siglo XX sobre la pérdida de ese sentido de la muerte en su relación con la vida. La razón que él encontró para explicar dicho fenómeno es más vigente ahora que entonces: “nadie vive una vida personal. La matanza colectiva no es sino el fruto de la colectivización de la vida”. Esa afirmación tuvo mayor sentido aún durante la Guerra de Independencia y la Revolución Mexicanas.

Cuando la muerte deja de ser vista como tránsito hacia otra vida, se empobrece tanto nuestro fin como nuestro trayecto en este mundo. Si bien por un lado dicha concepción nos llevaría a la conclusión de que la vida es una y hay que disfrutarla, por el otro, cuando se vive una realidad con pocos alicientes y posibilidades, sólo se consigue un gran vacío. Cuando la muerte se frecuenta cotidianamente el pueblo “la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente”. Los mexicanos de la época revolucionaria estaban familiarizados con ella ya que la veían, la sufrían a través de la desaparición de algún ser querido; en fin, sabían de ella día a día.

Cuando festejamos a la muerte con calaveritas de azúcar o de papel de china, o por medio de los fuegos artificiales con forma de esqueleto, nos estamos burlando de la vida. Según Paz, lo que hacemos es llevar a cabo una “afirmación de la nadería e insignificancia de la humana existencia”.⁴

Los adornos con que engalanamos nuestras casas durante los días 1 y 2 de noviembre, los panes con

forma de huesos que comemos y las canciones y chistes en que la pelona ríe, dice Paz, constituyen sólo una forma fanfarrona de familiaridad con la huesuda.

Quizá cuando más cerca vemos la muerte se incrementa esa familiaridad, por eso la pelona fue uno de los temas más socorridos en el corrido revolucionario. Paul Westheim lo explica así:

La carga psíquica que da un tinte trágico a la existencia del mexicano hoy como hace dos o tres mil años, no es el temor a la muerte, sino la angustia ante la vida, la conciencia de estar expuesto, y con insuficientes medios de defensa, a una vida llena de peligros, llena de esencia demoniaca.⁵

No podemos negar que durante el periodo revolucionario el mexicano estuvo, como pueblo, más expuesto que nunca, y que la esencia demoniaca sin duda está presente cuando los hermanos se quitan la vida unos a otros.

Acerca del corrido

El corrido mexicano derivó del romance español. Para su desarrollo —lo señala Vicente T. Mendoza—,⁶ fue necesaria una relativa libertad, por lo que cobró impulso justo cuando en México dio inicio la Guerra de Independencia. Entonces era cantado únicamente por los soldados y llevado por ellos de un lugar a otro. Se conservaba por tradición oral gracias a la memoria popular.

Cuatro estrofas de versos octosílabos, los pares asonánticos en algunas ocasiones y consonánticos en

otras, constituyen la forma romanceada del corrido en el que se desarrolla un relato que inicia con un saludo, plantea situaciones que tienen lugar en una cierta cronología —por lo que en muchos casos se hace necesario mencionar fechas— y la última parte es la despedida.

También se encuentran antecedentes de los corridos en la copla, el cantar y la jácara⁷ por lo que hace a los relatos sentimentales, principalmente a los amorosos. Si del romance toma el corrido su tono épico, de la jácara hereda —según Vicente T. Mendoza—⁸ el énfasis exagerado del machismo expresado en las jactancias y engreimiento de los valentones. En México, dentro del mismo tipo de composiciones aparecen designados los corridos con los siguientes nombres: romance, historia, narración, ejemplo, tragedia, mañanitas, recuerdos, versos y coplas. En todos los casos puede aparecer el tema de la muerte.

Clementina Díaz y de Ovando considera ese tipo de composiciones como la expresión “más señalada y auténtica de la poesía popular contemporánea”.⁹ Esta estudiosa señala que el romancero español era la suma del heroísmo y síntesis del quehacer bélico. Los eruditos hispanos lo menospreciaban, pero tuvo como destino y finalidad inspirar, alentar y formar parte de la poesía nacional de los países hispanoamericanos.

Los conquistadores recordaban y cantaban constantemente sus romances, y las colonias los adaptaron a sus circunstancias, como puede observarse en el siguiente ejemplo:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,

triste estaba y muy penoso,
triste y con grande cuidado
una mano en la mejilla y la otra en el costado...¹⁰

Los corridos se empezaron a relacionar después con las luchas intestinas y las intervenciones extranjeras que sufrió el país durante más de cincuenta años. Ejemplo de ellos son estos fragmentos del primero producido hacia 1831 en Michoacán, al iniciarse la lucha entre federalistas y centralistas, y cuyo tema es precisamente la muerte, en este caso la del general Juan José Codallos, por órdenes del gobierno de Anastasio Bustamante:

Codallos fue fusilado
por enemiga facción,
como valiente soldado
liberal de convicción.
En el pueblo michoacano
su muerte fue muy sentida,
pues que en tan preciosa vida
puso el destino su mano.¹¹

Vicente T. Mendoza señala dentro de la trayectoria del corrido como forma literaria los siguientes tres “lapsos”:

Primero. El último cuarto del siglo XIX, cuando se cantan las hazañas de algunos rebeldes al régimen porfirista, es propiamente el principio de la épica en que se subraya y se hace énfasis en la valentía de los protagonistas y su desprecio a la vida [...]

Segundo: La Revolución Maderista con todos sus antecedentes, desde los motines de Río Blanco (1907) hasta la caída del general Porfirio Díaz, la Revolución Orozquista, la Decena Trágica con sus consecuencias [la ca-

rrencista y villista, el régimen de Obregón y el Movimiento Cristero]. Esta etapa, la más rica en manifestaciones, coincide con el sacudimiento total del país y engloba todo el movimiento zapatista del Sur, con su lema: "Tierra y Libertad" [...]

Tercero. De 1930 a la fecha el corrido se hace culterano, artificioso, frecuentemente falso, sin carácter auténticamente popular: tiende a constituir [*sic*] la literatura mexicana en manos de auténticos valores intelectuales; pero por otra parte ha perdido su frescura y fluidez, la espontaneidad que tenía en la pluma de escritores mediocres; se le estudia, colecciona y clasifica; se imita su lenguaje, su forma, su entonación; pero sólo sirve para reseñar hechos políticos y sociales, la desaparición de algún prócer y para hacer las campañas políticas, no sólo a la Presidencia de la República, sino también a la de los municipios. Todo esto denota, en suma, la decadencia y próxima muerte de este género como genuinamente popular.¹²

La muerte, apunta Díaz y de Ovando, era también un tema importante en los romances hispanos. Ella cita uno que decía:

Si me muero de este mal
no me entierren en sagrado
no quiero paz de la muerte
pues nunca fui bien amado.
Entiérrenme en prado verde,
donde paste mi ganado,
con una piedra que diga:
"Aquí murió un desdichado;
murió del mal del amor
que es un mal desesperado".¹³

El corrido que en México se escribió sobre ese molde no toma como causa de la muerte sólo el amor, sino también el carácter pendenciero y jactancioso del mexicano. Véase si no:

— Óyeme querido hijo
por las palabras que has dado:
antes que Dios amanezca
la vida te habrán quitado.

—No siento que me la quiten,
ya me la hubieran quitado...
Lo que le pido a mi padre
que no me entierre en sagrado
que me entierre en tierra bruta
donde me trille el ganado.

Con una mano de fuera
y un papel sobredorado
con un letrero que diga
“Felipe fue desgraciado”.¹⁴

Cuando se hubo de sostener la lucha contra la intervención francesa y el imperio, el sentimiento nacional se expresó en canciones como la siguiente en que la muerte es un deseo, la muerte del otro, la del extranjero invasor:

La dulcísima esperanza
de vencer a Napoleón
se abriga en el corazón
del guerrero contra Francia.
¡Vivan las bellas mexicanas!
que en unión de los guerreros
empuñaron los aceros
defendiendo la nación.

Diciendo: ¡viva el que es libre
y el que combatió al tirano!
¡Que muera Maximiliano
y el bandido Napoleón.
[...]

¡Muera la traición maldita
la que nunca imperará!
Oficiales de Pueblita,
¡que viva la libertad!¹⁵

Los corridos se daban a conocer al pueblo por los cancioneros que recorrían las ferias y acompañados de su guitarra los cantaban ante la multitud. Al finalizar su canto hacían una colecta y vendían la letra de sus canciones impresa en hojas de colores llamativos. Muchas veces antes del canto, que podía hacerse individualmente o en pareja, se emitía una larga perorata de tono un tanto amarillista para despertar el interés del auditorio acerca del asunto a que el corrido hacía referencia. Vicente T. Mendoza ofrece el siguiente ejemplo:

Corrido de la catástrofe aérea al chocar un avión contra el gigantesco Popocatepetl, en el pico del Fraile, donde perdió la vida la bella artista Blanca Estela Pavón y el senador Ramos Millán !!!!24 muertos!!!!¹⁶

Había compositores de corridos que vendían el producto de su trabajo en los lugares donde se jugaba lotería o en las puertas de los expendios de bebidas alcohólicas. Quienes se habían dedicado al canto como profesión recorrían el país visitando las ferias de pueblo en pueblo a lo largo de la línea ferroviaria. Por supuesto que los soldados y las soldaderas fueron

también divulgadores de los corridos y, ya en los últimos tiempos, los medios de difusión masiva, sobre todo la radio.

Corrido y Revolución

Al iniciar el siglo XX los corridos se dedican a la descripción de los últimos momentos de los ajusticiados por crímenes o fusilados por insubordinación en el régimen de Porfirio Díaz. Durante dicha dictadura, con la casta de los Científicos a la cabeza, la esclavitud, la explotación, las tiendas de raya y, en general la falta de libertad, daban qué decir a los trovadores, quienes cantaban con intención de denuncia en versos como los siguientes:

Con un gobierno tan largo
ya el pueblo se había cansado,
y deseaba asegurar
el bienestar ya gozado.
El general tuvo faltas
que nos hicieron gran daño,
pues que se creyó inmortal
e hizo del pueblo un rebaño.
La instrucción no prodigó
prolongando aun su poder,
sin ver que ya estaba viejo y
todo fin ha de tener.
Ya después del centenario
su gobierno se hizo inepto
y al encontrarse impotente
nombró a Corral que era adepto,
se formó un partido opuesto
y como ya era lo justo,

todos deseaban un cambio
que a la opinión diera gusto...¹⁷

Díaz y de Ovando apunta que precisamente durante la Revolución Mexicana el corrido encuentra su móvil y su razón de ser. En ella “se nutre de nuestras propias raíces, en nuestra propia salsa y adviene en la expresión más verdadera”. También dice que este género señala el destino, la historia, las ideas, sentimiento y emociones del pueblo; por eso generalmente es anónimo, y “hasta cuando está firmado, la firma es tan común y corriente que grita su anonimato”. El siguiente es un ejemplo:

Si te agradó este corrido
te suplico lo conserves,
que lo escribió un artesano
soy tu servidor, Juan Pérez.¹⁸

Hubo sin embargo corridistas de reconocido prestigio como Lorenzo Barcelata, quien compusiera el “Corrido del agrarista”.

Díaz y de Ovando justifica la falta de pulimento formal de los corridos por la carga sentimental que los reviste puesto que la intención es que el oyente se identifique con ese humanismo esencialmente popular; apunta que, sin embargo, este tipo de poesía es la raíz de la épica erudita de poetas como Celedonio Serrano Martínez, Antonio Acevedo Escobedo y Miguel N. Lira, así como de la pintura muralista.

A finales del siglo XIX la muerte empezó a ser algo cotidiano, de ello da testimonio el corrido que llora por los rebeldes fusilados en 1879 en Veracruz por órdenes del gobernador Mier y Terán:

[...]

Ha ordenado quien lo puede que se les mate en caliente
y esta es la consigna real de Porfirio el Presidente.

Y sin más vacilación se ejercitó la sentencia
que acabara con la vida de valientes de conciencia.

Sin permitirles testar los sacaron de mañana
del cuartel de Veracruz cuando sonaba la diana.

Murieron como valientes sin pedir gracia ninguna,
pues sólo ven que se acaba su desgraciada fortuna.¹⁹

Los hechos precursores de la revolución fueron las huelgas de Cananea y Río Blanco en 1906 y 1907. En esa misma década se gestó el movimiento político que, bajo el lema de “Sufragio efectivo, no reelección”, empezaba a sacudir los cimientos del gobierno de don Porfirio. El Partido Antirreeleccionista encabezado por Francisco I. Madero logró unificar a miles de ciudadanos. Otro corrido dejó constancia de ello. He aquí un fragmento:

En mil novecientos diez comienzan las profecías,
se levantó la nación contra de Porfirio Díaz.

Vuela, vuela, palomita, anda, párate en el cerro
y anda saluda gustosa a don Francisco Madero.²⁰

Pues ya me voy con Madero, con gusto en el corazón,
¡Viva el SUFRAGIO EFECTIVO que no admitió REELECCIÓN!²¹

Ya para fines de 1910 los acontecimientos políticos y las acciones guerreras y revolucionarias fueron de tal dimensión y cantidad, que los corridos que los vieron como motivo integraban un tipo especial: el corrido revolucionario. Durante los años veinte y treinta esa producción continuó con mayor ímpetu y vigor.

Hubo corridos alusivos al momento en que Porfirio Díaz dejó la Presidencia, respecto a la entrada en la

capital de Francisco I. Madero en febrero de 1913; a su posterior asesinato, a las batallas importantes y a los sitios o las tomas de las ciudades tanto por revolucionarios como por federales. También fueron motivo de corridos el desembarco de los marinos norteamericanos en 1914, las hazañas de Francisco Villa en el norte, las de Zapata en el sur, la sublevación de Pascual Orozco y Félix Díaz, la Decena Trágica, las muertes de Madero y Pino Suárez, el Plan de Guadalupe,²² las acciones del Ejército Constitucionalista (incluyendo su entrada a la capital), la salida de Victoriano Huerta, las muertes de Zapata, Carranza y Villa, la del general Obregón, el gobierno de Calles y el conflicto religioso, la matanza de Huitzilac, el fusilamiento de León Toral, etcétera.

Los corridos revolucionarios hacen referencia a más de 20 años de luchas. El pueblo mexicano, testigo de esos hechos, quiso hacer su epopeya a través de esas canciones. Se cantaba a las proezas y al heroísmo y, en tono de reproche, se aludía a los actos viles y a las cobardías. El pueblo, dice Vicente T. Mendoza,

como el coro griego, [o] el rapsoda que relata las batallas, es el más fiel testigo, el juez implacable, el que con palabras sencillas, sin retorcimientos, comenta fríamente los hechos, fulmina [con] sentencias condenatorias, o prodiga laudes sin medida al que cumpliendo con su deber ante el altar de la patria, cayó ofrendando su sangre a la madre tierra.²³

Realmente los corridos desempeñaban una importante función informativa al hacer la reseña de los principales hechos revolucionarios durante todas las fases que tuvo este movimiento.



Desde finales del siglo XIX la muerte empezó a ser algo cotidiano.

Para ese momento, los corridos ya no respetaban la métrica del romance español, se escribían en versos de once, doce o más sílabas; además, incluían estribillos de pie quebrado (con estrofas que combinan versos de ocho y cuatro sílabas), o bien de un número mayor de sílabas que los del resto de la composición.

El cometa Halley, que apareciera en el cielo mexicano en octubre de 1910, cuando Madero firmó el Plan de San Luis²⁴ en San Antonio Texas, fue la explicación del pueblo a la inminencia del cambio. Por entonces circuló en la ciudad de Guadalajara el corrido al que pertenece el siguiente fragmento:

Cometa, si hubieras sabido
 lo que venías anunciando,
 nunca hubieras salido
 por el cielo relumbrando.²⁵

Como es conocido, a partir de ese momento hubo levantamientos en diversos estados de la República y, luego de las fiestas del Centenario, esto culminó con el que Aquiles Serdán encabezó en Puebla el 18 de noviembre, lo que propició que para el 20 de ese mismo mes la rebelión se generalizara en todo el país. A la familia Serdán y su hazaña cantaron entonces los trovadores, como lo muestra el siguiente fragmento:

[...]

El día 18, al nacer el nuevo día,
 Miguel Cabrera con una orden imperial
 llegó a la casa de Serdán y le exigía
 que se abriera, pues traía orden de catear.
 Carmen Serdán al oír las amenazas
 abrió la puerta, mas la entrada le negó
 y entonces él, como un esbirro del tetrarca,
 sin respetar el bello sexo la golpeó.
 en ese instante salió Aquiles iracundo
 y al darse cuenta que a su hermana maltrataba
 le pegó un tiro y a Fragoso, su segundo,
 preso en un cuarto ordenó que se dejara.

[...]

En un balcón hacia la calle apareció
 Carmen Serdán portando un rifle con firmeza
 la que ante un grupo de curiosos se expresó
 de esta manera con un acto de nobleza:
 —¡Vengan, esclavos, a pelear su libertad,
 que aquí en la casa tengo parque y carabinas!...
 Diciendo esto y haciendo el primer disparo

y abrióse el fuego sobre aquel bello edificio
 tomando luego las alturas los sicarios...
 la primer víctima fue Maximiliano Serdán
 y así siguieron sucumbiendo uno por uno.²⁶

La muerte

La muerte como tema principal o secundario tiene gran relevancia en los corridos. Fundamentalmente se canta a la muerte encontrada en busca de la justicia, la tierra y la libertad, pero realmente se trata de un elemento inseparable de la esencia misma del movimiento revolucionario.

Se hizo una selección de entre todos los corridos que T. Mendoza incluye en los dos libros que se han venido citando. Las siguientes son formas de aludir a la muerte en algunos de ellos. En todos los casos se cita sólo fragmentos alusivos como se ha venido haciendo, pues el espacio de este artículo no permite la reproducción del texto en su totalidad; pero se pueden encontrar completos en las fuentes de referencia.

La muerte como irremediable ofrenda a Dios para que se pueda vivir en paz

Este manejo del tema mortuorio se percibe, por ejemplo, en el siguiente fragmento del "Corrido a la caída de Cd. Juárez":

[...]

El que en armas se levanta
 sube, goza y se enriquece;
 mas su fortuna se atranca

y por fin siempre perece...

[...]

Cuánta tristeza y dolor
al ver tanta rebelión
de jefes que con su error
enlutan nuestra nación.

Y aunque el castigo es muy cruel
¡sea por Dios y no haya más!
Pues, en fin, ¿qué hemos de hacer?
si así lo exige la paz...²⁷

La siguiente es una estrofa también alusiva al hecho de morir por la paz que forma parte del corrido "De Cirilo Arenas". Se trata de lo que ese revolucionario dijo cuando lo iban a fusilar:

—Mi sangre doy por mi patria
—dijo tranquilo al llegar—,
ojalá acabe la guerra
y la paz llegue a triunfar.

Encargóle a los soldados
que su cara respetaran;
pero fue inútil su ruego
pues torpes lo destrozaron.

Cirilo cayó en el suelo
con vida moviendo un brazo
y el capitán E. Garduño
le dió [*sic*] el último balazo.

Triste fin el de este jefe
que no se pudo salvar;
pero hay cosas necesarias
para que llegue la paz.²⁸

La muerte de hermano a hermano

En el corrido “El cuartelazo felicista [Decena Trágica]” se lee la siguiente estrofa que denuncia cómo la ambición de algunos llevó a la guerra fratricida:

La sangre corría a torrentes,
pero era sangre de hermanos,
siendo culpables de todo
ambicioso mexicanos.²⁹

En otra composición, referente a la toma de Cuauhtla por Emiliano Zapata, se lamenta la muerte de federales, pues también eran hermanos:

[...]
Emiliano Zapata, con toda su gente,
con brío empezó a avanzar,
gritando: —muchachos, tiren sin temor,
que les vamos a ganar.
Empezaron a arrojar
unas bombas explosivas
sobre los pobres soldados
desde las partes de arriba...

[...]
Bañaron de gasolina
los furgones donde estaban (los soldados
prendieron sin fijarse dos refugiados) [sic]
en los gritos que ellos daban...
todos los pobres soldados convirtiéronse en ceniza
y fueron sus restos tirados
en los campos de Cuauhuistla...
De esta manera tan triste
entró Zapata a Morelos
saqueando comercios
e incendiando hasta los cerros.³⁰

La muerte por traición

En el corrido arriba citado sobre la Decena Trágica, se hace alusión a la traición respecto a los asesinatos de Madero y Pino Suárez:

Huerta por sus partidarios
se hizo solo Presidente,
luego que subió al poder
a Madero dió [sic] la muerte.

El veintidós de febrero,
fecha de negros pesares,
mandó Huerta asesinar
a Madero y Pino Suárez.

El Presidente Madero
a Huerta le hizo favores,
¡un bien con un mal se paga!
Eso es muy cierto, señores.

Cárdenas fué [sic] el asesino
que hizo tan chula gracia
de asesinar a dos héroes
padres de la Democracia.³¹

La muerte como deber

En el corrido —ya citado también— sobre la toma de Cuautla, se consigna la siguiente declaración del jefe Luis G. Cartón, federal que defendía la ciudad, cuando se le anuncia que será fusilado. En los siguientes versos se nota el sentimiento del deber en dicho oficial.

—Si muero siempre yo ya he cumplido
con los deberes de mi misión,
—Párese al frente, que hay cinco tiros
para el descanso de su intención.

—Fórmenle un cuadro, vénganse cinco,
 preparen armas sin dilación,
 ¡Vivan las fuerzas de Chilpancingo!
 ¡Qué muera Huerta! ¡También Cartón!
 se oyó el descargue de muchas armas
 cuando Cartón dejó de existir...³²

Otras veces el deber se relaciona con la obligación para con el ejército propio, como cuando el ministro de Guerra José González Salas es enviado a combatir a los orozquistas el 25 de marzo de 1912. Fue derrotado y entonces, se suicidó de un disparo en la cabeza. Así lo narra el corrido correspondiente:

Cuando el gobierno supo la rebelión de Orozco
 dispuso enviar las tropas que fueran necesarias
 y el mando de las fuerzas le dio a González Salas,
 Ministro de la Guerra con tres columnas varias...
 llegó hasta Torreón con ánimo esforzado
 y comenzó su avance sin grande precaución,
 dándole tiempo a Orozco de esperarlo en Rellam,
 donde quedó deshecho y en triste situación.
 Causó a González Salas mortal abatimiento
 al ver así deshecho su ejército brillante
 que sacando del cinto un arma disparóse
 cayendo muerto al punto, junto de su ayudante...³³

La muerte como igualadora social

En el “Corrido de la caída de Ciudad Juárez” que ya ha sido citado antes, se lee la siguiente estrofa en la que se expresa la reflexión respecto a que la muerte no perdona condición social:

Amigo, no te señales
 por riqueza ni estatura;

pues todos somos iguales;
materia de sepultura.³⁴

Homenaje a la muerte de los héroes

Las siguientes son algunas estrofas del “Corrido a la muerte de Madero”

Con lágrimas en los ojos y el más profundo dolor
vengo a cantar un corrido por la muerte de un Señor.
Fué [sic] Presidente de México por elección popular
y don Francisco Madero ocupó un gran lugar...
Sus ideales eran darle al pueblo un gobierno sano
que la igualdad fuera un hecho y nos vieses como
hermanos.

Prometió cosas muy grandes que no pudo ya cumplir
y por eso muchos jefes se lo quisieron servir.
[...]

A deshoras de la noche lo sacaron de Palacio
y aunque fue poca la escolta no esperaban un fracaso.
En las partes descampadas junto a penitenciaría
se pararon los dos autos que a las víctimas traían.
Madero bajó primero, luego el infame asesino
de nombre Francisco Cárdenas, que era un rural muy
indigno.

Al verse atrás de Madero el instante aprovechó,
y de un disparo certero la existencia le quitó.
Los sesos fueron regados a diez metros de distancia,
y el Presidente tirado boca abajo, ya sin ansia.
El pobre de Pino Suárez del otro auto bajó
cuando oyó el primer disparo y a Madero rodar vio.
—¡Infame! ¡Vil asesino! a Cárdenas le gritó,
—¡dame a mí pronto la muerte! Y en el rostro lo escupió.
Por un tiro muy certero su cuerpo cayó en la tierra
y los esbirros vaciaron su pistola traicionera.

Tras los muros de la cárcel descansaron sus despojos
y la gente pudo verlos con sus espantados ojos.³⁵

En el caso del corrido anterior se enaltece al héroe como “Señor”, con mayúscula, “Presidente por elección popular”, hombre de ideales y de entrega al pueblo; aunque incapaz de cumplir todo lo que prometió, por lo que el énfasis se pone finalmente en la forma infame y humillante en que murió. Veamos otro ejemplo, en estos fragmentos del corrido “De la muerte de Pancho Villa”:

¡Pobre Pancho Villa...!
fué [sic] muy triste su destino;
morir en una emboscada
y a la mitad del camino.

Iba dejando Parral
manejando su *carcacha*,
el valiente general
autor de *La cucaracha*.

*“La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
[...]*

¡Pobre Pancho Villa...!
Iba dejando Parral
saliendo de una cantina,
el valiente general
autor de *La Valentina*.

*“Si porque me ves borracho,
mañana ya no me ves;
[...]*

¡Pobre Pancho Villa...!
Iba dejando Parral
saliendo de su casita,

el valiente general
que compuso *La Adelita*.

*“Si Adelita se casara con Carranza,
y Pancho Villa con Álvaro Obregón,
[...]*

¡Pobre Pancho Villa!
[...]

Dicen que Villa murió
con la mano en el gatillo;
sobre su hombro descansaba
el general Miguel Trillo.

Nada le valió que su hijo
y la llamada Austroberta
le dijeran que se fuera
siempre con el ojo alerta.

¡Pobre Pancho Villa...!

En una casa alquilada
se apostaron los ladrones,
pues para matar a Villa
necesitaban... calzones.

¡Ay, México está de luto,
tiene una gran pesadilla,
pues mataron en Parral
al valiente Pancho Villa!

¡Pobre Pancho Villa!³⁶

No obstante el calificativo de “valiente” y que se diga que para matar al personaje a cuya muerte se canta en este corrido se “necesitaban calzones”, en esta composición más bien se manifiesta condolencia por el hombre que fue víctima de una emboscada, en un movimiento en que todos, de un modo u otro, fueron victimados.

El corrido “De la muerte de Emiliano Zapata” es el que más enaltece al héroe, es un verdadero homenaje:

Escuchen, señores, oigan el corrido,
de un triste acontecimiento;
pues en Chinameca fué [sic] muerto a mansalva
Zapata, el gran insurrecto.

Abril de mil novecientos
diecinueve, en la memoria
quedarías del campesino
como una mancha en la historia.

Campanas de Villa Ayala,
¿por qué tocan tan dolientes?
—Es que ya murió Zapata
y era Zapata un valiente.

El buen Emiliano que amaba a los pobres
quiso darles libertad;
por eso los indios de todos los pueblos
con él fueron a luchar.

[...]

Trinitaria de los campos
de las vegas de Morelos,
si preguntan por Zapata,
dí [sic] que ya se fué [sic] a los Cielos.

Le dijo Zapata a don Pancho Madero,
cuando ya era gobernante:
—si no das la tierra, verás a los indios
de nuevo entrar en combate.

Se enfrentó al señor Madero,
contra Huerta y a Carranza,
pues no le querían cumplir,
su plan que era el Plan de Ayala.

Corre, corre, conejito,
cuéntales a tus hermanos:

¡ya murió el señor Zapata,
el *coco* de los tiranos!

[...]

A la sombra de un guayabo
cantaban dos chapulines:
—¡Ya murió el señor Zapata,
terror de los *gachupines*!

[...]

Estrellita que en las noches
te prendes de aquellos picos,
¿dónde está el jefe Zapata
que era azote de los ricos?

[...]

Abraza Emiliano al felón Guajardo
en prueba de su amistad,
sin pensar el pobre que aquel pretoriano
lo iba a sacrificar.

Y tranquilo se dirige
a la hacienda con su escolta;
los traidores le disparan
por la espalda a quemarropa.

Jilguerito mañanero
de las cumbres soberano,
¡mira en que forma tan triste
ultimaron a Emiliano!

Cayó del caballo el jefe Zapata
y también sus asistentes.
Así en Chinameca perdieron la vida
un puñado de valientes.

Señores ya me despido
que no tengan novedad.
Cual héroe murió Zapata
por dar tierra y libertad

[...] ³⁷

Sin duda la figura de Zapata cobra una relevancia distinta. En el corrido también se le califica de “pobre” por la traición de que fue objeto, pero de él sí se dice que murió “cual héroe”, lo que se justificó a lo largo de toda la canción al calificársele de “gran insurrecto”, “un valiente”, “coco de los tiranos”, “de los buenos”, “terror de los gachupines” y “azote de los ricos”; por lo que se dice lo que de los otros no: que “se fue a los cielos”.

La muerte como crimen

El siguiente es un fragmento alusivo a la muerte considerada como crimen, porque implica sucios manejos políticos y falta de humanidad. Se extrajo del corrido que refiere las ejecuciones que Victoriano Huerta ordenó a fines de 1914 contra los partidarios de Madero y Carranza, sobre todo las de Serapio Rendón y Belisario Domínguez:

Haré una lista pequeña
de los crímenes ocultos
que cometió el ex gobierno
por manos de hombres incultos;

Aquellos que le estorbaban
al infame mariguano,
cuando estaba ya borracho
los mandaba el vil matar.

Sin tener en nada al hombre
disponía de su destino
y así la bestia infernal
los quitaba del camino.

Hasta de su misma casa
los sacaban los secuaces,
y en los autos del gobierno
los conducían a arrabales.

De ahí en silenciosa marcha
 seguían su camino a pie
 hasta llegar a un panteón,
 como en constancias se lee.

Uno de los tres verdugos
 los sujetaba del brazo
 y con palabras melosas
 los hacía caer en el lazo.

A algunos aun la esperanza
 de salvarlos le imbuían
 y cuando creíanse salvados
 la descarga recibían.

[...]³⁸

*La muerte como clamor popular
 de venganza contra el verdugo*

En el corrido de don Venustiano Carranza se alude así
 al ejecutor de Madero:

Ese Victoriano Huerta,
 no se les vaya a olvidar,
 que debe una cuentecita
 y la tendrá que pagar.

¡Muera Victoriano Huerta!
 ¡Muera el gobierno fatal!
 y ¡vivan los carrancistas
 que nos dan la libertad!³⁹

[...]

*La muerte como justificación
para acabar con los gachupines*

Cuando Villa toma Torreón se le ordena expulsar de allí a los gachupines; así se expresa el asunto en el corrido referente a esta gesta:

¿No que bailaban de gusto y saltaban de contento?
Villa les va dando un susto en menos que se lo cuento.
Pónganse bien los botines para que busquen la orilla
ya verán los gachupines lo que les pasó con Villa.
—Entonces quedarán morir, yo no quiero esta semilla.
No quiero ser asesino ni seguirles a otro mal,
yo los pondré en el camino, ahí hay un tren especial.
—Señor, tanto capital, pues, ¿a quién se lo dejamos?
pues hasta querían llorar apretándose las manos.
—Cuando a México vinieron —Villa les dijo formal,
¿verdad que nada trajeron? Eso mismo han de llevar.
Hay que salir con violencia, yo no quiero averiguar;
obedecen mi sentencia o comienzo a fusilar.⁴⁰

La muerte masiva de los soldados desconocidos

En el mismo corrido arriba citado se manifiesta la muerte masiva tanto de federales como de revolucionarios en las siguientes estrofas:

[...]
El General Bravo estuvo
muy acertado, él también
mandando a los federales
que se portaron muy bien.
En el Cerro de la Cruz
los asaltantes subían
para quitar los cañones

que desde allí los barrían.
 Al dispararse las piezas
 por cientos quedaban muertos;
 pero otros cientos llegaban
 para ocupar esos puestos.
 Y así murieron por miles
 en ese cerro famoso
 los soldados carrancistas
 y allí quedaban en reposos.⁴¹

La muerte en el contexto del nacionalismo religioso

Cuando el 21 de abril de 1914 la marina norteamericana desembarcó tropas para ocupar Veracruz, los cadetes de la escuela naval, junto con la gente del pueblo que se les unió, los recibieron con descargas. Junto con los cadetes José Azueta y Virgilio Uribe, murieron allí muchos héroes anónimos. Entonces algún poeta popular escribió las siguientes estrofas:

Madre mía de Guadalupe, échame tu bendición,
 con gusto daré mi sangre, te lo juro, madre amada,
 por no ver nuestra bandera de otra nación pisoteada.
 ¡Oh hermosa Guadalupeana, prenda sagrada y querida,
 no permitas que el extraño venga a quitarnos la vida!
 ¡Qué linda es nuestra bandera, compañeros, a pelear,
 ya el enemigo está cerca, ya se oye el clarín sonar!
 Verde, blanco y colorado contra barras va jugando;
 no te aplomes compañero, que les estamos ganando
 ¡Madre mía de Guadalupe, tú me has de favorecer!⁴²
 [...]

En los versos finales de ese mismo corrido se expresa el sentimiento de que, frente al poder de los nor-

teamericanos, los mexicanos tienen el de la protección divina:

[...]

En fin, son muy poderosos,
pero el rico también muere;
pues aquí se hace en la tierra
nada más lo que Dios quiere.

¡Viva Hidalgo! ¡Viva Juárez!,
les diré de despedida,
que supieron dar su sangre
por nuestra patria querida.

Si acaso muero en campaña,
échame tu bendición,
madre mía Guadalupana,
te llevo en el corazón.⁴³

La muerte política

En el corrido “De la esperanza de la patria. Por la rendición de Villa” se habla del retiro del caudillo después de haberse rendido en la ciudad de Torreón. Entonces el pueblo se alegraba de ese hecho, pues veían con temor las peleas entre las distintas facciones revolucionarias por ocupar la silla presidencial. La muerte se convierte en esos momentos en una solución, pues serán menos quienes participen en esa refriega. Del citado corrido son estos versos alusivos al deceso de Carranza:

Carranza ya se murió,
que Dios lo haya perdonado,
nada más por su capricho,
muy caro le ha costado.

Todo fue por un momento,
Nomás un trueno se oyó,
el partido Obregonista
a Carranza derrotó.
todo el mundo está contento...

El pueblo y la fuerza armada
son de la misma opinión,
quieren que suba a la silla
el general Obregón.
[...]⁴¹



Funeral de Carranza.

La muerte posterior de Obregón dio lugar también a que se compusieran corridos. Vicente T. Mendoza recoge dos en sus obras. De ellos son los siguientes fragmentos:

[...]

Obregón comió tranquilo en el trágico banquete
sin saber que ya el destino le preparaba la muerte.
Al principiar ya los postres notaron en un instante
a un hombre desconocido que era un joven dibujante.
Aquel joven dibujante con grande resolución
se acercó junto al asiento del candidato Obregón.
Con discurso celebraban aquel majestuoso rito
y las notas de la orquesta tocaban "El limoncito".
Breve con la mano izquierda el dibujo le mostró
y con la otra, por la espalda, seis tiros le descargó.

[...]⁴⁵

La otra versión no es anónima, su autor fue un tal Eduardo Guerrero.⁴⁶ El siguiente es un fragmento:

Pobrecito de Obregón, cuando estaba por triunfar,
vino la parca tras él y su vida fue a segar.
Cinco balazos le dieron al General Obregón,
decían las gentes muy quedo después de un comelitón.
Los rumores aumentaron cuando la tarde avanzó
y entonces salió en los diarios y a todos nos consternó.
Era cierta la tragedia de la muerte del magnate,
que después de una comida hicieron tal disparate.
Fue el diecisiete de julio, ni me quisiera acordar
que a Don Álvaro Obregón lo llegaron a matar.

[...]⁴⁷

La muerte como castigo

Quizá todos los fusilamientos podrían ser vistos como castigo; pero la mayoría más bien los podemos considerar como acciones de guerra. En cambio hay casos como el de la ejecución del José de León Toral, el joven dibujante que mató a Obregón, que son claramente castigos a un delito. He aquí algunos versos alusivos:

Año de mil novecientos veintinueve en el actual,
 le fue negado el indulto al joven José Toral.
 Demetrio Sodi y García y el licenciado Cueto
 defendieron a Toral hasta el último momento.
 Ante la suprema corte mandaron un memorial
 solicitando el amparo a José de León Toral;
 pero la suprema corte tal amparo les negó
 y la sentencia de muerte a Toral se confirmó...
 Hasta el puerto de Tampico con muchas súplicas mil
 un mensaje muy urgente mandaron a Portes Gil...
 Don Emilio Portes Gil, desde el tren presidencial
 negó la gracia de indulto a José de León Toral.
 El día nueve de febrero, sábado día señalado,
 en la penitenciaría fue Toral ejecutado.
 Si por creencias religiosas hizo un crimen renombrado
 ante el Trono Omnipotente, que Dios lo haya perdonado.⁴⁸

Nótese la simpatía del autor del corrido con el personaje.

La muerte a cambio de libertad

En este tema se manifiesta tal deseo de obtener la libertad que, de no tenerla, se expresa desprecio por la vida. En el corrido "Del general Amaro" se pueden percibir estos sentimientos:

Por tres días que no comieron
 más que biznaga y nopales,
 fueron a rendir sus armas
 a los crueles federales.

Adiós mi papá y mi mamá, ya me voy,
 y a mis hermanitos los voy a dejar;
 si muero en campaña, mi sangre les doy
 para que toditos tengan libertad.

No le temo a la metralla
 ni al cañón que tanto avanza,
 ¡qué viva [sic] Joaquín Amaro
 y Venustiano Carranza!

No le temo a la metralla,
 ni al cañón de artillería;
 adiós mis queridos padres,
 me voy de su compañía.
 [...] ⁴⁹

Muerte y poder

Un ejemplo de denuncia contra las ambiciones de los poderosos que sin escrúpulos sacrificaron al pueblo, se puede apreciar en las dos primeras estrofas del corrido “De la Revolución”:

Despierten ya, mexicanos,
 los que no han podido ver,
 que andan derramando sangre
 por subir a otro al poder.

¡Pobre nación mexicana!,
 que mala ha sido tu suerte;
 tus hijos todavía quieren
 más en la desgracia verte.
 [...] ⁵⁰

Muerte de inocentes

¿Cuántas veces el pueblo fue víctima inocente del movimiento revolucionario? Seguramente muchas. En el corrido que trata “De la salida de los gachupines de la ciudad de Torreón” se lee:

[...]

Van haciéndose terribles
esos infames pelones,
atropellando familias,
incendiando poblaciones.

Dicen que son muy valientes,
se burlan de su trabajo
han fusilado inocentes
de esos que no dan trabajo.

Dicen que los federales
tienen mucha disciplina,
les sirven pa' seguir males
y dejar pueblos en ruina.

[...] ⁵¹

Humor y muerte

Los corridos, en menor o mayor medida, de pronto hacen humoradas sobre el tema de la muerte. El siguiente es un ejemplo. Se trata de una estrofa del corrido “De los combates de Celaya”:

[...]

Obregón decía a los yaquis:
—No tengan miedo que mueran;
muchachos, les aconsejo,
revivirán en su tierra.

Respondió un soldado de ellos:

—no es cierto, mi general, le escribí a un hermano muerto,
no me ha vuelto a contestar.

[...]⁵²

La muerte como aprendizaje

En la Revolución también se tenía que aprender a morir. Así lo expresa Carranza en boca del cantor, en el corrido “De la persecución de Villa”:

Patria México, febrero veintitrés,
dejó Carranza pasar americanos:
dos mil soldados, doscientos aeroplanos
buscando a Villa, queriéndolo matar.

Después Carranza les dijo afanoso:
—si son valientes y lo quieren combatir,
concedido, les doy el permiso,
para que así se enseñen a morir.

[...]⁵³

Rechazo a la muerte

En determinado momento la Revolución ya había provocado desencanto, entonces se empezó a devaluar la idea de dejar la vida en ella, y así se llegó a expresar en corridos como el “De Orlachía”. Mientras que el general Orlachía animaba a sus soldados a invadir la ciudad de Zamora luego de haberla sitiado, alguna de sus compañeras expresa:

[...]

¡Maldita Revolución!
pues ahora ya me da pena;
pero cuando me metí
creía que era cosa buena.

No quiero Revolución,
 traigo en peligro mi vida.
 ¡Cómo lloraba Rosario,
 porque era la consentida.
 [...] ⁵⁴

La muerte como descanso

Esta idea se expresa con las siguientes palabras en el corrido “De Cirilo Arenas”:

Vuela, vuela palomita,
 vuela si sabes volar
 y anda avísale a mi madre
 que me van a fusilar.
 Así cantaba y decía
 en Puebla Cirilo Arenas,
 que a la muerte no temía
 porque nos quita las penas.
 [...] ⁵⁵

Tal vez pudiera encontrarse alguna que otra variante más sobre la muerte que esta vez no haya sido observada, pero las aquí ejemplificadas son más que suficientes para que el lector se percate del predominio de este asunto en el corrido revolucionario.

Tema de muy diversos matices, la frecuencia de la muerte en dicho género deja ver que este fenómeno era parte de la realidad cotidiana de los mexicanos durante el periodo revolucionario, por lo que el pueblo —como dice Octavio Paz— “la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja” y parece ser “su amor más permanente”; pero lo que está haciendo en realidad es afir-

mar “la nadería e insignificancia de la humana existencia”.

Clementina Díaz y de Ovando señala que en la época revolucionaria

se prefiere la muerte a la vida, porque la muerte es redención; se la acepta en cualquier momento y aun se la trata con ironía; no rajarse, no huir a la muerte es positivo, es lo que da la heroicidad; lo negativo es ser cobarde.⁵⁶

Esa angustia ante la vida expresada en los corridos relativiza la existencia y, por lo tanto, permite decir que “no vale nada”, ya que “comienza siempre llorando y así llorando se acaba”; así que el mexicano empatiza con los versos en que bajo una máscara de fanfarronería el cantor levanta la voz para decir: “si me han de matar mañana, que me maten de una vez”, y para retar a la huesuda con preguntas como: “¿En qué quedamos, pelona, me llevas o no me llevas?”



Nadie escapa a la muerte.

Notas

¹ Juan Bautista Pomar, *Relación de Texcoco (1582)*, publicado por Joaquín García Icazbalceta, México, Nueva colección de documentos para la historia de México, t. III, p. 38, cit. en Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas*, trad. Carlos Villegas, 2ª ed., FCE, 1970, México, p. 201.

² Véase Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 2ª ed., correg. y aumen., FCE. (Colección Popular, 107), México, 1959, p. 49.

³ *Ibid.*, p. 50.

⁴ *Ibid.*, p. 53.

⁵ Paul Westheim, *La calavera*, 3ª ed., FCE, (Breviarios, 351), México, 1983, p. 10.

⁶ Vicente T. Mendoza, *El corrido de la Revolución Mexicana*, INEHRM, México, 1956.

⁷ “La copla es una de las composiciones líricas más antiguas, emotivas y profundas, fecundas y bellas de la literatura española. En su brevedad tienen cabida todas las pasiones, emociones, angustias, ilusiones y todos los dolores, anhelos delirios y melancolías [...] El cantar es una “breve composición poética, adaptable a determinados aires populares –jota, zorcico, sardana, soleá, fandango...– o que puede ponerse en música para ser cantada”. Por su parte, la jácara es una “composición poética en que se cantaba como un intermedio teatral. Por lo regular, sus temas eran las peripecias de la vida airada y picaresca”. (Federico C. Sainz de Robles, *Diccionario de la literatura, Términos, conceptos e ismos*, Aguilar, Madrid, 1982, 2 vols.)

⁸ Véase Vicente T. Mendoza (antología, introducción y notas), *El corrido mexicano*, FCE, (Colección Popular 139), México, 1954 pp. VII- XLIV.

⁹ Véase “Literatura popular contemporánea” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM, México, 1953. (Conferencia sustentada en el Aula Martí, durante los cursos de invierno en la Facultad de Filosofía y Letras, el 25 de febrero de 1952).

¹⁰ *Ibid.*, p. 32.

¹¹ Vicente T. Mendoza, *El corrido de la Revolución... op. cit.*, p. 10.

¹² Vicente T. Mendoza, *El corrido mexicano, ed. cit.*, pp. XV-XVI.

¹³ Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 32.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 32-33. Este fragmento corresponde al corrido "Del hijo desobediente", que se encuentra completo en Vicente T. Mendoza, *op. cit.*, p. 266.

¹⁵ Vicente T. Mendoza, *El corrido de la Revolución.... ed. cit.*, pp. 13-14.

¹⁶ Vicente T. Mendoza, *El corrido mexicano, ed. cit.*, p. XXXI.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 21-22.

¹⁸ Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 34.

¹⁹ Vicente T. Mendoza, *op. cit.*, p. 25.

²⁰ Vicente T. Mendoza hace referencia al elemento "mensaje" en ciertos corridos, mismo que suele aparecer al principio, en medio o al final del relato y que no es precisamente característico de este género, pero señala que la forma más frecuente es, justamente, "vuela, vuela, palomita". El origen de esta expresión está, apunta, en las canciones de boda del folklore leonés, regiones de Maragartaría, la Bañeza y la Montaña de Murias. Se trata de coplas que cada comensal canta al ofrecer su presentes. (Vicente T. Mendoza, *op. cit.*, p. XXI)

²¹ *Ibid.*, p. 26.

²² Plan firmado por Venustiano Carranza el 26 de marzo de 1913 con el único fin de derrocar a Huerta y restablecer el orden constitucional. Se llamó así porque fue firmado en una hacienda del mismo nombre. Se firmó entre los oficiales de varios regimientos revolucionarios, mayormente del norte del país, pero también estuvo, por ejemplo, la oficialidad veracruzana. Se trataba de menos de setecientos soldados que suscribieron con el gobierno constitucional de Coahuila el compromiso de defender y hacer triunfar en el país el plan revolucionario contra los abusos de Huerta.

²³ *Ibid.*, p. 21.

²⁴ Plan revolucionario que Francisco I. Madero lanza desde Norteamérica —a donde tuvo que huir luego de haber salido bajo fianza de prisión— y cuyos aspectos fundamentales se sintetizan en el lema: "Sufragio efectivo. No reelección".

²⁵ *Ibid.*, p. 27.

²⁶ *Ibid.*, p. 30.

²⁷ *Ibid.*, p. 41. En *El corrido mexicano*, Vicente T. Mendoza, incluye otro corrido distinto acerca de este mismo acontecimiento, su título es: "De la toma de Ciudad Juárez [en 1912]" pp. 27-30.

²⁸ Vicente T. Mendoza, *op. cit.*, p. 164.

²⁹ *Ibid.*, p. 33.

³⁰ Vicente T. Mendoza, *El corrido de la Revolución*, ed. cit., pp. 49-50.

³¹ *Ibid.*, p. 33.

³² *Ibid.*, p. 50.

³³ *Ibid.*, p. 58.

³⁴ *Ibid.*, p. 43.

³⁵ *Ibid.*, p. 62.

³⁶ *Ibid.*, pp. 67-69.

³⁷ *Ibid.*, pp. 81-85.

³⁸ *Ibid.*, pp. 68-69.

³⁹ *Ibid.*, p. 69.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 77.

⁴¹ Vicente T. Mendoza, *op. cit.*, p. 41.

⁴² *Ibid.*, p. 77.

⁴³ *Ibid.*, p. 44.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 63.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 129.

⁴⁶ Mendoza lo tomó de *Los corridos de la Revolución Mexicana*, de Celestino Herrera Frimont, Instituto Científico y Literario, Pachuca, Hgo, 1934.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 127.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 30.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 39-40.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 143.

⁵¹ *Ibid.*, p. 46.

⁵² *Ibid.*, p. 59.

⁵³ *Ibid.*, p. 60.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 77.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 163.

⁵⁶ Díaz y de Ovando, *op. cit.*, pp. 52-53.

Bibliografía

- Díaz y de Ovando, Clementina, "Literatura popular contemporánea", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM, México, 1953 (Conferencia sustentada en el Aula Martí, durante los cursos de invierno en la Facultad de Filosofía y Letras, el 25 de febrero de 1952).
- Mendoza, Vicente T., (antología, introducción y notas), *El corrido mexicano*, FCE (Colección Popular, 139), México, 1954.
- Mendoza, Vicente T., *El corrido de la Revolución Mexicana*, México, INERHM, 1956.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, 2ª ed., corregida y aumentada, FCE (Colección popular, 107), México, 1959.
- Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*, trad. Carlos Villegas, 2ª ed., FCE, México, 1970.
- Westheim, Paul, *La calavera*, 3ª ed., FCE (Breviarios, 351), México, 1983.

LLORAR Y LLORAR... EL OFICIO DE LAS MUJERES EN LOS RITUALES FUNERARIOS

Elsa Muñiz

Llorar a lágrima viva. Llorar a chorros.
Llorar la digestión. Llorar el sueño. Llorar
ante las puertas y los puertos. Llorar de
amabilidad y de amarillo.

(Oliverio Girondo)

A Ray

Presentación

La muerte es el acontecimiento universal por excelencia. Desde que nacemos sabemos que hemos de morir. No obstante, aunque la muerte es un hecho biológico y físico¹ además de una experiencia individualizada, es, antes que nada, una realidad sociocultural que genera representaciones, imágenes, fantasías colectivas, sistemas de creencias, valores y símbolos en el plano de la conciencia individual y en el de la grupal. Esto propicia ciertos comportamientos, actitudes, ritos y conductas codificados según el momento histórico o el lugar de que se trate. Por ejemplo, las formas de morir, de concebir a los difuntos, la significación del deceso y de los ritos funerarios, el tratamiento de los cadáveres y luego de

los restos, las conductas de la aflicción y del duelo, el culto a los antepasados, las “profesiones de la muerte como son los fabricantes de ataúdes, los sepultureros, embalsamadores, y en general, los encargados de los servicios religiosos”.²

Existe un oficio funerario al que historiadores y antropólogos han prestado poca atención y que tradicionalmente se ha encomendado a las mujeres. Me refiero a las llamadas “plañideras”, oscuros personajes que, en diferentes tiempos y culturas, rodean como sombras al difunto y lo acompañan hasta su última morada desempeñando diversas funciones.

En el presente trabajo me interesa hurgar en ciertas costumbres y tradiciones que acompañan a las mujeres que lloran en los velorios aún hasta la actualidad. A pesar de que en los ritos funerarios urbanos contemporáneos su presencia es prácticamente inexistente, forman parte del imaginario social que los mexicanos poseemos respecto de la muerte.

Dice la voz popular que las plañideras son esas mujeres que lloran en los velorios. Gritan y sollozan ante el féretro del difunto, van envueltas en grandes chales negros, tan cubiertas, que solamente asoman su nariz enrojecida por el llanto y unas manos hábiles que corren, de ida y vuelta, por las cuentas de un gastado rosario al compás de las “avemarías”, los “padrenuestros” y las largas letanías con las que bajan del cielo al santoral entero. Las plañideras también son esas mujeres que lloran por una paga, así las define el diccionario.³

Las lloronas son vinculadas a los ritos funerarios tanto en México como en otros lugares del mundo. Sin embargo, resulta difícil definir la importancia de su

participación en dichos eventos, o siquiera saber cuál era su papel real más allá de formar parte del cortejo fúnebre, ya que las fuentes sólo hacen breves referencias a ellas.

Las plañideras profesionales siguen presentes hasta nuestros días en muchos lugares del planeta. En algunos casos funcionan como una suerte de abogadas llamadas para defender el caso de los deudos. Podríamos aventurarnos a señalar que encarnan y dignifican la llorosa demanda de los dolientes en cuanto a que el muerto "no" esté muerto, y las plañideras hacen oficio de interceder en la transacción imaginaria de recuperar al muerto.

En el duelo se ritualiza el llanto tanto de los deudos como de las lloronas profesionales. Hagamos un breve recuento de algunas formas de ritualización de las lágrimas y otras expresiones del dolor causado por la muerte a través de estos personajes que siempre y en todo lugar han sido mujeres, lo cual no es poco relevante, ya que la representación ahistórica de las plañideras conjunta las características de la feminidad occidental.

Del duelo público al sufrimiento privado

En el largo periodo de la Antigüedad, las expresiones de duelo cobraron gran dramatismo. La muerte de un individuo trastocaba la vida cotidiana de la comunidad y afectaba la continuidad del ritmo social. Uno de los ejemplos más claros de la tragedia que significaba la muerte para los antiguos sumerios lo encontramos en el *Poema de Gilgamesh*.⁴ Al desgarrarse por la muerte

de su amigo Enkidu, Gilgamesh, rey de Uruk, pronunciaba un lamento del cual reproduzco este fragmento:

(...)

¡Que tus huellas dejadas en el Bosque de los Cedros
lloren por ti! ¡Que jamás callen ni de noche ni de día!
Así los ancianos de la amplia y amurallada Uruk
lloren por ti.

Llore por ti el dedo que se extiende detrás de nosotros
bendiciendo.

Llore por ti y despierte ecos en la campiña como si
fuera tu madre.

... Lloren por ti oso, hiena, pantera,
tigre, siervo, leopardo, león; bueyes, venado, cabra
montés,

todas, en fin, las criaturas salvajes de la estepa

Llore por ti el río Ula

Por cuyas orillas solíamos pasear. Llore por ti el puro
Eufrates [del que sacábamos]

agua para el odre. Lloren por ti los guerreros de la
amplia y amurallada Uruk

(...)

¡Lloren por ti los hermanos como hermanas (...) y
crezca larga

su cabellera por ti! (...) ⁵

Y luego, haciendo referencia a las lloronas, Gilgamesh dice:

—¡Escuchadme, ancianos, escuchadme!

Lloro por mi amigo Enkidu

Gimiendo amargamente como una plañidera. ⁶

Para el héroe Gilgamesh, llorar era una actividad femenina que los hombres podían realizar solamente por el gran dolor que la muerte del amigo querido le causaba. A tal extremo era su tristeza, que consentía

en llorar como una plañidera —claro, mujer— y que sus hermanos “lloraran como hermanas”.

Los restos arqueológicos han brindado muchos elementos para conocer las costumbres funerarias de los pueblos de la Antigüedad. En ellos la muerte de un individuo era un suceso eminentemente colectivo. Así, conocemos la manera en que los egipcios celebraban sus funerales gracias a los bajorrelieves y a las pinturas encontradas en las tumbas y templos de los faraones. El cortejo que acompañaba al difunto se constituía por los esclavos que llevaban las ofrendas y los objetos propiedad del difunto: sus armas y sus caballos, si en vida fue guerrero, y sus instrumentos de labranza si fue campesino. Seguía luego el grupo de mujeres plañideras, lanzando grandes y terribles gritos, arrancándose el pelo y cantando lamentos fúnebres.

En algunas sociedades, los cuidados a los moribundos y a los cadáveres, también eran trabajos de las mujeres. Los restos de ánforas, vasos y copas que pertenecieron a la Atenas clásica alrededor del año 490 a.C., muestran a las mujeres en sus oficios funerarios. Así, en el centro de una especie de florero decorado con pinturas rojas se representa al difunto estirado sobre un lecho, cubierto el cuerpo y solamente descubierto el rostro. Cuatro mujeres rodean el lecho, una de ellas sostiene la cabeza del difunto mientras las otras se lamentan tirándose de los cabellos. En una placa de terracota (pínax) destinada a permanecer fija sobre la tumba, nuevamente las imágenes muestran a siete mujeres muy cerca del difunto, pero en este documento, cada mujer tiene una inscripción que designa su parentesco con el muerto: la madre, la hija, la tía, la abuela, etcétera. Todas las mujeres se agrupan alre-

dedor del lecho, llevan las manos a sus tocados deshechos, se lamentan y gesticulan en señal de duelo.⁷



Las parientes alrededor del muerto (pínax), París. Louvre.

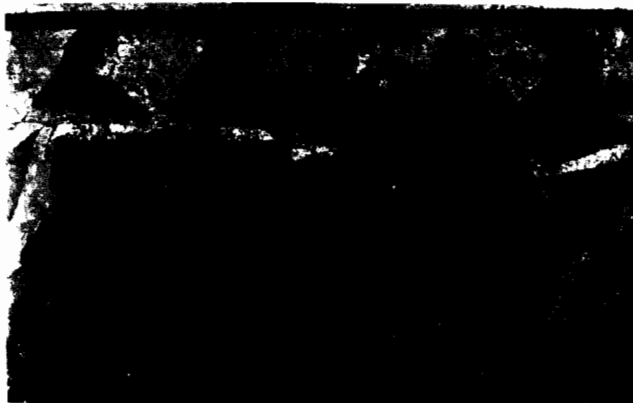
Afortunadamente, más allá de los vestigios arqueológicos, la cultura clásica dejó otras expresiones que dan luz sobre sus costumbres. En la *Iliada*, la gran epopeya de Homero, encontramos muestras de la manera en que los antiguos vivían sus duelos. A la muerte del Divino Héctor, jefe de los troyanos,⁸

La madre, [...] se arrancaba los cabellos; y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo gemía y se lamentaba. No parecía sino que toda la excelsa Ilión fuese desde su cumbre devorada por el fuego [...]⁹

La muerte era considerada como un periodo de transición temible tanto para el difunto como para sus allegados. Nadie tenía derecho a sustraerse de sus obligaciones para con el muerto. Éstas correspondían nor-

malmente a la familia, pero en caso de que ésta no las cumpliera cualquier ciudadano estaba obligado a ejecutar los ritos funerarios, bajo pena de cometer un sacrilegio funesto para él y para toda la colectividad. Nadie podía salvarse por sí solo. El difunto estaba considerado como una víctima consagrada a los dioses infernales; por eso empezaban lavándolo, para después unirlo, vestirlo de blanco y envolverlo con una mortaja, dejándole la cabeza al descubierto y ciñéndosela con una corona. Se disponía en la puerta de la habitación un vaso lleno de agua ritualmente pura con el fin de que los presentes pudieran hacer aspersiones al salir de allí y la ciudad no se contaminara con su impureza. El cuerpo se exponía durante un día en el vestíbulo de la casa, en un túmulo, mientras que los parientes próximos derramaban sobre sí polvo o cenizas y entonaban las lamentaciones tradicionales. Al día siguiente, antes del alba para no manchar la luz del día, el cortejo conducía al difunto a su última morada, siempre acompañado por los clamores de las *voceratrices* (plañideras).¹⁰

Los lamentos, gemidos y sollozos acompañaban los tirones de cabellos que eran arrancados y ofrecidos al difunto. Los hombres entregaban mechones o rizos, en cambio las viudas se rapaban la cabeza, considerada la parte más noble de la persona. La ofrenda de cabellos que hacían los familiares y amigos del difunto, era una expresión del deseo por permanecer unidos a él. Al mismo tiempo se ofrecía a Perséfone, diosa de los infiernos, un mechón de cabellos del difunto para que éste fuera bien acogido.



Pintura al fresco de una tumba de Ruvo, Italia. Pertenece a la cultura etrusca. Coro de mujeres con la cabeza cubierta.

Las demás mujeres del cortejo fúnebre dejaban suelta su cabellera y eran contratadas para llorar al muerto con el afán de hacer más emotiva la ceremonia y aumentar el dramatismo del funeral, fenómeno muy extendido durante esa época.

Sin embargo, las lloronas profesionales fueron criticadas ya desde las clásicas Grecia y Roma. El oficio de plañidera a menudo se encontraba en las listas de las profesiones degradadas, junto con los criminales y los prestamistas.¹¹ Por esa razón, desde Solón, la ley se esforzaba por reprimir estas manifestaciones ostentosas destinadas, al menos en su origen, a ser agradables al alma del difunto. Así, se legisló para restringir el uso de plañideras profesionales.

El cristianismo trajo una nueva concepción del individuo y de la muerte y, por tanto, de la manera en la que se habían de celebrar los ritos funerarios. Nuevos mitos constituyen las representaciones del duelo. En particular, en la pasión y muerte de Jesucristo se expresan de manera contundente dos imágenes que hasta nuestros días son modelos femeninos. La primera de ellas fue María Magdalena, a quien algunas versiones de la *Historia Sagrada* llaman “Magdalena la pecadora penitente”. Su encuentro con Jesús es narrado de la siguiente manera:

Un fariseo llamado Simón, rogaba a Jesús que fuese a comer con él, y habiendo entrado en la casa Jesús se sentó a la mesa. En la misma ciudad vivía una pecadora pública llamada María Magdalena. Sabiendo que Jesús estaba a la mesa en casa del Fariseo, presentóse [sic] con un vaso de alabastro, lleno de bálsamo precioso, y prostrándose a sus pies comenzó a regarlos con sus lágrimas; los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungió de bálsamo.¹²

En este encuentro, Jesús fue increpado por Simón al aceptar tales atenciones de una mujer pública, a lo que él contestó:

¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua con que lavar mis pies, más ésta los ha bañado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos [...] por lo cual te digo: Que perdonados le son sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Y luego le dijo a la mujer; “Perdonados te son tus pecados, vete en paz”.¹³

Las lágrimas, y el amor que se expresa a través de ellas, se convierten entonces en el vehículo del perdón

que los cristianos necesitan, en particular para llegar a la gloria después de la muerte.

La otra mujer es María Madre, quien junto a otras mujeres acompañó a Jesús durante todo el *vía crucis* llorando y gimiendo como auténticas plañideras:

27 [...] le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres que se golpeaban en desconsuelo y le plañían. 28 Jesús se volvió a las mujeres y dijo: "Hijas de Jerusalén, dejen de llorar por mí. Al contrario, lloren por ustedes mismas y por sus hijos".¹⁴

En la iconografía sagrada que se elaboró durante el Medioevo y el Renacimiento la muerte de Jesús se muestra de diversas maneras, pero siempre rodeado por las plañideras. Es el caso de *El entierro de Cristo*, de 1250-1300 del salterio manuscrito de Bommont, en la Biblioteca Municipal de Besançon,¹⁵ o la pintura de Giotto Di Bondone con el mismo nombre, de 1305, que se encuentra en la capilla Dell' Arena de Padua;¹⁶ *El descendimiento de la cruz*, 1435, de Rogier van der Weyden, en el Museo del Prado, Madrid, y, finalmente, de Grünewald, *La crucifixión*, de 1515, en el Museo de Unterlinden, Colmar, sólo por citar algunos.

En la Edad Media toda la familia, la servidumbre y los vasallos se reunían en torno al moribundo. El agonizante debía despojarse de todas sus pertenencias y distribuir las entre los seres amados.¹⁷ Se le exponía en un lecho ceremonial y se conducía en cortejo el cuerpo desde la aldea al cementerio, sobre unas parihuelas, con un velo o pañuelo sobre el rostro para no ver sus ojos y evitar así el riesgo de una maldición; se lo transportaba a la altura de las rodillas, a fin de que no escapara a la atracción del mundo subterráneo. Luego,

los parientes acudían a intervalos regulares a celebrar banquetes funerarios sobre su tumba, con lo cual los parientes estrechaban los lazos familiares y tranquilizaban a los muertos mediante aquella comunión alimentaria. Se realizaban, además, veladas, danzas y cantos nocturnos para conjurar a los muertos, obtener la paz en los cementerios y suprimir la angustia de los vivos. Como puede observarse, la celebración social se mantenía y la Iglesia se interesaba en que la muerte siguiera siendo algo público a fin de hacer del momento del fallecimiento un acto de tránsito hacia la otra vida pleno de esperanza. Con estos objetivos, los hipogeos y mausoleos se redujeron paulatinamente hacia el año 750, en tanto los cementerios instalados en las periferias de los poblados se trasladaban a la iglesia parroquial.¹⁸

Durante este periodo era muy común la utilización de plañideras pagadas. Podemos advertir sin embargo el repudio de la Iglesia a este tipo de prácticas en las prédicas de San Pablo en su contra, o en las de Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, que ya desde el siglo IV se oponía al empleo de mujeres contratadas como plañideras para hacer del duelo algo más intenso, para incendiar el fuego de la pena, y amenazó con excomulgar a quien contratara a estas lloronas profesionales. El término "placebo" fue utilizado para caracterizar tanto a los aduladores serviles como a los lamentos cantados en los funerales por las plañideras profesionales.¹⁹ Era claro que sus lágrimas eran placeras para algunos a pesar de ser un oficio cuestionado. No obstante, por supuesto que agradaba a los deudos inflamar la pena, recrear el dolor, hacer público el duelo.

Tom Lutz señala que las lágrimas están ligadas a la sinceridad, de tal manera que hacia finales de la Edad Media se cuestionaba el empleo de llanto falso. Los Cánones del Patriarcado de Alejandría decían que quienes estuvieran de duelo debían limitarse a la iglesia, al monasterio, a la casa, silenciosos, calmos, como deben serlo los que creen en la verdad de la resurrección. Así, los nuevos profesionales de la muerte, los encargados del negocio de organizar y dirigir los ritos fúnebres serían la Iglesia y sus jerarcas, sustituyendo, al menos formalmente, a las antiguas plañideras. El acompañamiento se convirtió en una solemne procesión escolástica en la que los parientes y amigos no fueron apartados, pero en los cortejos ordinarios se volvieron tan discretos que llegaba a dudarse de su presencia. Pobres y niños de los hospitales (expósitos o abandonados) integraban el cortejo según la riqueza y generosidad del difunto; ellos intercederían a favor suyo ante la corte celestial. La procesión solemne del séquito se convirtió en el símbolo de la muerte. Los funerales, así como el orden y la composición del cortejo, eran fijados por el muerto en el testamento.

Cabe señalar que durante toda la historia del cristianismo ha existido una relación contradictoria entre la religión personal y la religión colectiva, lo cual establece una tensión constante entre ambos polos. De esta manera, y a pesar de los esfuerzos encaminados a mantener el carácter público de la muerte, las celebraciones se fueron cerrando a círculos más estrechos. Previo a la Ilustración, la muerte todavía se insertaba en un ceremonial que reflejaba la idea de que nadie podría esperar salvarse por sí solo. Con el enfermo se encontraban los miembros de la familia junto al sacer-

dote y los cofrades de su hermandad, si el moribundo pertenecía a una cofradía. Es decir, su presencia era activa. Los asistentes rezaban con ardor, para que el moribundo rechazara los últimos embates del demonio, lamentara sus faltas en vida, ofreciera el sacrificio de su vida y obtuviera la misericordia del Juez Supremo; este es el significado de las oraciones de los agonizantes que rezan en voz alta.²⁰ No obstante, hay suficientes indicios para considerar que los rituales mortuorios de antiguo cuño habían entrado en crisis. El abundante cortejo religioso, así como las representaciones de caridad y pobreza, tendieron a desaparecer y a transformarse en procesiones sencillas y menos numerosas. Las noticias de muerte se recibían con frialdad; las expresiones de dolor sobre el lecho dejaban de ser bien vistas y lo mejor que podían hacer los deudos era mostrarse silenciosos. Quien sufriera una fuerte aflicción no tenía más remedio que retirarse del mundo conocido, para lo cual podría elegir el convento. El uso del negro para vestir de luto se generalizó a partir del siglo XVI y el duelo empezó a perder su significado de liberación, de expresión de sentimientos,²¹ para convertirse en un ceremonial silencioso y austero.

El siglo XIX y sus revoluciones científicas aumentaron la esperanza de vida para los individuos, y la medicina, la higiene y las instituciones de salud creadas llevaron a las sociedades del mundo occidentalmente civilizado a percibir la vida y la muerte de una manera distinta. El espacio privado de la casa se convirtió en el lugar familiar por excelencia. Los nacimientos y las muertes de los burgueses adinerados se celebraban en la intimidad del hogar. Ellos morían en su casa. El hospital era a sus ojos “un lugar horroroso” en el que

morían quienes no tenían dinero ni familia. Incluso, las clínicas reservadas para un público pudiente se consideraban lugares de destierro. En 1875 el abate Chaumont escribía que la alcoba conyugal era un “santuario” que un día acogería la agonía. Por eso debía colocarse una imagen de la muerte de san José, quien vivió entre Jesús y María, razón por la cual se le consideraba “Patrono de la buena muerte”. Todo hombre justo esperaba morir como él, sin pecado y en gracia de Dios. A san José se dedicaba la siguiente:

ORACIÓN PARA PEDIRLE UNA BUENA MUERTE

Poderoso patrón del linaje humano, amparo de pecadores, seguro refugio de las almas, eficaz auxilio de los afligidos, agradable consuelo de los desamparados, glorioso San José, el último instante de mi vida ha de llegar sin remedio; mi alma quizás agonizará terriblemente acongojada con la representación de mi mala vida y de mis muchas culpas; el paso a la eternidad será sumamente duro; el demonio, mi enemigo, intentará combatirme terriblemente con todo el poder del infierno, a fin de que pierda a Dios eternamente; mis fuerzas en lo natural han de ser nulas: yo no tendré en lo humano quien me ayude; desde ahora, para entonces, te invoco, padre mío; a tu patrocinio me acojo; asísteme en aquel trance para que no falte en la fe, la esperanza y en la caridad; cuando tú moriste, tu Hijo y mi Dios, tu esposa y mi Señora, ahuyentaron a los demonios para que no se atreviesen a combatir tu espíritu. Por estos favores y por los que en vida te hicieron, te pido ahuyentes a estos enemigos, para que yo acabe la vida en paz, amando a Jesús, a María y a ti, San José. Así sea. Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía. Jesús, José y María, asistidme en la última agonía. Jesús, José y María, recibid, cuando muera, *el alma mía*.

Los miembros de la familia se relevaban junto al lecho del moribundo de forma que, cuando llegaba el fin, se le cerraban los párpados, se extendían sus miembros y se recubría el cadáver con un lienzo blanco. El rostro, se dejaba descubierto y bien iluminado el rostro con el fin de que si apareciese un tenue signo de vida se advirtiera inmediatamente. Por la misma razón se velaba al difunto día y noche sin dejarle nunca solo. Finalmente, se hacían los trámites oficiales de rigor y se daba parte a las autoridades. En la casa del difunto, si se trataba de una familia rica, se erigía una capilla ardiente. En el salón se recibía a la gente que acudía a inclinarse ante el féretro y a arrojar sobre él unas gotas de agua bendita. Si la familia era humilde, se conformaba con depositar el ataúd en el portal acondicionado y enlutado en forma de capilla mortuoria. Mientras hubiera un difunto en la casa nadie se reuniría en torno a la mesa para las comidas, sino que cada uno debería hacerlo en su habitación.

La hora de llevarlo al cementerio llegaba y los hombres se dirigían a la iglesia, ya sea a pie y descubiertos o en vehículo. Los parientes más cercanos iban a la cabeza del cortejo. Después de la ceremonia religiosa sólo los parientes y amigos íntimos van en cortejo al cementerio. Una costumbre que fue desapareciendo a lo largo del siglo XIX era la de que las mujeres de la familia del fallecido no debían seguir la comitiva ni asistir al servicio fúnebre, pero, eso sí, debían guardar, sobre todo la viuda, un luto riguroso de un año y seis semanas. El viudo, por su parte, guardaría luto por seis meses.

¿Cómo sobreviven las plañideras?

El siglo XX trajo consigo el afianzamiento de una cultura burguesa que advierte en la muerte, y en concreto en el cuerpo muerto, los signos de la putrefacción, de la contaminación y el contagio. A partir de los años treinta y cuarenta, la muerte ya se recibe en el hospital, con la complicidad entre el moribundo y el personal que lo cuida. El comportamiento de todos niega, ante los familiares y en el marco del medio hospitalario, que el paciente está agonizando. Cuando el enfermo muere, es preparado en la cama del nosocomio en que permaneció hasta ese momento y luego trasladado a la agencia funeraria donde es velado por familiares y amigos cercanos. Aunque durante las primeras décadas del siglo sólo morían en los hospitales los indigentes, y los muertos de la gente bien se velaban en la sala de la casa, ya en México existía al menos la agencia funeraria Gayosso, la más prestigiada hasta nuestros días.

Al trasladar el ritual funerario a la intimidad de la vida privada, la sociedad burguesa genera también una serie de normas para conducir los comportamientos de los individuos durante los funerales. Para México y otros países de América Latina, los manuales de urbanidad como el de Manuel Carreño nos permiten conocer las regulaciones vigentes desde finales del siglo XIX para los comportamientos sociales frente a la muerte de los individuos. Así, podemos advertir en primer término el carácter privadísimo de esta celebración cuando en el manual mencionado se aconsejaba:

En los casos en que nuestros amigos o parientes pierdan una persona de su familia, seamos muy mirados y

circunspectos... pues nada hay más impropio ni más impertinente, que ir a situarnos en una casa en tales circunstancias, sin estar a ello real y evidentemente llamados por la intimidad de nuestras relaciones, y sin tener las certeza de necesitarse en ella nuestra presencia y nuestros servicios.²²

La connotación íntima del acontecimiento se acompañaba también de una actitud mesurada, silenciosa pues no debería convertirse en una “tertulia, un cuadro de dolor y de llanto”. Decían las buenas costumbres que siempre que acompañemos en tales casos a nuestros amigos y parientes se debe observar una conducta “enteramente propia de las circunstancias, manifestando en todos nuestros actos que respetamos su situación y tomamos parte en su sentimiento”. El papel de los allegados es el de ayudar a mitigar el dolor y no aumentarlo. Las personas que sufren la pérdida de un ser querido no deben ver, en los momentos más terribles de su dolor, una reunión numerosa y llena de indolencia que conversa, ríe y hace bulla. El recato en las expresiones y sobre todo el silencio son los toques de decencia que el duelo requiere. Al acompañar el féretro a la iglesia y luego al cementerio, se debe guardar silencio, sin conversar; conducirse con la “serenidad y circunspección” que exigen los actos públicos de esta naturaleza. Debe caminarse con paso lento, con aire de recogimiento mostrando que se participa del dolor.

El rito privado de los funerales a partir de las primeras décadas del siglo XX ha dejado de conmocionar a la comunidad y de trastocar la vida cotidiana de las grandes ciudades. Las lloronas por oficio han quedado reducidas a sociedades y grupos contemporáneos que

todavía son ajenos a la individualización y que permanecen ligados a sus ritos colectivos. Ya desde finales del siglo XVIII la sociedad occidental comenzó a ver con extrañeza la celebración de los ritos colectivos en los que los funerales eran, a sus ojos, fiestas más que duelos. Los coloridos trajes, las prácticas de libación, las abundantes comidas y por supuesto las expresiones de dolor encomendadas a las plañideras profesionales escandalizaban a las buenas conciencias de quienes hablaban de insinceridad e hipocresía en relación a las cambiantes actitudes de quienes lo mismo lloraban intensamente que reían a carcajadas en medio de un funeral.

Los viajeros y los misioneros, antes que los antropólogos, se percataron de la sobrevivencia de estas costumbres y las relataban con singular escepticismo. En 1789, Antoine Deme Pruneau descubrió la existencia de las plañideras entre los wolof, en lo que ahora es Senegal, y así las describía:

Se trata de mujeres contratadas, que en su mayoría no conocían al difunto, quienes, en el ejercicio de esta función, hacen el mayor despliegue de sollozos y lamentos y se colocan al frente de la procesión y de la familia. Luego de que se levanta en vilo el cuerpo del difunto y se coloca en tierra, una vez que ha concluido la ceremonia, estas mujeres se dirigen a llorar a la puerta de la choza en presencia de la mujer que recién acaba de perder a su marido. Interrumpen sus lágrimas y gritos sólo para elogiar al muerto y a su viuda, después de lo cual entran en la choza para recibir el reconocimiento de la familia y de los presentes, para quienes han desempeñado bien su papel, y beben todo el brandy que deseen.²³

La crítica iba dirigida a las expresiones desmedidas. Llorar mucho, aun cuando no fuera por una paga,

era una práctica exótica. Francis Lambretch, como producto de su estancia con los *ifugao* en la Filipinas, rindió un informe en *La Conferencia Antropológica Católica* en los años veinte y lo que cuestionó fue la “insinceridad” de las mujeres que se acercaban cada cinco minutos al cuerpo para llorar porque el afirmaba que “se sobreactuaban” gesticulando y llorando más que los demás, sin medida alguna trataban de mostrar su maestría en el lamento. Después, de forma abrupta, dejaban de llorar, conversaban, se acercaban a la mesa para comer y reían estrepitosamente.²⁴

Las modernas plañideras del siglo XX mexicano

No sé qué tienen las flores, llorona,
las flores del camposanto.
Que cuando las mueve el viento, llorona,
parece que están llorando.

(D.P)

Como ya se ha señalado, no existe mucha información acerca de las lloronas de los velorios. Más allá de los reproches de los etnógrafos y antropólogos, y de quienes les lanzan epítetos de prostitutas y fingidoras, a las plañideras se les niega toda importancia para la interpretación de las culturas. Se requiere de una búsqueda minuciosa y de un acercamiento desprejuiciado a las comunidades indígenas y mestizas de nuestro país para rescatar a estos oscuros personajes.

De entre las pocas noticias que tenemos, podemos señalar que en Oaxaca, sobre todo en la región del

Istmo de Tehuantepec, cuando alguien muere, doblan las campanas para invitar a toda la comunidad a participar en la preparación de la comida, en el velorio, en la misa de cuerpo presente y en la procesión que acompaña al difunto al cementerio. Las plañideras pueden ser alquiladas —el pago depende de las posibilidades económicas de la familia del difunto— o bien son voluntarias y su llanto es una aportación u ofrenda en especie. Su función es llorar, lastimosamente y fuerte, la muerte del difunto desde el velorio hasta el sepulcro. Posteriormente, estas mujeres son convocadas, una vez terminado el novenario, para conmemorar el aniversario de la muerte y los días de los Fieles Difuntos, 1 y 2 de noviembre. Las lloronas visten de lujo en esos días, se atavían con sus vestidos de fiesta utilizando el traje típico de la región, de color negro con flores de colores.²⁵

Además de este papel durante los velorios, las lloronas son las rezadoras y las encontramos ligadas a todos los eventos de la Iglesia: el rezo del rosario, la letanía, el canto a los santos, las misas y los versos para pedir o dar posadas navideñas. Dirigen a las cantoras, quienes son madres de familia, niñas o señoritas aficionadas. También saben rezar a los enfermos para devolverles la salud y en ocasiones prestan sus servicios aprendidos de los sacerdotes para ayudar a bien morir.²⁶

Ya desde las primeras décadas del siglo XX, y aun antes, existe una diferencia muy marcada entre las ceremonias funerarias del campo y las de la ciudad y, sobre todo, entre las etnias de nuestro país, pues los cultos están teñidos por el sincretismo no sólo entre las

sobrevivencias indígenas y las prácticas del catolicismo, sino entre las costumbres de los diferentes grupos.

En México, las plañideras como símbolo, como reminiscencia incrustada en el imaginario social, están siempre vivas y remiten a leyendas y mitos propios. La tradición de la Llorona tiene sus raíces en la mitología azteca. Bernardino de Sahagún hacía referencia a la diosa Cihuacóatl en los siguientes términos:

Decían que esta diosa daba cosas adversas como pobreza, abatimiento, trabajos; aparecía, muchas veces, según dicen, como una señora compuesta con unos atavíos, como se usan en el palacio. Decían que de noche voceaba y bramaba en el aire; [...] Los atavíos con que esta mujer aparecía eran blancos, y los cabellos los tocaba de manera que tenía como unos cornezuelos cruzados sobre la frente; dicen también que traía una cuna a cuestas, como quien trae a su hijo en ella, y poníase en el *tianquiz* entre las otras mujeres, y desapareciendo dejaba allí la cuna. [...] [en la cuna] hallaban un pedernal como hierro de lanzón, con que ellos mataban a los que sacrificaban [...] ²⁷

Sahagún también refiere, en el Libro XII, el sexto augurio, que los “antiguos mexicanos” conocieron diez años antes de la llegada de los españoles a estas tierras:

Muchas veces se oía: una mujer lloraba; iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos:

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré que no os acabéis de perder?²⁸

Esta historia prehispánica permaneció hasta la llegada de los conquistadores, y una vez tomada la ciudad azteca, después de la muerte de Doña Marina, decían que la Llorona que gritaba y gemía por las no-

ches era la Malinche, que venía del otro mundo, penando por haber traicionado a los indios de su raza.

La leyenda de la *Llorona*, como llegó a los años treinta y cuarenta del siglo XX, fue la que se recogió y reelaboró en el siglo XIX y que Luis González Obregón convirtió en la versión clásica:

La *Llorona* —D. José María Roa Bárcena—, era a veces una joven enamorada, que había muerto en vísperas de casarse y traía al novio la corona de rosas blancas que no llegó a ceñirse; era otras veces la viuda que venía a llorar a sus tiernos huérfanos; ya la esposa muerta en ausencia del marido que venía a traer el ósculo de despedida que no pudo darle en su agonía; ya la desgraciada mujer, vilmente asesinada por el celoso cónyuge que se aparecía para lamentar su fin desgraciado y protestar su inocencia.²⁹

Las plañideras modernas de las primeras décadas del siglo XX lloraban por sus propios crímenes, por matar a sus maridos o a sus hijos y en su arrepentimiento nunca dejarían de penar ni alcanzarían el descanso eterno. En los periódicos de la década fabulosa, como verdaderas novelas de folletín, aparecían las apasionantes historias de las famosas asesinas de los años veinte. Esas mujeres que, como verdaderas lloronas, se presentaban ante los jurados populares vestidas de riguroso luto gimiendo, gesticulando y sufriendo desmayos para demostrar cuánto habían sufrido después de muertos su cónyuges.

Entre las más populares estaba la rica heredera Alicia Olvera, quien asesinara a su esposo después de ser víctima de las golpizas que él le propinara, del despojo que le había hecho de sus bienes, y de enganarla con una amante. El día que se dictó su sentencia, tras brillantes piezas de oratoria de sus abogados,

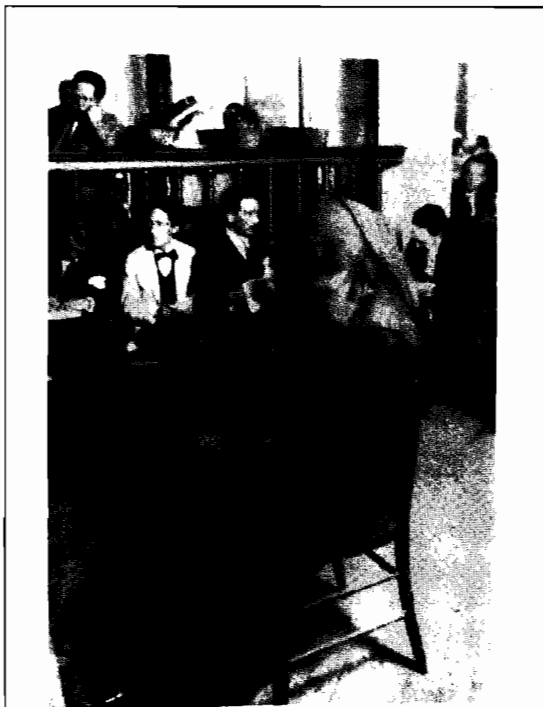
Alicia, en el banquillo, lloraba inconsolable, rodeada de su coro de mujeres llorosas. El jurado entró a deliberar. Alicia se desmayó. Hubo de buscar un médico porque no regresaba en sí. El jurado la absolvió. Fue llevada en peso, victoriosa, por sus hermanos.³⁰

Otra conocida mujer, Pilar Moreno, quien en venganza por el asesinato de su padre Jesús Z. Moreno, director de *El Heraldo de México*, mató de cuatro balazos a Francisco Tejeda Llorca, fue motivo de

llantos, aplausos, grito, paroxismo, histeria, ovación delirante de más de veinte minutos hasta que la multitud saca, una vez más, en hombros al orador y el jurado absuelve a Pilar Moreno.³¹

Luz González fue condenada a doce años de prisión, ocho menos que su cómplice, por el asesinato de Ignacio Oliver. El caso fue conocido como "El asesinato del Desierto de los Leones", y tan famoso, que la historia se convirtió en una película bajo el nombre de *Redención*. También se presentó ataviada de negro y en actitud desconsolada.

Finalmente, la más conocida y afamada asesina, Magdalena Jurado, quien fue acusada de matar a su amante, durante un juicio emotivo, pleno de acontecimientos, lloraba y se desgarraba por sus sufrimientos anteriores, por la muerte de su amado, por el tiempo transcurrido en la cárcel y finalmente por la hija engendrada en una de sus relaciones.³² La tensión de los interrogatorios la dejaba exhausta. Una vez, tuvo que ser inyectada para darle fuerzas a fin de terminar la sesión; en otra, pidió al juez suspender momentáneamente para recuperar las fuerzas.



La afamada asesina, Magdalena Jurado, acusada de matar a su amante.

Las mujeres que lloran por todo son como plañideras. En los cuarenta, ellas aparecen en las películas mexicanas de la época de oro, enfundadas en su negro atuendo, llorando porque son las “abandonadas” del gran Pedro Infante. También la literatura ha recogido estas imágenes llorosas y las ha encarnado, por ejem-

plo, en las beatas que visitan a Lucas Lucatero, y que Juan Rulfo retrata como:

¡Viejas hijas del demonio! Las vi venir a todas juntas, en procesión. Vestidas de negro, sudando como mulas bajo el rayo del sol. Las vi desde lejos como si fuera una recua levantando polvo. Su cara ya ceniza de polvo. Negras todas ellas. Venían por el camino de Amula, cantando entre rezos, entre calor, con sus negros escapularios grandotes y renegridos sobre los que caía en goterones el sudor de su cara.³³

Colofón

De manera muy breve y rápida, hemos recorrido el camino de las lágrimas de esas mujeres que se conocen como plañideras. Como ya se mencionó, son personajes oscuros, pero no porque vistan de negro, sino porque muestran tal opacidad en las fuentes y en los relatos, que nos remiten a la reflexión de algunos aspectos que tal vez muchos consideran superados. La historia tradicional no las contempla, sólo se hacen referencias tangenciales a su existencia, pero en realidad nadie las ha estudiado. Las plañideras son el *summum* de la identidad femenina de Occidente, el destilado de diversos discursos que nos permiten conocer cuál fue y sigue siendo la concepción que se tiene de las mujeres y del papel que cumplen. Por otro lado, esa aparición tras las bambalinas de la historia también ha producido un efecto de ahistoricidad de dichos personajes, pues aunque ya es difícil encontrarlas en los funerales de las grandes ciudades, todavía existen en algunas comunidades; pero fundamentalmente existen en la

imaginería popular, en este trabajo se intentó la recuperación de las imágenes que la constituyen.

A los ojos de los estudiosos de las culturas, así como a la luz del sentido común, las lágrimas de las plañideras no son sinceras, no expresan un dolor verdadero, son producto de una transacción comercial. La discusión está abierta, la historia no es clara, falta investigación. Sin embargo, podemos aventurar la propuesta de considerar a las plañideras como un fenómeno histórico y cultural de alto contenido simbólico, cuya función de mediación entre los vivos y el más allá todavía está por conocerse.

Notas

¹ Para mayores precisiones sobre este aspecto de la discusión que no es materia del presente ensayo, véase, Louis-Vincent Thomas, *Antropología de la muerte*, FCE, México, 1983, pp. 19-51, cap. I.

² *Ibid.*, p. 52.

³ Véase María Moliner, *Diccionario de uso del Español*, 2ª edic., Gredos, Madrid, 1998, p. 706, t. I-Z.

⁴ De autor anónimo, el *Poema de Gilgamesh* constituye, tanto por su cronología como por su contenido argumental y fuerza poética, la primera de las grandes epopeyas literarias de la humanidad. En torno al sumerio Gilgamesh, rey de Uruk hacia 2750 a.C., se desarrolló una serie de poemas que fueron escritos en tablillas de barro y permanecieron ocultos por el polvo de los siglos hasta que en 1872 George Smith logró descifrarlos y rescatar una obra maestra de la literatura universal. Cf. Anónimo, *Poema de Gilgamesh*, Ramón Llaca y Cía., México, 1996.

⁵ *Ibid.*, pp. 197-198.

⁶ *Ibid.*

⁷ Françoise Lissarrague, "Una mirada ateniense", en *La historia de las mujeres*, Georges Duby y Michele Perrot, Taurus, Madrid, 1993, t. 1, pp. 201-202.

⁸ Héctor de Priámida, el de tremolante casco, jefe de los troyanos. Con él se armaban las tropas más copiosas y valientes que ardían en deseos de blandir las lanzas. (Homero, *Iliada*, Losada, México, 1999.)

⁹ *Ibid.*, pp. 366-367.

¹⁰ Henri-Charles Puech, *Historia de las religiones*, 5ª edic., trad. José Luis Balbé y Alberto Cardin Garay, Siglo XXI, Madrid, 1994, pp. 277-278, vol. II, *Las antiguas religiones*.

¹¹ Tom Lutz, *La historia del llanto*, Taurus, México, 2002, p. 250.

¹² *Historia bíblica*; publicada por los hermanos Bezinger en Einsiedeln, fue dado a la luz primeramente en alemán y después en otras seis lenguas, aprobado desde 1881 en Madrid, la versión consultada data de 1883 y fue editada en Guadalajara, México, pp. 179-180.

¹³ *Ibid.*, p. 181.

¹⁴ *Lucas* 26: 27-28.

¹⁵ E. H. Gombrich, *Historia del arte*, Madrid, 1997, p. 195.

¹⁶ *Ibid.*, p. 203.

¹⁷ Georges Duby, *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*, trad. Oscar Luis Molina, Andres Bello, Santiago de Chile, 1995, p. 124.

¹⁸ Michel Rouche, "Alta Edad Media Occidental", en Philippe Ariès y Georges Duby, *La Historia de la vida privada*, trad. Francisco Pérez Gutiérrez, Taurus, Madrid, 1999, t. 1. *Del imperio romano al año mil*, p. 501.

¹⁹ Tom Lutz, *loc. cit.*

²⁰ Françoise Lebrun, "Las reformas: devociones comunitarias y piedad personal", en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, t. 2. *Del Renacimiento a la Ilustración*, trad. Ma. Concepción Martín Moreno, Taurus, Madrid, 1999, p. 94.

²¹ Philippe Ariès, *The Hour of Our Death*, Vintage, Nueva York, Vintage, 1982, p. 75.

²² Manuel Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, 47ª edic., Patria, México, 1992, p. 330.

²³ Antoine Pruneau de Pommegorge, *Description de la Negritie*, citado en Tom Lutz, *op. cit.*, p. 248.

²⁴ Francis Lambrecht, "The Mayawyaw Ritual", citado en Tom Lutz, *op. cit.*, p. 254.

²⁵ Cf. Rosa María Velásquez, Julio de 2002, Museo Nacional de Antropología e Historia, comunicación personal.

²⁶ Guido Munich Galindo, *La organización ceremonial de Tehuantepec y Juchitán*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1978, pp. 130-131.

²⁷ Bernardino de Sahún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 7ª edic., Porrúa, Col. Sepancuantos, Núm. 300, México, 1989, p. 33.

²⁸ *Ibid.*, pp. 759-760.

²⁹ Luis González Obregón, *Las calles de México*, Porrúa, Col. Sepancuantos, núm. 568, México, 1996, pp. 9-10.

³⁰ Véase, *El Universal*, abril de 1923.

³¹ Véase, *El Universal*, mayo de 1924.

³² Véase, *El Excelsior*, *El Universal*, *El Heraldo de México*, 4 a 10 de abril de 1922.

³³ Juan Rulfo, "Anacleto Morones", en *El llano en llamas*, 2ª edic., FCE, México, 1980, p. 171.

Bibliografía

- Ariès, Phillipe, *The Hour of Our Death*, Vintage, Nueva York, 1982.
- Autor anónimo, *Poema de Gilgamesh*, Ramón Llaca y Cía., México, 1996.
- Bezinger en Einsiedeln, *Historia Bíblica*, Guadalajara, México, 1883.
- Carreño, Manuel, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, 47, edic., Patria, México, 1992.
- Duby, Georges, *Año 1000, año 2002. La huella de nuestros miedos*, trad. de Oscar Luis Molina, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.
- Gombrich, E. H., *Historia del arte*, trad. de Rafael Santos Torroella, Madrid, 1997.
- González Obregón, *Las calles de México*, Porrúa, col. Sepancuantos, núm. 568, México, 1996.
- Homero, *La Ilíada*, Losada, México, 1999.
- Lebrun, Françoise, “Las reformas: devociones comunitarias y piedad personal”, en Phillipe Arès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, trad. de Ma. Concepción Martín Moreno, tomo 2, Del Renacimiento a la Ilustración, Taurus, Madrid, 1999.
- Lissarrague, Françoise, “Una mirada ateniense”, en Georges Duby y Mivhele Perrot, *La historia de las mujeres*, tomo 1, taurus, Madrid, 1993.
- Lutz, Tom, *La historia del llanto*, trad. de Eunice Cortés, Taurus, México, 2002.
- Moliner, María, *Diccionario de uso del Español*, 2ª edic., Gredos, Madrid, 1998.

- Munich, Galindo, Guido, *La organización ceremonial de Tehuantepec y Juchitán*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1978.
- Puech, Henri-Charles, *Historia de las religiones*, 5ª edic., trad. de Jesé Luis Balbé y Alberto Cardin Garray, vol. II: Las antiguas religiones, Siglo XXI, Madrid, 1994.
- Rulfo, Juan, "Anacleto Morones", en *El llano en llamas*, 2ª edic., FCE, México, 1980.
- Sahagún, Bernardino, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 7ª edic., Porrúa, col. Sepanquantos, núm. 300, México, 1989.
- Thomas, Louis-Vincent, *Antropología de la muerte*, Trad. Marcos Lara, 2 tomos, FCE, México, 1983.
- Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras*, Watchtower Bible and Tract Society of New York, Inc., Nueva York, 1987.

LA VISITA OBLIGADA A LAS NECRÓPOLIS EN LA FIESTA DEL 2 DE NOVIEMBRE EN MÉXICO

Edelmira Ramírez Leyva

En todos los panteones había el bullicio tradicional de todos los años para conmemorar a lo difuntos, y ejercitar lo que en términos populares, se llamaba el deber de “llorar el hueso.”

Del periódico *Excélsior*, 1924

El Día de los Difuntos en el México de las primeras décadas del siglo XX era una fecha que unificaba a la población en un mismo sentir, en un mismo ritual, en un mismo recuerdo, y quien osaba faltar a estos “actos religiosos o paganos, y se [sustraía] a las costumbres populares, [cargaba] con el pecado de no haber rememorado dignamente a los deudos y deudores desaparecidos.”¹

La costumbre de celebrar el Día de Muertos activaba a toda la sociedad, que se veía comprometida a revivir los cíclicos rituales en los que recordaba sus muertos. Ese día, la sociedad y la economía se activaban, se trataba de una fecha especial en la que desde la mañana los vivos se imponían “la obligación piadosa

de visitar panteones” y reverdecían la añosa costumbre de desayunar con “muertitos” azucarados, comprar calaveritas de dulce y entretener sus ocios con los “entierritos” de curas y monacos con cabeza de garbanzo.”² Y desde luego “acto de penitencia en este día era poner la legendaria ‘ofrenda’ y asistir a las representaciones del ‘Tenorio’.”³

Entre las costumbres más importantes de la conmemoración de los muertos estaba la ineludible visita a los cementerios. Si no se realizaba el peregrinaje a las necrópolis las conciencias sentían el peso del recordimiento y la sociedad ejercía una sutil pero penetrante censura.



La sociedad mexicana, sin distinción de clases, consagraba este día al recuerdo de sus deudos.

El 2 de noviembre se celebraba con toda la severa y grandiosa liturgia que disponía la Iglesia. La sociedad mexicana, sin distinción de clases, consagraba este día al recuerdo religioso y sentimental de sus deudos. To-

dos los años, los cementerios de la metrópoli, desde los más suntuosos hasta los más humildes, se veían visitados por un interminable desfile de dolientes que iban a dejar en las tumbas de sus muertos queridos

la ofrenda de flores y de lágrimas, y por unas cuantas horas la ciudad de los muertos [presentaba] un aspecto de inusitado movimiento, que [contrastaba] con el severo silencio y el recogimiento melancólico que allí [reinaba] habitualmente.⁴

Así, todas las tumbas,

desde aquellas que se [levantaban] en la suntuosidad de sus mármoles y bronces, hasta la humilde fosa sólo cubierta de tierra apisonada que [ostentaba] el santo emblema de la cruz, todas [recibían] la piadosa ofrenda floral y las lágrimas del recuerdo que se [mantenía] vivo en los corazones.⁵

Sin embargo, esta costumbre era analizada por los periodistas de la época con mirada crítica, pues veían que muchas personas que asistían a los cementerios en realidad trastocaban el profundo sentido de la celebración con acciones banales que convertían “los sepulcros de sus deudos en objetos de feria, para exhibir sus riquezas, en una ostentación de mal gusto y [para] atraer los comentarios lisonjeros de los visitantes de ocasión.”⁶

En aquella época el espectáculo en los panteones era siempre el mismo: un eterno desfilar de visitantes que acudían a

turbar el eterno reposo de los desaparecidos, más que nada por atender a las exigencias sociales, [...] por el afán un tanto infantil de prolongar la vanidad hasta más allá de la muerte, haciendo ostentación ante las tumbas de

un amor que quizá no supieron o no quisieron exhibir durante la vida de aquellos a quienes ahora reverenciaban y ofrendaban.⁷

En la multitud que hacía presencia en los cementerios, los periodistas de la época distinguían con claridad dos aspectos. Uno era el que presentaban las viudas, los hijos, los padres, etcétera, que asistían a las tumbas de sus familiares desaparecidos y expresaban gran pena con lágrimas y oraciones. Por otra parte estaban

los curiosos, que hacían del día de los desaparecidos verdaderas verbenas, peregrinaciones, romerías a los panteones, donde pasaban sus horas de ocio bajo los cipreses de los cementerios y se paseaban por las veredas, admirando y comentando las esculturas de mármol, y las elegantes capillas que se podían encontrar en todos los recintos de los muertos,⁸

es decir, acudían a los cementerios “por un malsano anhelo de curiosidad [y] por un tonto servilismo a la tradición”⁹

De tal manera que se podían distinguir los visitantes que iban

empujados por la odiosa rutina; la holganza de una mañana que les arrancaba del sillón burócrata o del banco de la fábrica, y como siempre, al sentir el tobillo sin el grillete, se encaminaban a la mansión de la muerte, ávidos de llevar su cretinismo y su vulgaridad hasta la comarca donde se estrellaban, como sobre una roca solitaria, las olas de la vanidad.¹⁰

Había también una diferenciación del comportamiento de las clases sociales en la conmemoración de los muertos. Mientras las clases altas mostraban sus

riquezas, “las clases populares degeneran hasta lo grotesco por sus excesos gastronómicos y báquicos.”¹¹ Un periodista afirmaba que “se trataba de la contribución obligada a la costumbre y demostraba que la humanidad era retardataria en materia sentimental y se aferraba al pasado cuando se trataba de venerar lo ya extinto.”¹²

La perversión de la tradición se ve reflejada en una pregunta que se formulaba un reportero de la época al inicio de su artículo: “¿Podríamos decir que la nota tétrica del día ha sido la celebridad de los fieles difuntos? Parecería inexacto. Digamos mejor, que nuestro pueblo rinde en esos días un tributo a la tradición de una solemnidad fastidiosa.”¹³

Los tipos sociales en el día de muertos

La celebración de los muertos en la primera y segunda décadas del siglo XX era una oportunidad para pasar revista a los tipos sociales que existían en la sociedad mexicana. Así, se podía ver al

joven de aspecto decente, que levantaba constantemente los pies, empeñado en que todos miraran sus zapatos color de caoba, modernistas y flamantes; a la anciana que llevaba en el rostro la huella amarga de la pesadumbre, pero junto a ella se podía admirar a una jovencita,¹⁴

acaso su hija, que sonreía “indiferente bajo un haz de flores que [había] colgado en un gancho saliente del carro; tenía ojos de fuego, que deslumbraban con su luz en su cara de terciopelo, un tanto arrebolado en las mejillas”¹⁵ o la pareja en la que el marido exhibía a su

esposa como a una muñeca costosa, ya que era una mujer

hermosa sobre toda ponderación. El era un tipo sin relieve, que se abstraía intencionalmente en la lectura, como aparentando que está habituado a la belleza de su esposa, y que ya le cansa, como cansa por su monotonía la esplendidez de un cielo siempre azul.¹⁶

En los tranvías repletos de gente que dedicaba el día a sus muertos se encontraba “la noble dama, de porte sereno, ornados de blanco sus cabellos, en su mirada aún viva se descubren ilusiones y desengaños. Tal vez, asiste al cementerio a rendir culto al recuerdo de antiguos amores.”¹⁷ En contraste, se veía al “viejo rencoroso”, que añoraba las formas del pasado, con las que recriminaba a

un montón de caras anónimas, sin nada más que las distinga, que una expresión de regocijo propio de feria; que van al cementerio, como pudieran irse a un baile. [...] Y luego, cuando el tranvía se detiene y aquel oleaje humano desciende y se desliza por las sombreadas avenidas de la ciudad callada de Dolores, una marea humana de bullicio, de animación y hasta de alegría, quiere forzosamente imponer el prestigio de la vida que triunfa, sobre el silencio que flota habitualmente en aquel sitio.¹⁸

Desde luego no podía faltar la turba plebeya, descreída y escéptica, que con piropos inconvenientes asediaba a las mujeres que pasaban y que con chirias, chistes y vocerío animaba el espacio.¹⁹

Al parecer el número de mujeres que visitaban los panteones era mayor que el de los hombres, las enlutadas causaban inquietud a los corazones de los hombres, pues llenaban “los cementerios envueltas en sus

tocas luctuosas, aprisionados los cuerpos venustos, en galas funerales a la última moda que agravan la blancura mate de su piel e intensifican el matiz de sus ojos.”²⁰



La celebración de los muertos era una oportunidad para pasar revista a los tipos sociales que existían en la sociedad mexicana.

Los cementerios y su rango social

En aquellas décadas existían, según el Departamento de Estadística Nacional, 5 711 panteones nacionales. El primer lugar lo ocupaba

Oaxaca, con 824 panteones; el segundo, Puebla con 731; el tercero, México con 710; el cuarto, Hidalgo con 380, y el quinto Guerrero con 346. Los lugares que menos cementerios tenían eran Aguascalientes con 16, Colima 11, Baja California 4 y Quintana Roo.²¹

De estas cifras se puede desprender la gran actividad que había en todos los estados de la República el Día de los Muertos, cuando la gente realizaba su “peregrinación doliente y devota” a “llorar al hueso”.

Pero no hay que creer que estos espacios mortuorios eran tan tétricos como su nombre pudiera sugerir. Las descripciones de la época nos ofrecen imágenes contrastantes. Núñez y Domínguez, por ejemplo, advertía:

hay panteones tan hermosos que cuando peregrina uno por sus callecillas sombreadas por árboles floridos y entre sus setos cuajados de rosas, siente que sube a sus labios el admirable verso del poeta francés: “es esto tan bello que dan deseos de morir aquí.”²²

Los sepulcros se hallaban escondidos

entre umbráculos donde, en primavera, había cordones policromos de mariposas; en verano, exhibiciones lujuriosas de frutos y de corolas; en otoño, todas las gamas de oro en ramajes y hojas, y en invierno, una pompa caduca de desvaídos tonos elegantes.²³

Como se ve, la belleza de algunos sepulcros desvanecía la visión fúnebre de la muerte.

En la obligada visita a los panteones no podían dejar de evidenciarse los contrastes de clase y de rango social tanto entre los visitantes como entre los panteones. Éstos se dividían en dos grandes grupos, a saber: por un lado, estaban los panteones aristocráticos, como el Francés, el Americano, el del Tepeyac, el Alemán y el Inglés, y, por otro lado, los populares como el de Dolores o el Municipal, además de uno especial que se podría denominar histórico o patriótico, que era el de

San Fernando, en donde se encontraba la Rotonda de los Hombres Ilustres.



La belleza de algunos sepulcros desvanecía la visión fúnebre de la muerte.

Los sonidos de la muerte

El día de los difuntos, “tranvías, camiones y demás vehículos se veían repletos de personas y los cementerios animadísimos”.²⁴

Las calzadas que conducían a los cementerios se veían pletóricas de vehículos y de caravanas de peatones. Desde luego no podían faltar los vendedores ambulantes de viandas, frutas, dulces, nieve, enchiladas. Carros

cargados con barriles de pulque subían la cuesta con dificultad, y pobres mujeres cargaban a su hijo en la espalda para ir a llorarle sinceramente al hombre muerto en una riña callejera o en un mitin político.²⁵

Desde muy temprano fluía

de todos los rumbos de la ciudad, lo mismo que de las poblaciones del distrito, una verdadera peregrinación de familias que, a bordo de camiones unas, de tranvías y en automóviles particulares, otras, llegaban hasta la puerta de los cementerios, llevando sus flores y aun sus alimentos, ya que muchas personas, especialmente las que [concurrían] al panteón de Dolores, permanecían al lado de las tumbas todo el día, e iban por eso bien preparados para el almuerzo.²⁶

En la multitud dominaba el elemento femenino:

coquetamente tocado de negro, invadía los tranvías, formaba grupos en las esquinas a los lados de la vía eléctrica animando el conjunto con los ramos de su belleza, su perfume y sus risas argentinas, prestando al ambiente de la mañana, notas coloristas de animación y un mucho de bullicio.²⁷

En el interior de los panteones, el día de los desaparecidos era acompañado por sonidos peculiares de esa fecha, que llegaban a formar parte del ambiente y contribuían a crear la atmósfera idónea. Así, en los periódicos de la época se podía leer: “El lúgubre y melancólico sonido de las campanas con su monótono clamor, nos trae a la memoria un recuerdo bien amargo; la religión ha señalado este día (el 2 de noviembre) para rogar por los que se fueron.”²⁸

El bullicio y el lloro de los vivos invadían las “maniones de los muertos”, la ciudad se despoblaba “para

ir a los cementerios a turbar la paz de los sepulcros, a cubrirlos de flores y a encender los cirios a sus deudos". En todos los "panteones [volvía] a haber el bulli- cío tradicional de todos los años para conmemorar a los difuntos y ejercitar, lo que, en términos populares, se llamaba el deber de 'llorar el hueso.'"²⁹

Pero el silencio era también el no-sonido más adecuado al tiempo de los muertos que contrastaba grandemente con el bullicio de los vivos. Acorde desde luego con su tiempo de vida, ahí, en el silencio de las tumbas, prorrumpían los sollozos de quienes visitaban a sus seres queridos o las trifulcas provocadas por el pulque que acompañaba la estancia en los cementerios.

El Panteón de Dolores

No obstante que en la mayoría de las necrópolis podían observarse las mismas actividades, costumbres y rituales, de cada uno se podía obtener una impresión particular.

En el panteón de Dolores, [por ejemplo,] se sentía el alma del pueblo. Se podía decir que era la ciudad de los pobres, la que, sobre el lomerío de Tacubaya, se vislumbraba desde el rincón más lejano del valle. Su amplio espacio, un millón de metros cuadrados, brindaba un ambiente propicio para que los menesterosos manifestaran su dolor y su júbilo, pues, como en todos los panteones, se podía observar el extremo contraste entre el interior de la necrópolis, en donde se daban diversas manifestaciones de dolor, y el exterior, donde no faltaba una pulquería acondicionada a la mitad de la carretera, para tan importante conmemoración.³⁰

El panteón de Dolores era considerado el más importante de la época, para algunos, era, incluso, “la ciudad más grande de la República”, aunque desde luego una ciudad de muertos, pero que en aquel tiempo más densamente poblada que la misma Ciudad de México, pues se decía que estaban enterrados allí no menos de dos millones de cadáveres.³¹

En todas las puertas de acceso al panteón se habían establecido guardias de gendarmes cuya función era detener a todo doliente en quien notaran la intención de pasar entre las tumbas un día de jolgorio, interceptar a todo aquel que llevase sus canastas de viandas y sus damajuanas llenas de pulque, causa de escenas de llorosos extremos pero también de peleas de muy diverso tono. De ahí la medida impuesta por las autoridades con la intención de evitar la profanación de los recintos sagrados.³²

En el panteón de Dolores había una clasificación de las secciones en donde se enterraba a los muertos que al parecer tenía que ver con las posibilidades económicas de los dolientes; la quinta clase y la sexta correspondían a las masas populares más humildes, que según algunos periodistas eran las que recordaban con sinceridad a sus muertos. Entre esas tumbas había unas muy precarias. En la sexta clase se encontraba “la terrorífica Fosa Común, a la que iban a parar los cadáveres anónimos, buen contingente de delegaciones policíacas y hospitales de menesterosos”.³³ Por otro lado estaban las criptas aristocráticas, los monumentos y mausoleos de distinción y en general las tumbas de gente de acomodo, engalanadas con flores hechas coronas o cruces y “los cirios encendidos en chisporrotear no interrumpido, así como los negros festones y

toda clase de ornamentos que inspiraba el fúnebre día de la recordación general”,³⁴ como sucedía en las criptas de “las familias Iturbide, Méndez, Matías Romero, Fernando Vega, Gabino Barreda y muchas más.”

Por doquier se podía ver a la gente

arreglando los sepulcros de sus muertos, pintándolos, regándolos, por lo menos, para después encenderles ceras, ponerles flores y rezar devotamente sobre sus toscas y humildes lápidas o frente a las simbólicas cruces de madera pintada de blanco, de negro o de azul.³⁵

Los periodistas de la época describen circunstancias diversas, como la escena de

una sepultura humilde, sobre la cual yacían deshojadas humildes florecillas amarillentas [y se dejaba sentir] el inmenso pesar de los dolientes que, arrodillados o lánguidamente extendidos sobre los mármoles de algún túmulo, se daban a rezar con toda devoción, y a llorar larga, íntima, desconsoladamente.³⁶

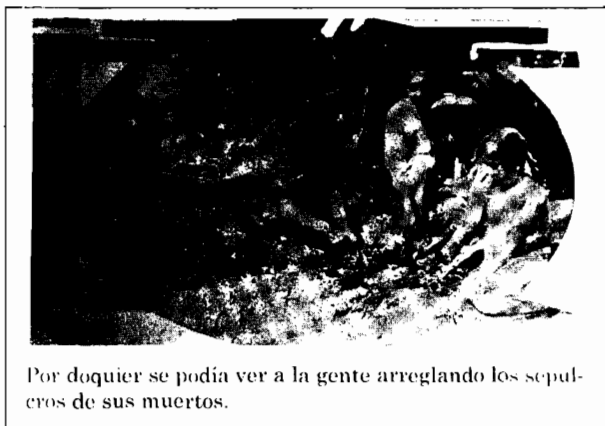
O aquella en donde

un grupo de mujeres [se extasiaba] frente a una pequeña vela de sebo, y frente a una cruz mal hecha y maltrecha, en tanto que las manos escogían las mejores frutas de la canasta, y a las bocas iba, de vez en cuando, el recipiente del líquido blanco.

(Miseria del pueblo que no prescinde del pulque el día 2 de noviembre).³⁷

Había acciones paralelas que también impresionaban a los periodistas, como aquella en que un joven hacía trabajo de jardinería sobre una sepultura cubierta de flores, mientras en otro lugar, no muy distante, un caballero ya entrado en años, todo vestido de

negro, con los ojos humedecidos por el llanto, retiraba los pabilos de los grandes cirios.³⁸



Por doquier se podía ver a la gente arreglando los sepulcros de sus muertos.

En cada uno de los panteones había tumbas de algunos hombres ilustres, que la población asistía con alguna ofrenda. En Dolores, por ejemplo, estaba el “hermoso túmulo del poeta Amado Nervo que año con año era uno de los más frecuentados, sobre todo por damas.”³⁹ Pero muchos mausoleos de estos hombres célebres solían permanecer vacíos, sin siquiera una flor, una cera, o alguien que les llorara, a diferencia de otras muy visitadas no solamente por sus descendientes, sino por personas que rendían un verdadero culto a la memoria del difunto. Tal era el caso de las tumbas de aviadores famosos: la de Emilio Carranza, Pablo Sidar y Carlos Roviroso.⁴⁰

La afluencia de visitantes a los panteones no declinaba sino hasta el atardecer, entonces cerraban sus puertas y los empleados y vigilantes se dedicaban a

exhortar a los que estaban dentro para que salieran antes de que anoheciera.⁴¹

Ya en las afueras del cementerio, el ambiente cambiaba por completo, el trajín era enorme y fatigoso. La vendimia era abundante y desde luego había puestos de pulque en todas partes, y a quienes habían llorado adentro, se les veía reír jubilosamente, reconfortados por el calor del líquido fermentado.⁴²

El Panteón del Tepeyac

Igual que en los cementerios anteriores, una multitud abigarrada llegaba al cementerio del Tepeyac durante toda la mañana y parte de la tarde. Este panteón estaba edificado en una pequeña colina que se podía mirar desde que se llegaba a la ciudad.⁴³

“Los trenes, los camiones y los autos particulares se estacionaban cerca de la Basílica y todos los que llegaban se apresuraban a ascender de prisa o lentamente la pequeña cuesta que conducía hacia el cementerio”,⁴⁴ pero muchas personas, antes de ir al panteón, se dirigían a la Basílica. Allí, bajo sus naves, solía colocarse un inmenso túmulo como homenaje a todos los muertos donde los visitantes oraban. “La gente llegaba con ramos de flores, coronas, vasos de cristal, floreros, coronas de porcelana y otras mil ofrendas florales.”⁴⁵

Varios periodistas de la época reportan una atmósfera triste, melancólica en este cementerio, a lo que ayudaban

las campanas del templo, [que] sin interrupción, tocaban con un sonido triste y monótono, que es el que se hace re-

percutir en estos días de tributo a los muertos, y esto venía a poner en el ambiente una más intensa melancolía.⁴⁶

Muchos ancianos y ancianas se encaminaban, emocionados y luciendo sus ropas negras, hacia las tumbas, muchas de las cuales ostentaban una suntuosidad y una belleza arquitectónica que en nada desmerecía frente a los otros cementerios.⁴⁷

En el interior se percibía también una gran tristeza. Las minúsculas calles del panteón, rodeadas de artísticos mausoleos, estaban atestadas de gente por la fiesta de los difuntos. “Allí, entre las ofrendas florales, los cirios llorosos y las oraciones musitadas en voz baja, depositaban los deudos [su] pensamiento y su añoranza a los que formarían parte de su familia”. En las criptas ardían cirios o lámparas votivas, la gente se instalaba en pequeñas sillas, delante de las tumbas,

y los jardineros iban y venían, con todo afán y presteza, a lavar las piedras de mármol bajo las cuales están los muertos cuyas sombras venían a recoger en sus oraciones y en sus evocaciones todos los que allí estaban y que tres horas después, calladamente, desfilaban bajo las arboledas de las avenidas que conducen a la puerta de entrada del panteón.⁴⁸

Socialmente era tan importante la visita a los muertos que los periodistas debían mencionar los nombres de las familias distinguidas que visitaban las necrópolis. En el Panteón del Tepeyac solían figurar, entre otros, nombres de familias célebres como la del doctor Luis Coyula, expresidente municipal de México, o las de Dondé, Larrainzar y Barillas, expresidentes de Guatemala, y Vivanco, familia del actual presidente municipal de la Villa.⁴⁹

Entre las tumbas de personajes ilustres estaban la del “Arzobispo don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, la del matemático Contreras, la del general Bernardo Reyes y la del historiador don Genaro García.”⁵⁰

En el Tepeyac se encontraba la tumba de don Antonio López de Santa Anna, “triste y descuidada, como fue el alma de aquel incansable político”.⁵¹

El Panteón de San Fernando

Tal vez el panteón más desierto durante el Día de Muertos era éste que albergaba a los hombres ilustres de la nación. Aunque se abriera a temprana hora e incluso las oficinas públicas dieran el día de asueto, este panteón permanecía vacío.⁵²

Entre las personalidades que albergaba la Rotonda de los Hombres Ilustres se contaban los siguientes: el Benemérito de las Américas, don Benito Juárez; don Venustiano Carranza, ex presidente de México; el ilustre vencedor de la batalla del 5 de mayo, general don Ignacio Zaragoza; el héroe insurgente, general don Vicente Guerrero; el general don Ignacio Comonfort, que fuera presidente de México, al igual que a don Guadalupe Victoria, primer presidente de la República Mexicana; don Sebastián Lerdo de Tejada; el general Manuel González; el licenciado Ignacio L. Vallarta; Eligio Ancona; los generales de División Mariano Arista y Donato Guerra; Andrés Quintana Roo y Leona Vicario; Mariano Escobedo; Guillermo Prieto; los generales Jesús González Ortega; M. Carrera y Terreros, Justo Álvarez, Pedro Ogazón y Rubio, Carlos Pacheco, y otros personajes históricos y artistas como Angela Peralta.

Pero, por muy ilustres que hubieran sido los muertos que habitan el panteón de San Fernando, estaban solos porque muy pocas personas se acordaban de visitarlos y el gobierno hacía muy poco por atender a sus héroes, como se puede constatar por lo que Doña Luz, biznieta de don Guadalupe Victoria, le comentó a un reportero:

Vea usted el abandono en que se tiene a mi padre. Desde Santa Anna a la fecha todo han sido promesas vanas del elemento oficial para perpetuar en estas manifestaciones terrenas la memoria del que fuera primer Presidente de la República, mi bisabuelo, Don Guadalupe Victoria.⁵³

Doña Luz refirió que los restos de su bisabuelo fueron desenterrados en Perote y se trasladaron a la Rotonda de los Hombres Ilustres,

dizque para significarlos con un monumento digno del que fuera ilustre gobernante. ¡Y ya ve usted! Ojalá y el Gobierno, ya que nada ha hecho para que erija sobre la tumba de mi padre un modesto monumento que perpetúe su memoria, permitiera, es decir, me permitiera a mí que apelara al Gobierno de Durango, nuestro Estado, para que aquella entidad costeara este monumento; y c sé bien que están dispuestos en Durango a realizar hoy la obra que jamás ha realizado por cualquiera razón ningún Gobierno.⁵⁴

El Panteón Francés, o de la calzada de la Piedad

A diferencia del panteón de Dolores, el panteón Francés se caracterizaba por su sobriedad, elegancia, quietud y solemnidad. Era el más aristocrático de la época.

Estaba situado en la Calzada de la Piedad, de ahí que también se le conociese por ese nombre. El Día de Muertos solía atraer a multitud de personas; unas porque iban a visitar las tumbas de sus deudos y a llevarles una ofrenda de flores, y otras por simple curiosidad.⁵⁵

Desde temprana hora abría sus puertas el panteón de la colonia francesa y comenzaba entonces una interminable peregrinación de familias de todas las clases sociales que se dirigían por las calzadas y por los andadores para visitar las tumbas de sus muertos queridos. Se improvisaban verdaderas romerías tanto en las afueras del cementerio como en el interior, lo que siempre presentaba un aspecto agradable por el excelente cuidado de los monumentos, los arbolitos y las flores que adornan los pasadizos y del panteón. Esto dejaba una buena impresión a los visitantes.⁵⁶

A pesar de tratarse de un cementerio aristocrático, con el tiempo fue aumentando el número de dolientes de la clase humilde que lo visitaban. En especial una parte construida hacia el fondo "se veía más concurrida y daba a todo el conjunto un risueño aspecto como de verdadero jardín; tal era la cantidad de flores que encubrían materialmente las tumbas y mausoleos."⁵⁷

Aunque a primera vista daba la impresión de un vergel propicio al contento y a la disipación, al acercarse a las tumbas se podían ver tristes escenas: "viudas con sus pequeños que lloraban arrodilladas al lado de la tumba de sus esposos, o bien un anciano que oraba por la amada compañera que dormía ya el sueño eterno bajo unas flores."⁵⁸ Había también curiosos que recorrían los elegantes mausoleos, criptas, capillas y glorietas sólo por el deseo de admirar su belleza, ya

que en este panteón había grandes obras de granito o mármol esculpidos y tallados con verdadero arte y de diversos estilos. En su interior, las capillas estaban adornadas con flores y coronas y tenían encendidos grandes cirios.⁵⁹

Entre los mausoleos y criptas que solían ser visitadas estaban la de don Eusebio Gayosso; la del licenciado José López Portillo y Rojas; la del extesorero de la Nación, don Javier Arrangóiz y Vasabilvaro; la de don Joaquín Cassasús; la de sor Agustina Ynza, primera visitadora de las Hijas de la Caridad en México; la de Jesús M. Garza, a quien la delegación del Partido Político Independiente que llevaba su nombre solía enviarle hermosas ofrendas florales, y las de familias destacadas como la de Tomás Braniff y Martínez del Río.⁶⁰

En el panteón Francés yacían enterrados grandes hombres nacionales como el expresidente don Francisco I. Madero, cuyos restos reposaban en una sencilla tumba, junto a las de su hermano don Gustavo A. Madero, la del vicepresidente don José María Pino Suárez y la del senador Belisario Domínguez. Los túmulos de estos mártires se encontraban por lo regular ornados por innumerables flores. Otros personajes importantes cuyos restos descansaban allí eran José María Iglesias, Enrique C. Creel, Pedro Santacilia, el general Pedro Rincón Gallardo, Manuel Dublán e Ignacio Mariscal. Y cabe destacar dos hombres relevantes ligados a la educación y a las letras nacionales: Justo Sierra, cuya tumba casi siempre tenía magníficos adornos, y el poeta Manuel Gutiérrez Nájera, de quien los periodistas solían recordar aquel verso que decía: "No moriré del todo, amiga mía; de mi ondulante espíritu disper-

so, algo en la urna diáfana del verso, piadosa, guardará la poesía".⁶¹

Dada la cercanía temporal con los dramáticos sucesos de la primera guerra mundial, en la que Francia jugó un papel preponderante, había un monumento para recordar a los soldados franceses y aliados muertos en ella, el cual se acondicionaba cada año para celebrar una solemne y austera ceremonia, que presidían autoridades francesas como el ministro y el cónsul francés, el encargado de negocios de Francia, así como un contingente de ciudadanos franceses. También participaban delegados y ciudadanos belgas.⁶²

Numerosas familias de la colonia francesa y de los soldados supervivientes de aquella gran conflagración concurrían a la ceremonia llevando sus ofrendas florales para depositarlas al pie de los nombres que en caracteres dorados exornaban el hemiciclo; entre ellos se podían leer los de varios mexicanos que habían sucumbido al lado de los soldados franceses en los campos de batalla. La numerosa concurrencia ocupaba las sillas colocadas frente al monumento y alguna autoridad francesa pronunciaba una breve oración fúnebre recordando la inauguración de ese bello altar de los héroes que se había inaugurado en 1923.⁶³

Acto seguido se dirigían a las tumbas de algunos soldados franceses muertos en México. En todas esas tumbas se colocaban también ofrendas florales. Después entraban a la capilla, cubierta con grandes lienzos negros y en su interior se colocaba un catafalco fúnebre. Pero antes de la ceremonia, a muy temprana hora, se celebraban misas en memoria de los defensores de la libertad. Minutos antes de las once daba principio la ceremonia.⁶⁴

De las ceremonias que se efectuaban este día en los distintos cementerios, sin duda el homenaje de mayor significación y relieve era el que organizaba la Sociedad de Antiguos Combatientes dedicado a los soldados que sucumbieron en Francia durante la primera guerra mundial.⁶⁵



Cada año se celebra una solemne y austera ceremonia para recordar a los soldados franceses muertos en la gran conflagración.

El Panteón Español

Desde las primeras horas de la mañana numerosos automóviles invadían la calzada que une a Tacuba con este cementerio, y varios tranvías llenos de pasajeros dejaban cada cinco minutos su carga a las puertas del Panteón Español.⁶⁶

El 2 de noviembre este recinto recibía la piadosa visita de innumerables familias, en su mayoría de la colonia española. Tampoco escaseaban familias de la buena sociedad metropolitana que tenían en ese sagrado lugar los despojos mortales de sus desaparecidos.⁶⁷

El cementerio Español era severo y elegante, lleno de suntuosos mausoleos y de magníficas capillas funerarias. Para la Fiesta de los Muertos lo ornamentaban en forma especial, como sucedió en 1924, cuando colocaron en lo alto de la puerta central un escudo de flores que formaba la bandera española y, a uno y a otro lado, grandes adornos de flores rojas y amarillas, follajes de guías y florecillas. La capilla del panteón lucía grandes cortinajes negros y flores naturales. En el centro se levantaba un severo catafalco, ante el cual oficiaban mañana y tarde varios sacerdotes, muchos de los cuales daban responsos ante algunos sepulcros. Casi todas las tumbas y los mausoleos ostentaban infinidad de ofrendas florales llevadas por los familiares y amigos de los desaparecidos.⁶⁸

El periódico *Excelsior* destacaba cada año la referencia a la cripta del presidente y fundador de ese diario, don Rafael Alducin, que siempre era visitada por sus familiares y por algunos amigos, quienes cubrían su tumba con muchas ofrendas florales.⁶⁹

En el panteón Español estaban enterrados también los restos del poeta Juan de Dios Peza, a quien el Casino Español costeó el monumento que ornaba su tumba. Asimismo estaba el sepulcro de la familia del sabio mexicano Joaquín Eguía Lis, quien fuera cofundador y rector de la Universidad Nacional, los restos del músico y compositor madrileño Quinito Valverde y los del popular cantante vasco Florencio Constantino.⁷⁰

El paso inevitable para llegar al cementerio español era la calzada de Tacuba. El mal estado en que se encontraba esa vía suscitaba quejas generalizadas. Decían que se hallaba materialmente intransitable debido a la gran cantidad de boyancos y carros de tierra, por lo que pedían al Ayuntamiento de Tacuba que emprendiera las obras de reparación de dicha calzada, que en aquella época era una de las principales que conducían a la metrópoli.⁷¹

El Panteón Americano

El cementerio Americano se encontraba más allá de Tacuba, a la vera de una carretera polvorienta, muy cerca del Panteón Español. Era uno de los más pequeños de la ciudad y contrastaba enormemente con las otras necrópolis por la soledad que reinaba en su interior el 2 de noviembre. En realidad parecía desierto. Muy escasa concurrencia lo visitaba. Sólo una que otra familia católica se veía en su interior.⁷²

Al principio, no se presenciaba en éste una sola de las escenas que se acostumbra en los otros cementerios de la ciudad. No se veían las tumbas enfloradas, ni con ceras. Las callecillas curvas del cementerio no se encontraban ocupadas por una luctuosa multitud, y en las pocas tumbas que había, sólo se miraba una pequeña loza con un nombre y una fecha. Los comentaristas observaban, hacia 1923, que la costumbre mexicana de celebrar a los muertos aún no había llegado a este recinto.⁷³

Sin embargo, al correr el tiempo y poco a poco, los norteamericanos se fueron contagiando de la manera en que los mexicanos conmemoramos a nuestros muer-

tos. Ya para 1924 se registró mayor afluencia de familias norteamericanas el 2 de noviembre, de tal forma que

el cementerio tenía un aspecto a la vez que de profundo respeto, de inusitado movimiento, pues que cuantas familias tienen allí sepultados a seres queridos para ellas quisieron visitar sus tumbas y las adornaron con exquisito gusto, empleando para ello las flores naturales, de preferencia ⁷⁴

y pasaban el día con absoluto recogimiento, ya que “por tratarse de personas honorables, no había las profanaciones que se daban en otros panteones, donde la gente tomaba la visita como un día de campo y se dedicaban a tomar abundantemente.”⁷⁵

Pero lo que en realidad sucedía es que el pueblo norteamericano rendía homenaje a sus muertos el 30 de mayo de cada año, además de que la mayoría practicaba el ritual protestante, por lo que obviamente no había correspondencia temporal con la conmemoración mortuoria que realizaba el pueblo mexicano.⁷⁶

Entre las tumbas más conocidas de este panteón estaba la de Virginia Kirbg Smith, la de la señora Bellamy y la de John Cowan Moordead, Gran Maestro de la York Grand Lodge of México.⁷⁷

El Panteón Inglés

El Panteón Inglés estaba situado en la colonia de la Tlaxpana. Era uno de los mejores cuidados de la ciudad, al grado que parecía un verdadero jardín. Esto se debía a que la entrada estaba restringida exclusivamente a los ingleses. Sin embargo, en la conmemora-

ción de los Muertos del 2 de noviembre se abría a todos los visitantes.⁷⁸

Los cronistas de la época reportan que los ingleses radicados en México —que por cierto eran muchos— no tenían la costumbre de celebrar el Día de Muertos. Sin embargo, las familias inglesas que tenían muchos años viviendo en el país empezaron a visitar a sus muertos en esa fecha y gracias a ello el panteón británico abrió sus puertas a todos los que deseaban visitarlo, pero únicamente en la fiesta de los muertos. Sólo entonces en las tumbas de esas necrópolis se empezaron a ver grandes ramos de flores.⁷⁹

Al igual que en el Panteón Francés, en el inglés levantaron un monumento dedicado a los que habían muerto en la guerra mundial y era de tal magnitud que se alcanzaba a ver desde la calzada de Tacuba. En la celebración de los muertos colocaban en la parte baja del pedestal coronas o grandes ramos; en suma, lo llenaban de ofrendas.⁸⁰

El panteón Alemán y el Sirio Libanés

El panteón Alemán se caracterizaba por el imponente orden reinante en su interior y ni la celebración de los muertos lo interrumpía. Numerosas familias alemanas también visitaban desde temprana hora las tumbas de sus desaparecidos y dedicaban varias horas al arreglo de las mismas y con gran recogimiento acompañaban a los suyos.⁸¹

Por lo que se refiere al panteón Sirio Libanés las escasísimas referencias, sólo aluden a él mencionando que se encuentra en la misma zona que el Francés⁸²

Los panteones desaparecidos

Muy pocos se acordaban de los antiguos cementerios, los que fueron absorbidos por la agitación de la vida moderna, sin embargo para principios del siglo XX varios habían desaparecido ya.

El panteón de Santa Paula

El panteón de Santa Paula empezó a funcionar en 1784 y fue clausurado en los primeros años del Porfiriato, cuando se abrió el Panteón de Dolores. Este cementerio fue destinado a los que morían sin deudos, aunque algunas personas importantes, por humildad, fueron sepultadas en él.

Santa Paula se localizaba en terrenos de la parroquia de Santa María la Redonda. Pero a principios del siglo XX ya no quedaban rastros de lo que fue alguna vez este recinto. Primero fue clausurado por estar enclavado en una de las populosas barriadas de la capital que, ambiciosa como los poderosos, se expandió cada vez más hasta absorberlo totalmente para transformarlo en calles y en casas, dar alojamiento a los vivos, que de los muertos ni quién se acordara; muertos anónimos que al fin y al cabo no se atreverán a volver del más allá para protestar contra el atentado del que se les hacía víctimas.⁸³

¿Quién pudiera pensar que bajo los cimientos de una gran casa yacían “montones de cráneos pelones y vacíos”, mientras los vivos se agitaban en su vivir cotidiano lleno de pasiones, sin acordarse para nada de los que estaban bajo sus plantas, en un subsuelo formado por materias animales en descomposición, que

servían de abono a la higuera cuyos sabrosos frutos devoraban golosamente los chiquillos. Los automóviles y los tranvías pasaban trepando sobre las osamentas, y aquellos que a su costa ya habían podido experimentar que era mentira el eterno reposo de la muerte, debían estremecerse de indignación, allá, un metro y medio por debajo del pavimento de piedras.⁸⁴

*Los panteones de Campo Florido,
Los Ángeles y el antiguo cementerio
de la Piedad*

El cementerio del Campo Florido fue fundado en 1846 y se clausuró en 1878. Fue creado con la intención de obtener recursos para sostener el culto de la capilla de Nuestra Señora de la Soledad del Campo Florido. El nombre de esta calzada cambió con el tiempo por el de calzada de la Piedad, que corresponde a la actual avenida Cuauhtémoc y era muy conocida justamente por la capilla de la Soledad. A principios del siglo XX no quedaban rastros de la naturaleza que lo caracterizara.⁸⁵

Del cementerio de Nuestra Señora de los Ángeles que llegara a albergar en su seno los restos de millares de cadáveres, tampoco quedaba ni el recuerdo.⁸⁶

Y del antiguo cementerio de la Piedad quedaba sólo un campo yerto,

sobre el cual se estableció un campo de juegos para niños. A nadie se le ocurriría, de seguro, enviar a sus hijos a jugar a un cementerio, y sin embargo, donde antaño resonaron los dolientes gemidos de una madre que sufría la desaparición de un fruto de sus entrañas, resuenan hoy los gritos jubilosos de los niños que gozan, sin presentir

siquiera que dentro de algunos años ellos serán convertidos en el mismo polvo que ahora opaca la limpidez brillante de sus zapatitos charolados.⁸⁷

Cambio de fecha de la celebración

Entre sus decretos, la Iglesia había prescrito que el día domingo fuese un día consagrado exclusivamente a la adoración de Dios y es por ello que en este día no se decían ni misas de réquiem o difuntos ni se permitía que los sacerdotes del culto católico rezasen responsos a los cadáveres que se inhumaban en domingo. Por la misma razón, cuando el Día de Muertos caía en domingo, la conmemoración se posponía para el día siguiente, el 3 de noviembre.⁸⁸ De todos modos las visitas a los cementerios no cesaron, aunque la conmemoración de los fieles difuntos se transfiriera. Por ello, tanto el Ayuntamiento de la capital como los de las poblaciones del Distrito Federal dictaron las medidas pertinentes para mantener el orden durante la celebración de los difuntos.⁸⁹ Esas medidas estaban destinadas a evitar las escenas poco edificantes que generalmente se registraban en los panteones con motivo de la afluencia de visitantes, ya que especialmente los de la clase humilde acostumbraban pasar verdaderos días de campo sobre las tumbas, y el influjo de las bebidas fermentadas de las que hacían acopio consumaba desórdenes e incluso actos delictuosos que quitaban toda seriedad a la conmemoración.⁹⁰

Restricción a las “tradiciones” o control de excesos

Las personas que año tras año gustan de hacer alegre romería en el interior, en los terrenos anexos y camino de las necrópolis, especialmente la de Dolores, se enfrentaron con serias restricciones al comercio ambulante. En efecto, las autoridades del Departamento de Salubridad Pública, las autoridades municipales de Tacubaya y la inspección General de Policía, desde principio de la segunda década del siglo XX, prohibieron los puestos de fritangas y los expendios de pulque al aire libre. Solamente se permitía vender en las afueras de los panteones a los floreros, a los dulceros que llevaban vitrinas y a los vendedores de aguas frescas que usaban botes cerrados.⁹¹

Con esto se empezó a eliminar la costumbre de la gente del pueblo que gustaba de ir a “llorar el hueso” y a consumir los productos que ofrecían los puestos de carnitas, los de las típicas enchiladas y demás fritangas, y de una manera especial los expendios de pulque, cuyos propietarios hacían su agosto en el Día de los Muertos. En la época se pensaba que estas prohibiciones restringirían la costumbre de visitar los cementerios y la gente preferiría

retornar a sus casas para rendir culto a sus muertos, junto a su tradicional ofrenda, y en donde con seguridad no habría prohibición de que se tocaran guitarras, se cantara y, esencialmente, se pudiera libar pulque y alcohol en cantidades exorbitantes, según la costumbre de la clase humilde.⁹²

Hay que puntualizar que la prohibición no aludía a lo que comían los dolientes, sino a lo que bebían,

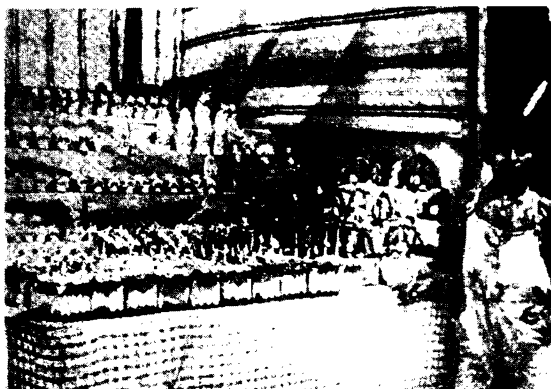
ya que era costumbre ir al cementerio de Dolores a visitar a sus muertos, llorarles un poco, y más tarde, sin recato ni respeto alguno para ellos, un tanto excitados por la bebida embriagante, acababan por armar grandes escándalos.⁹³

A la par de las restricciones, se establecieron servicios especiales de vigilancia a cargo de la presidencia municipal de Tacubaya y la Inspección General de Policía, de manera que la alteración de orden no se dejará sentir ni un solo momento, y se controlaría el acceso a las puertas del panteón de Dolores así como su interior y las afueras. La policía ejercía una estricta vigilancia, y no se permitía la entrada de alimentos y bebidas embriagantes para prevenir posibles trastornos provocados por la ingestión de pulque y no se dieran espectáculos poco edificantes sobre los mausoleos y las tumbas.⁹⁴

Muchos visitantes reaccionaron con amargura frente a los inflexibles agentes sanitarios que volcaban al suelo pulque, fritangas y frutas de los puestos instalados en el interior de Dolores. Según algunos, eso era lo que realmente daba el verdadero sabor a la fiesta de los “muertitos”. A pesar de todo, la cantidad de “llorones al hueso” fue en general igual durante las primeras décadas de los años veinte. Tranvías, camiones y demás vehículos se veían aún repletos de personas y los cementerios, animadísimos.⁹⁵

Activación económica por el día de muertos

Un aspecto que suele dejarse de lado al tratar estas conmemoraciones es el fuerte impacto que tenían en la economía al aproximarse la festividad de Todos Santos. El mercado abarrotero local daba muestras de alguna animación y, en efecto, los principales almacenes de la ciudad mejoraban su actividad.⁹⁶ Especialmente importante era la venta de los siguientes productos: el azúcar, que era uno de los productos que más se consumían ya que, entre otras cosas, era la base de la elaboración de las calaveritas y otros alfeñiques. También se notaba un apreciable aumento del consumo de harina, en especial por la tradicional elaboración de los llamados panes de muertos, y se animaba el mercado de manteca, chiles de todas clases, de frijol, sal, cacao, café, pulque y bebidas alcohólicas en general.



Especialmente importante era la venta de calaveritas de azúcar.

¿Qué es la vida?

Al final de la conmemoración de los difuntos no resultaba extraño que algún periodista llevara su reflexión hacia el otro extremo y se preguntara: “¿Qué es la vida?”, y él mismo se contestara diciendo:

Es un soplo, es un pequeño periodo de tiempo, que comparado con la eternidad, es lo que el hombre comparado con el espacio. Millares de generaciones han sucumbido y sucumbirán, y todo el tiempo que ha pasado y pasará aún, no marcará siquiera un instante en el colosal reloj del infinito.⁹⁷

Notas

¹ Perodi, "5,000 panteones nacionales guardan a nuestros muertos," en *El Universal Gráfico*, 1^a sec., 2 nov. 1927, p. 7, col. 1.

² *Loc. cit.*

³ *Loc. cit.*

⁴ "El día de muertos", *Excelsior*, 2^a Sec. México, 2 nov. 1922, p. 3, col. 2.

⁵ *Loc. cit.*

⁶ Núñez y Domínguez, José de J. "Entre tumbas" en *Palabras al viento*, *El Universal Gráfico*, 1^a sec., México, D. F., 1 nov. 1930, p. 6, col. 1.

⁷ *El Demócrata*, México, D. F., 3 nov. 1924, p. 9, col. 5.

⁸ Cf. "Fragantes flores cubrieron ayer las tumbas", *Excelsior*, 2^a sec. México, 4 nov. 1924, p. 1, col. 2

⁹ José De, Núñez y Domínguez, "Entre tumbas", en *Palabras al Viento*, *El Universal Gráfico*, 1^a sec., México, 1 nov. 1930, p. 6, cols. 1-2.

¹⁰ *Ibid.*, p. 10, cols. 1-2.

¹¹ *Loc. cit.*

¹² *Loc. cit.*

¹³ "La tradicional solemnidad de los difuntos", *El Demócrata*, 1^a sec. México, 3 nov. 1920, p. 1, col. 5.

¹⁴ Cf. *Ibid.*, p. 9, col. 2.

¹⁵ *Loc. cit.*

¹⁶ *Loc. cit.*

¹⁷ *Loc. cit.*

¹⁸ *Loc. cit.*

¹⁹ *Loc. cit.*

²⁰ *El Universal Gráfico*, p. 10, cols. 1-2.

²¹ Cf. Perodi, "5,000 panteones nacionales guardan a nuestros muertos", *El Universal Gráfico*, 1^a sec., 2 nov. 1927, p. 14, col. 5.

²² Núñez y Domínguez, *op. cit.*, p. 6, cols. 1-2.

²³ *Loc. cit.*

²⁴ Perodi, *op. cit.*, p. 14, col. 1.

²⁵ "Las ciudades de los muertos se animaron ayer con la visita de miles de dolientes", 2^a sec. *El Demócrata*, México, 3 nov. 1923, p. 11, col. 3.

²⁶ "Fragantes flores...", *op. cit.*, p. 1, cols. 1-2.

- ²⁷ "La tradicional solemnidad...", *op. cit.*, p. 1, col. 7.
- ²⁸ Perodi, *op. cit.*, p. 7, col. 2.
- ²⁹ "Fragantes flores...", *op. cit.*, p. 1, col. 5.
- ³⁰ Cf. "La tradicional solemnidad...", *op. cit.*, 9, col. 4.
- ³¹ Cf. "Las ciudades de los muertos se animaron ayer con la visita de miles de dolientes", *El Demócrata*, 3 nov. 1923, p. 11, col. 2.
- ³² Cf. *Loc. cit.*
- ³³ *Loc. cit y Excélsior*, 3 nov. 1931, p. 4, col. 3.
- ³⁴ "Fragantes flores...", *op. cit.*, p. 2, col. 2.
- ³⁵ "En todos los cementerios de México se encendieron las lámparas del recuerdo", *Excélsior*, 3 nov. 1931, p. 4.
- ³⁶ "La tradicional solemnidad.", *op. cit.*, p. 9, col. 3.
- ³⁷ *Ibid.*, p. 9, col. 5.
- ³⁸ Cf. *Loc. cit.*
- ³⁹ Cf. *Loc. cit.*
- ⁴⁰ Cf. "En todos los cementerios de México se encendieron las lámparas del recuerdo". *Excélsior*, 1^a sec. 3 nov. 1931, p. 4, col. 4.
- ⁴¹ *Ibid.*, col. 4-5.
- ⁴² "Las ciudades...", *op. cit.*, p. 11, col. 3.
- ⁴³ Cf. *loc. cit.*
- ⁴⁴ *Ibid.*, p. 6, col. 2.
- ⁴⁵ *Loc. cit.*
- ⁴⁶ *Loc. cit.*
- ⁴⁷ Cf. *loc. cit.*
- ⁴⁸ "Fragantes...", *op. cit.*, p. 6, col. 2
- ⁴⁹ "La tradicional...", *op. cit.*, p.9, col. 6.
- ⁵⁰ "Fragantes...", *op. cit.*, p. 6, col. 2
- ⁵¹ *Loc. cit.*
- ⁵² Cf. "Fragantes...", *op. cit.*, p. 6, col. 2.
- ⁵³ *Loc. cit.*
- ⁵⁴ *Ibid.*, p. 1, col. 4.
- ⁵⁵ Cf. "Fragantes flores...", *op. cit.*, p. 1, col. 5.
- ⁵⁶ Cf. *loc. cit.*
- ⁵⁷ *Loc. cit.*
- ⁵⁸ *Loc. cit.*
- ⁵⁹ *Ibid.*, p. 6, col. 1.
- ⁶⁰ Cf. *loc. cit.*
- ⁶¹ "La tradicional...", *op. cit.*, p. 9, col. 6; *Excélsior*, 3 nov. 1931, p. 4, col. 5 y *Excélsior*, 3 nov. 1931, p. 4, col. 5.
- ⁶² "La tradicional...", *loc. cit.*, p. 9, col. 6.

⁶³“Fragantes...”, *op. cit.*, p. 6, col. 1.

⁶⁴“Fragantes...”, *loc. cit.* y *El Demócrata*, 3 nov. 1920, p. 9 col. 6. E.

⁶⁵*Excelsior*, *loc. cit.*

⁶⁶*Cf.* “La tradicional...”, *op. cit.*, p. 9, col. 6.

⁶⁷*Cf. loc. cit.*

⁶⁸*Cf. loc. cit.*

⁶⁹*Cf.* “Miles de personas visitaron los panteones”, en *El Universal*, 1^a sec., México, D. F., 3 nov. 1927, p. 8, col. 2, y “Fragantes...”, *loc. cit.*

⁷⁰*Cf. loc. cit.*

⁷¹*Cf.* “Fragantes...”, *loc. cit.*

⁷²*Cf.* “Las ciudades...”, *op. cit.*, p. 11, col. 3.

⁷³*Cf., ibid.*, p. 11, col. 2.

⁷⁴“Fragantes...”, *op. cit.*, p. 12, col. 6.

⁷⁵*Loc. cit.*

⁷⁶*Cf.* “Miles...”, en *El Universal*, p. 8, col. 3

⁷⁷*Cf. loc. cit.*

⁷⁸*Cf. loc. cit.*

⁷⁹*Cf. loc. cit.*

⁸⁰*Cf. loc. cit.*

⁸¹*Cf. loc. cit.*

⁸²*Cf. loc. cit.*

⁸³*Cf.* “Las ciudades...”, *op. cit.* p. 9, col. 5.

⁸⁴*Cf. loc. cit.*

⁸⁵*Cf. loc. cit.*

⁸⁶*Cf. loc. cit.*

⁸⁷*Loc. cit.*

⁸⁸*Loc. cit.*

⁸⁹*Cf.* “La conmemoración...”, *op. cit.*, p. 1 col. 7.

⁹⁰*Loc. cit.*

⁹¹“Se guardará en las necrópolis debido respeto”. *Excelsior*, 1^a Sec., México, D. F., 2 nov. 1926, p. 4, col. 3. y “Miles...”, *op. cit.*, p. 14, col. 1.

⁹²“Se guardará...”, *ibid.*, p. 3, col. 3.

⁹³*Cf. loc. cit.*

⁹⁴*Cf. loc. cit.*

⁹⁵*Cf.* “5,000”, *op. cit.*, p. 14, col. 1.

⁹⁶“La fiesta de todos santos anima el mercado de víveres”, *Excelsior*, 2^a sec. México, D. F., 1 nov., 1923, p. 2, col. 5.

⁹⁷*Perodi, op. cit.* p. 7, col. 2.

Hemerografía

- “Las ciudades de los muertos se animaron ayer con la visita de miles de dolientes”, *El demócrata*, 2ª sec., México, D. F., 3 nov. 1923, p. 9 col. 5, p. 11, cols. 2-7.
- “La conmemoración de los muertos será hoy”. *El Demócrata*, 1ª. sec., 3 nov. 1924, p. 1, col. 7.
- “El culto a los muertos está decayendo entre nosotros en forma muy notable.” *Excelsior*, 2ª. sec., México, D. F. 3 nov. 1923, p. 1, cols. 1-7, p. 2, cols. 5-6.
- “El culto a los muertos llevó ayer a los cementerios de la capital a millares de gentes.” *Excelsior*, 2ª. sec., México, D. F., 3 nov. 1934, p. 1, cols. 4-7, p. 6, cols. 1-2.
- Dalevuelta, Jacobo, *El Universal*, 2ª. sec. México, D. F., 2 nov. 1923, p. 1, col. 3, p.8, cols 2-3.
- “El día consagrado a los muertos llevó enormes multitudes...” *El Demócrata*, 1ª. sec., México, D. F., 3 nov. 1925, p. 8, cols. 2-7.
- “El día de los difuntos en los diferentes panteones de la ciudad.” *El Universal*, 2ª. sec., México, D. F., 3 nov. 1923, p.1, cols.4-6, p.7, cols. 1-4.
- “El día de muertos”. *Excelsior*, 2ª. sec., México, D. F., 2 nov. 1922, p. 3, cols. 2-3.
- “El día de los muertos es plausible pretexto para hacer días de campo en los panteones que rodean la capital.” *El Demócrata*, 2ª. sec., México, D. F., p. 9, cols. 4-6, p.12, cols. 1-4.
- “El día de los muertos”. *El Universal*, 1ª. sec., México, D. F., 3 nov. 1921, p. 2, cols. 3-6, p. 8, cols. 3-5.

- “Escenas del ‘Día de muertos’ en los panteones capitalinos.” *El Universal*, 2ª. sec., México, D. F., p. 1, cols. 7-8, p. 5, col. 1.
- “La fiesta de todos santos anima el mercado de víveres.” *Excelsior*, 2ª. sec. México, D. F. 1 nov. 1923, p. 2, cols. 5-6.
- “Fragantes flores cubrieron ayer las tumbas.” *Excelsior*, 2ª. sec., México, 4 nov. 1924, p. 1, cols. 2-5 y p. 6, cols. 1-2
- “Miles de personas visitaron los panteones.” *El Universal*, 1ª sec., México, D. F. 3 nov. 1927, p. 5, col. 8, p.8, cols. 1-3.
- “Millares de personas ayer en los panteones.” *Excelsior*, 2ª sec., México, D. F. 3 nov, 1928, p. 4, cols. 3-4.
- “Millares de personas visitaron ayer los cementerios.” *Excelsior*, 1ª. sec. México, D. F. 2 nov. 1925, p.3, col. 1, p. 6, cols. 7-8.
- “Palabras al viento.” *El Universal Gráfico*. 1ª. sec. México, D. F., 1 nov. 1930, p. 6, cols. 1-2, p. 10, col. 1-2.,
- “Los panteones se vieron muy visitados ayer.” *Excelsior*, 2ª. sec. México, D. F. 3 nov. 1921, p. 7, cols. 5.
- Perodi. “5,000 Panteones nacionales guardan a nuestros muertos” *El Universal Gráfico*, 1ª. sec., México, D. F., 2 nov. 1927, p. 7, cols. 1-2, p. 14, col. 5.
- “La piedad cristiana recordó con fervor a los desaparecidos, llevando su ofrenda a los cementerios de la capital.” *Excelsior*, 2ª sec. México, D. F., 3 nov. 1922, p. 6, cols. 2-7, p. 8, cols. 3-4.
- “Por las necrópolis.” *El Universal*, 1ª. sec. México, D. F., 3 nov. 1920, p. 9, cols. 1- 6.

- “Por primera vez, la celebración de los difuntos no tuvo las características paganas de antaño”. *El Universal Gráfico*, 1ª. sec. México, D. F. 2 nov. 1927, p. 14, col. 1.
- “Una ráfaga de vida entró ayer en la mansión de los muertos.” *El Universal*, 2ª. sec. México, D. F. 3 nov. 1922, p. 1, cols. 2-5.
- “La recordación de los muertos en los panteones capitalinos.” *El Universal*, 2ª. sec. México, D. F., 3 nov. 1932, p. 6, cols. 2-7.
- “Las ruidosas peregrinaciones de ayer a la ciudad de los muertos.” *El Demócrata*, 2ª. Sec., México, D. F., 4 nov. 1924, p. 9, cols. 1-2, p. 11, cols 1-2, p. 11, cols. 6-7, p. 12, cols. 5-7.
- “La santa paz de los cementerios, se vio turbada ayer por el humano bullicio.” *El Demócrata*, 1ª. sec., p. 1, cols. 4-5, p.5, cols. 5-7.
- “Se encendieron las lámparas del recuerdo y el amor para quienes han dejado de vivir.” *Excelsior*, 1ª. sec., México, 1ª. sec., 3 nov. 1935, p. 9, cols. 2-4.
- “Se guardará en las necrópolis debido respeto”. *Excelsior*, 1ª. sec. México, D. F. 2 nov. 1926, p. 4, col. 3.
- “Todos los cementerios de esta capital fueron visitados por una abigarrada muchedumbre.” *Excelsior*, 1ª. sec. México, D. F. 3 nov. 1932, p. 3, cols. 2-5.
- “En todos los cementerios de México se encendieron las lámparas del recuerdo.” *Excelsior*, 1ª. sec., México, D. F. 3 nov. 1931, p 4, cols. 3-5.
- “La tradicional solemnidad de los difuntos.” *El Demócrata*, 1ª. sec. México, D. F. 3 nov. 1920, p. 1, col. 5-7, p. 9, col. 2-6.

“Verdaderos capítulos de nuestra historia en muchos sepulcros.” *Excelsior*, 2ª. sec. México, D. F. 3 nov. 1933, p. 1, cols 4-5, p.6, cols. 1-3.

“Visita a la mansión de los muertos.” *Excelsior*.” 1ª. sec. México, D. F. 3 nov. 1920, p. 1, col. 2, p. 11, cols. 2-7.

“La visita a los muertos.” *Excelsior*, 1ª. sec. México, D F. 3 nov. 1921, p. 1, col.6, p. 5, cols. 1-8.

LA CIENCIA Y LA MUERTE EN MÉXICO EN LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO XIX Y EN LOS ALBORES DEL XX

Marcela Suárez Escobar

La muerte es sólo un cambio de estado,
Porque la psique no requiere de tiempo ni
de espacio.

En todas las culturas ha existido, y permanece, una inquietud sobre la muerte que es directamente proporcional al interés por la vida. La muerte depende en gran medida del imaginario que se tenga acerca de ella, de los temores y de la incertidumbre.

El periodo conocido como “modernidad”, con sus características económicas y socioculturales, estuvo presente en México desde finales del siglo XVIII hasta bien entrado el siglo XX. Su ideología estaba estrechamente vinculada al concepto de la racionalidad, lo útil, lo ordenado, lo productivo, e incluía la imagen del progreso en la ciencia, en la técnica y en la economía. Se intentaba eliminar lo incierto.

En el siglo XIX se dieron grandes avances en la biología y la medicina porque el “progreso” requería de hombres sanos y productivos. Se elaboró la teoría celu-

lar cuando se descubrió que las células eran la base de los organismos; después surgió la fisiología, que investiga científicamente la constitución de los tejidos vivos. Así, a mediados del siglo surgió la biología experimental, con su enfoque sistemático, en medio de una gran polémica entre biólogos y médicos de tendencias rivales: los vitalistas, al iniciar el siglo; los mecanicistas y los materialistas, después; todos intentando descubrir la explicación de la vida.¹

Los vitalistas sostenían que el desarrollo individual era el campo fundamental de la fuerza vital. Las funciones no reproductivas ni de desarrollo podían atribuirse a una fuerza vital química. Afirmaban que los individuos asimilaban los alimentos en virtud de esa fuerza vital y que los seres debían su supervivencia a la acción de un principio vital que combatía permanentemente a las propiedades físicas, consideradas como fuerzas de muerte.² Francois Xavier Bichat, considerado padre del vitalismo, afirmó que los tejidos eran el último límite de la resolución anatómica y que el descubrimiento de su contractilidad y sensibilidad hacían a la vida diferente de otros fenómenos de la naturaleza. Bichat declaraba que la vida era el conjunto de funciones que resistían a la muerte,³ y señalaba que los difuntos habían perdido las funciones que les permitían resistir a la muerte. Para los vitalistas, la muerte era inherente a la vida, para los mecanicistas la vida era un proceso infinito e ilimitado, y la muerte sólo existía como algo externo a la vida.⁴ Estos últimos suponían que podían evitar la muerte.

Los reduccionistas y mecanicistas consideraban al organismo como una máquina física o química. La vida y los organismos podían reducirse a modelos de materia en

movimiento o a la mecánica, una fuerza controladora de la naturaleza. Después, uno de los médicos más importantes del siglo XIX, Claudio Bernard, famoso positivista, declaró que no había que intentar definir la vida, sino obtener una concepción de ésta tomando una visión *a posteriori* de los fenómenos vitales. Bernard creía firmemente en la medicina experimental y fue el primero que combinó las descripciones clínicas de las dolencias de los pacientes con neuropsias.

El positivismo —ideología básica del capitalismo que sostenía la idea del desarrollo de la humanidad a través del orden, el progreso y la ciencia— atribuyó a los científicos y a los médicos el papel de símbolos de las fuerzas de la vida. Aconsejó realizar experimentaciones no sólo en muertos, sino también en vivos, porque las autopsias eran insuficientes para encontrar la cura de las enfermedades. De este modo, para la segunda mitad del siglo XIX, se empezó a confiar en el médico como posibilidad de evitar los decesos y se medicalizó la muerte. Lo ideal era que la muerte de las personas fuera por vejez y no por enfermedad, se esperaba que ésta fuera eliminada con avances científicos o tecnológicos.⁵

Todas estas teorías llegaron a México. Así, en una revista científica, los *Anales de la Sociedad Humbolt*, publicada en México en 1872, se podía leer la repetición de las tesis positivistas y se urgía a emplear el método experimental para evitar las muertes. Se decía que la patología debía estudiarse como la fisiología, como el estudio de la vida.⁶ Claudio Bernard fue muy traducido en México y publicado en periódicos científicos; aquí llegaron sus ideas como aquella que afirmaba que “el organismo no se mantiene contra las condiciones cósmicas, sino al contrario, por una adaptación, un pacto con

ellas”⁷ Para Bernard, la vida era creación y al mismo tiempo muerte “porque en los seres vivos todo se crea morfológicamente, se organiza y muere, se destruye”.⁸ Indicaba como agentes de la destrucción la combustión, la fermentación y la putrefacción y sostenía que si los órganos eran creados podían ser destruidos. Para él no había muerte sin vida ni vida sin muerte, pero no tuvo explicación para los cambios morfológicos, por eso no dijo nada más sobre la muerte.



La muerte depende del imaginario,
de los temores y de la incertidumbre.

August Weismann, en las últimas dos décadas del siglo, intenta responder dos preguntas fundamentales: ¿Por qué en la mayoría de las especies ni los organismos vivos ni las células son inmortales? ¿Por qué la limitación de la existencia no es intrínseca a los seres vivos? Por lo tanto, ¿de dónde viene?⁹ Weismann llegó a la conclusión de que cuando una capacidad ilimitada de reproducción no es indispensable ésta tendía a perderse. Afirmaba que en los organismos multicelulares todas las células y órganos se constituían en apéndices del aparato reproductivo, y entonces las células de este aparato eran las únicas capaces de ser verdaderamente inmortales por ser capaces de convertirse en un nuevo individuo. Aportó al siglo XX la distinción entre células germinales, las del aparato reproductivo, y células somáticas, las del resto del organismo.¹⁰ Para este científico, la muerte no era un atributo esencial de la vida, sólo la reproducción y, tras las huellas de Darwin, en su primer trabajo (1881) intentó explicar la muerte como necesidad, como fenómeno de adaptación y útil a la especie, afirmando que la muerte de los individuos incapaces de reproducirse, los deteriorados, era necesaria para dejar espacio a los cuerpos sanos. Señalaba que los órganos y funciones desaparecían cuando eran inútiles para la preservación de la especie,¹¹ manifestó que la muerte se producía porque los tejidos no pueden renovarse infinitamente, y que el origen de “la muerte natural” se encontraba en el hecho de que las células poseían una capacidad limitada de dividirse,¹² después de todo, la inmortalidad no era necesaria para la transmisión de los genes.¹³

Como respuesta, Metchnikoff sentó las bases para el estudio de la muerte porque abrigaba la esperanza

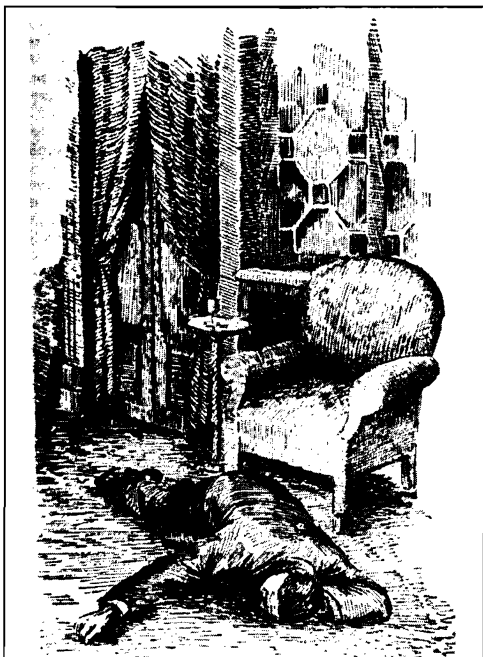
de que las enfermedades disminuyeran. Creó los términos de “gerontología” y “tanatología”, y censuró a Weismann y su explicación del proceso de eliminación por edades, pues admitir que los viejos son menos capaces, decía, era recurrir al efecto y no a la causa que se intentaba determinar, ya que la misma edad lleva consigo una decrepitud que conduce a la muerte.

Freud también critica a Weismann planteando la hipótesis de que fuerzas vitales que luchas entre sí determinan la paradójica reacción humana de defender la vida y a veces desear la muerte, o, en otros términos, ante las presiones de la existencia buscar la paz en la no-existencia.¹⁴ En la época influía el antecedente de que el destacado médico Binet había aceptado la eutanasia a través de narcóticos, protoxidos de ázoe y gases hilarantes, y Maeterlinch había propuesto la formación de un cuerpo médico eutanásico en cada país encargado de administrar la buena muerte con garantías científicas.¹⁵

En el México de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX

En México, el pensamiento de Darwin se conoció a partir de su obra *La descendencia del hombre* (1881), y su influencia penetró no sólo en el mundo científico sino también en el social. Herbert Spencer y el evolucionismo también llegaron a través de publicaciones mexicanas. Así se difundió su concepción de la vida como “la combinación definida de los cambios heterogéneos, a la vez simultáneos y sucesivos en correspondencia con las coexistencias y programas externos.”¹⁶

Los liberales extendieron estas ideas a la educación, y si bien encontraron una cierta oposición en el positivismo cotidiano y en la religión católica, el darwinismo se extendió e importantes intelectuales de la época como Justo Sierra y Vicente Riva Palacio lo difundieron y apoyaron firmemente.¹⁷ La idea de que la eliminación de los ancianos es benéfica para la especie, proveniente de esta época a pesar de ser errónea, lamentablemente ha perdurado hasta hoy.



La muerte era una no-vida, su concepto que debía ser negado... se vetó la eutanasia y se criticó el suicidio.

Por otro lado, se concebía que la medicina tenía que luchar en forma perpetua contra el dolor. Se empezaron a eliminar algunas enfermedades que antes habían sido perennes, y destacados médicos mexicanos aportaron todos sus esfuerzos para ello. Los doctores Jiménez, Carpio, Olvera, Carmona y Valle, Lavista y otros más estudiaron las novedades extranjeras y, aportando experiencias y medicamentos locales, realizaron grandes progresos en el control de la fiebre amarilla, la viruela, la rabia, el paludismo¹⁸ y para el control del dolor.¹⁹

Pero como la muerte era una no-vida y por tanto un concepto que debía ser negado ante las manifestaciones del avance de la ciencia, se vetó la eutanasia y se criticó el suicidio. En Europa existía la polémica sobre la posibilidad de practicar la eutanasia piadosa en casos incurables, ante esto, *El Universal Ilustrado* del jueves 21 de mayo de 1925 registra la opinión del médico mexicano —que podría expresar la de la mayoría de ellos— Cristóbal de Castro quien, parafraseando a Enrico Morselli, autor del libro *La Uccisione Pietos*, señalaba:

El médico no sólo declara que su ciencia, como toda ciencia humana en general, es relativa, incierta, falible, sino que por su misma profesión, está imposibilitado de intervenir en la eutanasia, ni siquiera a título de técnico... El médico es un juez, no un verdugo... La única intervención profesional en los casos de muerte inevitable es la de menguar el dolor. Si la conciencia del muriente se ha extinguido, el médico debe limitarse a garantizar la higiene, y, cuando más, a practicar alguna inyección. Pero si el enfermo tiene aún conciencia, lo indicado es suministrarle calmantes y, por excepción, algún narcótico, como

en los atroces espasmos del tétano y la hidrofobia. Si llega la muerte por asfixia lenta, puede aliviarse el malestar con balones de oxígeno. En todo caso, el médico cuidará de que el cuerpo del paciente se mantenga en la posición más cómoda, según la enfermedad; de que no le torturen los ruidos ni las emociones; de que los últimos instantes transcurran en un respetuoso silencio...²⁰

Del mismo modo que construye su realidad, cada sociedad crea su imaginario, y así elabora su concepción de la muerte, pero, al mismo tiempo, esta idea determina muchos aspectos socioculturales. Los mexicanos, desde la tradición prehispánica, habían considerado a la muerte como parte de la vida. Como una manera de exorcizar el miedo a la muerte se la representaba, se jugaba con ella, y en los siglos posteriores celebraron con gran festejo los "Días de Muertos".²¹

Con el Iluminismo y con el romanticismo, al mismo tiempo que crecieron los conocimientos científicos, principalmente entre la población urbana, se incrementó el miedo a la muerte. El romanticismo exaltó "su belleza" y así inspiró a muchos artistas que la representaron en la literatura, la escultura y la pintura, hasta el punto que en algunos casos se intentó cubrir la fealdad de los cadáveres. Como ejemplos existen las pinturas *El velorio*, de José Jara (1867-1939), y *La ofrenda*, de Saturnino Herrán (1887-1918), aunque en general, como señala Fausto Ramírez Rojas,²² la enfermedad y la muerte fueron temas muy atrayentes para los modernistas. En la literatura mexicana que a fines del siglo XIX y principios del XX mostraba la influencia del postmodernismo, el realismo y el modernismo²³ el tema de la muerte y los sepulcros aparecía incesantemente, como en el cuento "El guantelete", de

Ciro B. Ceballos (1873-1938), publicado en la muy conocida *Revista Moderna*, y el de los médicos también, como en las novelas cortas de Amado Nervo *El donador de almas* y *El sexto sentido*. *El Universal Ilustrado* del 15 de mayo de 1919 publicó un cuento en donde pueden observarse algunos ritos y sentimientos característicos de la época sobre la muerte. Puede apreciarse el rasgo propio del posromanticismo, del horror por la muerte propia ante la muerte del otro. Veamos, por ejemplo, cómo se describe el deceso de un enamorado:

El sacramento realizóse por la virtud de las palabras: todos contemplaban al hijo, a quien su madre sostenía. Tenía la faz siniestra y atormentada de los moribundos desesperados y satánicos, una faz estigmatizada hasta el alma por el deseo de la vida que se va, del amor que nos abandona: la fresca belleza de Arabela exasperaba hasta el odio el fósforo impotente de sus ojos huecos, y todo el mundo pensaba: ¡cómo sufre! El moribundo irguióse aún más y con su boca violácea, palidecida por las nieves del más allá, exclamó, en tanto que los hombres sonreían de la divagación final y que las mujeres, pavorizadas, sollozaban como plañideras: ¡Adiós, Arabela, oh, tú que me perteneces! Me voy, pero tú te irás también. Yo estaré ahí, esperándote todas las noches bajo el magnolio, pues tú no debes conocer más amor que el amor mío...²⁴

Los positivistas defendían la existencia de los cementerios porque el culto a los muertos, así como el establecimiento de las tumbas y los sitios de sepultura, forman parte de toda nación civilizada. Consideraban que estos elementos, junto con las escuelas, eran integrantes de las células familiares, de las municipalidades, y que, por tanto, no podían dejar de existir en

las ciudades.²⁵ En la Ciudad de México se crearon varios cementerios. Destacan entre los más importantes el de Dolores, fundado en 1874; el del Tepeyac que fue remodelado en 1910; el Español y el Francés de la Piedad, que se erigieron alrededor de 1886.

Las tumbas familiares en forma de capillas o amplios terrenos se extendieron entre las clases medias y altas, porque, ante el mundo cambiante que el nuevo siglo ofrecía, se trató de reunir a la familia con la finalidad de inhumar acompañados a los seres queridos.

Gran número de artistas construyeron esculturas funerarias. Aún pueden apreciarse obras de Ponzanelli y de Volpi, entre otros.

Arturo Casado²⁶ señala que la construcción de tumbas y mausoleos fue una de las principales actividades artísticas entre 1870 y 1930. Los cementerios dejaron de ser lugares de terror para convertirse en refugios últimos en donde, a través de esculturas y epitafios, se intentaba retener a las personas amadas. Fue entonces cuando surgió la "perpetuidad" en la adquisición de lotes en los cementerios. En la misma época el culto a ciertos muertos se convirtió en una expresión de reconocimiento de la historia nacional, de patriotismo.²⁷

La idea de la fragilidad humana acompañaba a la idea de progreso y los enfermos trataban de subordinarse a las decisiones de los médicos. Importaba el diagnóstico, y la muerte era vista por los médicos con descontento²⁸ y por los deudos con profunda tristeza. En el México de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX se dio lo que Phippe Ariés clasificara como la muerte propia y la del otro: cuando se duda de las posibilidades del más allá y se asume la fragilidad en el mundo, se llora efusivamente al muerto por temor a

la muerte propia, se apoya a los deudos, se toleran e impulsan manifestaciones de tristeza. El duelo debe ser el espacio de expresión de los afectos y se dramatiza la muerte. Ésta se convierte en una ruptura que desprende al hombre de la sociedad “de la razón” y lo arroja a lo incierto, a “lo irracional”.²⁹

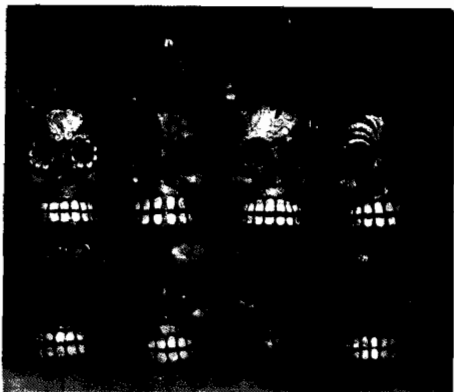
Tal y como lo señala Ariés, en el mundo Occidental del siglo XIX, y también en el siglo XX mexicano, surge “la afectividad macabra”, donde los rituales fúnebres parecen movidos por un amor apasionado.³⁰ Ariés señala que la obligación del rito del duelo —que significaba llantos— y la exhibición de dolor como respuesta a la muerte en la modernidad obligaba a los que no apreciaban mucho al difunto a guardar las formas y aparentar ese aprecio durante cierto tiempo, y a los que sentían al muerto a aliviar un poco su pena con la distracción de los rituales sociales.³¹ En 1881 Manuel Gutiérrez Nájera publicaba en el diario *El Nacional* la siguiente descripción de un duelo muy sentido:

Ayer he visto, en el silencio de un humilde Campo-Santo, a una doliente madre que llevaba para la tumba de su hija una muñeca. La pobre niña es ya un cuerpo disyecto, un poco de materia que se descompone, podredumbre y nada... La madre, empero, con esa persistencia terca del cariño, no quiere creer en aquella descomposición y aquella muerte. Su sentimiento se rebela contra ese misterioso trabajo de la destrucción. Mira la cuna con sus colchas blancas y su cortina de encaje; el peine de marfil con que aliñaba la cabellera blanca de la niña; el vestidito azul que descubría tan bien sus brazos blancos. Esa porcelana rota era en la que tomaba su tisana la enfermita. Aquella es la muñeca que le compraron, para que tomase aquel brebaje amargo...³²

En el México del siglo XX se continuó esta tradición en relación a los funerales. Éstos se llevaban a cabo en medio de lágrimas y oraciones. Se ofrecían misas antes y después de la muerte, incluso con el cuerpo del difunto ahí presente, y después continuaban en un ciclo llamado "novenario". Los funerales son una ceremonia presidida por el fallecido, después de todo es su último acto social.

El hombre es el único ser que sabe que va a morir, y el miedo a la desaparición ha persistido desde las culturas más antiguas hasta la modernidad. Esta circunstancia ha obligado a la humanidad a crear imaginarios, ritos y mitos diversos para evadir, mitigar, soslayar o intentar eliminar el temor a la muerte. En el México de los primeros tiempos de la modernidad, la ciencia se involucró en las reacciones ante las desapariciones, en un constante esfuerzo por evitarlas y explicarlas. Al mismo tiempo, se daban complicados rituales de duelo como el luto y diversas actividades religiosas y sociales. En un segundo momento del mismo periodo, ha continuado la lucha científica por mantener la vida e investigar las causas de la muerte, pero ante el terror que aún produce se ha pretendido callarla, ocultar al enfermo su próxima muerte y, una vez dado el fallecimiento, tratar de acortar y silenciar el duelo público.

Los seres humanos no pueden sufrir su propia muerte³³ pero sí los momentos previos a ella. Sin embargo, la ciencia de la modernidad de los dos últimos siglos ha condenado la eutanasia. ¿Engreimiento de la ciencia? O ¿terror espantoso a la muerte propia en la muerte del otro? Por bien de la humanidad, la posmodernidad tiene que buscar otras alternativas.



En el México de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX se duda de las posibilidades del más allá y se asume la fragilidad en el mundo, se llora efusivamente al muerto por temor a la muerte propia.

Notas

¹ Cf. William Coleman, *La biología en el siglo XIX. Problemas de forma, función y transformación*, FCE, México, 1983, p. 28.

² Cf. André Klarsfeld y Frédéric Revah, *Biología de la muerte*, Complutense, Madrid, 2002.

³ Cf. *Ibid.*, p. 20.

⁴ Cf. Orlando Mejía Rivera, *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnocracia y posmodernidad*, Universidad de Antioquía, Bogotá, 2000, p. 47.

⁵ Cf. *Ibid.*, p. 7.

⁶ Cf. "Necesidad del uso del método experimental en medicina", en *Anales de la Sociedad Humboldt*, México, 1872, pp. 413-419.

⁷ André Klarsfeld y Frédéric Revah, *op. cit.*, p. 23.

⁸ *Ibid.*, p. 24.

⁹ Cf. *Ibid.*, p. 26.

¹⁰ Cf. *Ibid.*, p. 30.

¹¹ En síntesis, el evolucionismo proponía la no existencia de un programa de envejecimiento y muerte natural de los organismo pluricelulares, ya que el proceso estaba inscrito en los genes, como efecto de la selección natural. Ésta va dejando de lado a los individuos a medida que se hacen mayores porque son cada vez menos numerosos y, como consecuencia, su contribución relativa a la siguiente generación es menor. La selección natural determina la longevidad de manera indirecta cuando favorece alguna característica en los organismos que les da una ventaja, como la reproductiva. Cf. *ibid.*, p. 114.

¹² Cf. *ibid.*, p. 127.

¹³ Planteamientos de Weismann como los relativos a la relación entre muerte celular y muerte de los organismos tienen vigencia aún hoy.

¹⁴ Cf. Orlando Mejía Rivera, *op. cit.*, p. 72.

¹⁵ Cf. *El Universal Ilustrado*. México, jueves 21 de Mayo de 1925. Año IX, no. 419.

¹⁶ "Las definiciones de la vida" en *El mundo científico y literario*, México, 12 de mayo de 1878, p. 4.

¹⁷ Cf. Roberto Moreno, *La polémica del darwinismo en México, Siglo XIX*, UNAM, México, 1989, pp. 41-42.

¹⁸ Cf. Fernando Martínez Cortés, *La medicina científica y el siglo XIX mexicano*, FCE, México, 1995.

¹⁹ Cf. Leopoldo Flores, *Manual terapéutico de plantas mexicanas*, Imprenta y fototipia de la Secretaría de Fomento, México, 1909.

²⁰ Cristóbal de Castro, "Eutanasia o la buena muerte", en *El Universal Ilustrado*, año IX, no. 419, México, jueves 21 de mayo de 1925, p. 66.

²¹ Cf. Edelmira Ramírez, "Alegría, derroche y diversión en la fiesta de los muertos decimonónica", en Guadalupe Ríos, Edelmira Ramírez y Marcela Suárez, *Día de Muertos*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1995, pp. 2-31.

²² Cf. "La renovación de la pintura en el cambio de siglo", en *El Arte Mexicano. Arte del siglo XIX, t 11*, Secretaría de Educación Pública-Salvat, México, 1982, p. 1589.

²³ Cf. Óscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, UNAM, México, 1999, p. 103.

²⁴ Remy de Gourmont, "El magnolio", en *El Universal Ilustrado*, México, 15 de mayo de 1919, p. 10.

²⁵ Cf. Philippe Ariés, *Morir en Occidente desde la Edad Media hasta la actualidad*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2000, p. 185.

²⁶ Cf. Arturo Casado Navarro, "La escultura durante el porfiriato", en *El Arte Mexicano. Arte del siglo XIX, t 11*, SEP-Salvat, México, 1982, pp. 1611-1614.

²⁷ Cf. Orlando Mejía, *op. cit.*, p. 66.

²⁸ Cf. "La medicina operatoria", *El Estudio. Publicación mensual de los trabajos leídos ante la Sociedad Médico Farmacéutica de Puebla. Mayo de 1876*, en Archivo General de la Nación, *Ramo Folletería*, vol. 824, México, pp. 275-280.

²⁹ Cf. Philippe Ariés, *op. cit.*, *passim*.

³⁰ Cf. *ibid.*, pp. 56-58.

³¹ Cf. *ibid.*, p. 61.

³² Manuel Gutiérrez Nájera, "Mientras doblan", en *El Nacional. Periódico de Política, Literatura, Ciencias, Artes, Industria, Agricultura, Minería y Comercio*, año II, n. 208, México, 1 de nov. 1881, p. 1, citado en Guadalupe Ríos, *et. al.*, *op. cit.*, pp. 113-117.

³³ Cf. León Olivé, "La muerte, algunos problemas filosóficos", en *Revista Ciencias*, no. 38, UNAM, México, abril-junio de 1995, *passim*.

Bibliografía

- Ariés, Philippe, *Morir en Occidente desde la Edad Media hasta la actualidad*, Adriana Hidalgo ed., Buenos Aires, 2000.
- Casado Navarro, Arturo, “La escultura durante el porfiriato”, en *El arte mexicano. Arte del siglo XIX*, t 11, SEP-SALVAT, México, 1982.
- Coleman, William, *La biología en el siglo XIX. Problemas de forma, función y transformación*, FCE, México, 1983.
- De Gourmont, Remy, “El Magnolio”, *El Universal Ilustrado*, México, mayo de 1919.
- Flores, Leopoldo, *Manual terapéutico de plantas mexicanas*, Imprenta de la Secretaría de Fomento, México, 1909.
- Klarsfeld, André y Frédéric Revah, *Biología de la muerte*, Complutense, Madrid, 2002.
- Martínez Cortés, Fernando, *La medicina científica y el siglo XIX mexicano*, FCE, México, 1995.
- Mata, Óscar, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, UNAM, México, 1999.
- Mejía Rivera, Orlando, *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnocracia y posmodernidad*, Universidad de Antioquía, Bogotá, 2000.
- Moreno, Roberto, *La polémica del darwinismo en México. Siglo XIX*, UNAM, México, 1989.
- Olivé, León, “La muerte, algunos problemas filosóficos”, en revista *Ciencias*, no. 38, UNAM, México, abril-junio de 1995.
- Ramírez, Edelmira, “Alegría, derroche y diversión en la fiesta de los muertos decimonónica”, en Guada-

lupe Ríos, *et. al.*, *Día de Muertos México*, UAM, México, 1995.

Ramírez Rojas, Fausto, "La renovación de la pintura en el cambio de siglo", en *El Arte Mexicano. Arte del siglo XIX*, t.11, SEP-SALVAT, México, 1982.

Hemerografía

Anales de la Sociedad Humbolt, México, 1872

El Mundo Científico y Literario, México, 12 de mayo de 1878.

El Universal Ilustrado, México, 21 de Mayo de 1925

El Universal Ilustrado, México, 15 de mayo de 1919.

El Estudio, publicación mensual de los trabajos leídos ante la Sociedad Médico-Farmacéutica de Puebla. México, mayo de 1876.



MIGUEL ADAME CERÓN, Cardenismo, neocardenismo, zapatismo y neozapatismo

SARA ÁLVAREZ CASAS, Apuntes de una mujer cualquiera

RAÚL ÁLVAREZ GARÍN, La estela de Tlatelolco

ALEJANDRO ÁLVAREZ, ANDRÉS BARREDA, ARMANDO BARTRA, Economía política del Plan Puebla Panamá

SAMUEL ARRIARÁN, La fábula de la identidad perdida

SAMUEL ARRIARÁN Y MAURICIO BEUCHOT, Filosofía, neobarroco y multiculturalismo

MAURICIO BEUCHOT, Tratado de hermenéutica analógica

ARMANDO BARTRA, 1968: el mayo de la revolución

ARMANDO BARTRA, El capital en su laberinto

GIOVANNI BORJA, Metodología de acción para una existencia creadora. *El psicodrama clásico*

BOLÍVAR ECHEVERRÍA, Definición de la cultura

BOLÍVAR ECHEVERRÍA, El discurso crítico de Marx

AURORA ELIZONDO, Las trampas de la identidad en un mundo de mujeres

JOSÉ FERRARO, ¿Traicionó Engels la dialéctica de Marx?

JOSÉ FERRARO, Introducción al pensamiento de Marx y Engels

JOSÉ FERRARO, Libertad y determinismo en la historia según Marx y Engels

JOSÉ FERRARO, La religión como política. Crítica de la historia de la salvación como ideología. 1 El concepto de hombre

JOSÉ FERRARO, La religión como política. Crítica de la historia de la salvación como ideología. 2 La Iglesia



ADOLFO GILLY, El siglo del relámpago

ALMA ALICIA GÓMEZ, Producción de aguacate hass para exportación

TIHUI GUTIÉRREZ, Tan largo el olvido

ALBERTO HÍJAR, Introducción al neoliberalismo

GUILLERMO LESCOANO, Días de arena

JUANA EUGENIA OLVERA, Y Eridenia lo vio

MAX ORTEGA Y ANA ALICIA SOLÍS DE ALBA, Estado, crisis y reorganización sindical

GRETA RIVARA KAMAJI, El ser para la muerte, una ontología de la finitud

ANA ALICIA SOLÍS DE ALBA, El movimiento sindical pintado de magenta

ANA ALICIA SOLÍS DE ALBA, ENRIQUE GARCÍA MÁRQUEZ Y MAX ORTEGA (coords.), La sucesión presidencial en el año 2000 y su contexto

ANA ALICIA SOLÍS DE ALBA, ENRIQUE GARCÍA MÁRQUEZ Y MAX ORTEGA (coords.), El último gobierno del PRI. Balance del sexenio zedillista

ANA ALICIA SOLÍS DE ALBA, ENRIQUE GARCÍA MÁRQUEZ Y MAX ORTEGA (coords.), El primer año del gobierno foxista

MARÍA ELENA SÁNCHEZ AZUARA, Del yo al nosotros. Los fenómenos grupales en el grupo de psicodrama

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, De Marx al marxismo en América Latina

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, El valor del socialismo



ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, El joven Marx:
los Manuscritos de 1844

TALLER DE ARTE E IDEOLOGÍA, Desconstruir y rearmar la nación

JORGE VERAZA, La subsunción real del consumo bajo el capital
en la posmodernidad y los Manuscritos de 1844

JORGE VERAZA, Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad

JORGE VERAZA, Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto

JORGE VERAZA, Revolución mundial y medida geopolítica
de capital

JORGE VERAZA, Perfil del traidor: Santa Anna en la conciencia
nacional

DE MUERTITOS, CEMENTERIOS, LLORONAS
Y CORRIDOS (1920-1940), de Guadalupe Ríos,
Margarita Alegría, Elsa Muñiz, Edelmira Ramírez
y Marcela Suárez, se terminó de imprimir en los talleres de Impresiones Integradas del Sur, S. A. de C. V., en octubre de 2002. Se tiraron 2000 ejemplares y la edición estuvo al cuidado de David Moreno Soto y Eduardo Rivera Martínez.

La tradición y los ritos acerca de la muerte se encuentran profundamente arraigados en la cultura mexicana; vienen de la época prehispánica, atraviesan la vida colonial y cobran nuevos bríos durante las primeras décadas del siglo xx, bajo el influjo de la Revolución y del nacionalismo. Al final del siglo estas costumbres parecen languidecer, quizá también víctimas de los vientos globalizadores. Los textos reunidos en este libro recogen el testimonio de aquel momento de auge y revitalización de las costumbres mortuorias. Sus autoras abordan el tema desde perspectivas diversas como la historia de las mentalidades y las sensibilidades, la antropología, la etnología, y registran manifestaciones artísticas plasmadas en el muralismo, la arquitectura, el corrido, el grabado y la literatura.

El lector que tenga este libro en sus manos en el debutante siglo xxi no dejará de conmoverse y reflexionar sobre los testimonios macabros o humorísticos en torno a la muerte.



ISBN 968-7943-37-8



9789687943374